



# SANGRE

CLARA PEÑALVER

de

*A mi preciosa Katia  
que se ha llevado un buen pedazo de mi corazón con ella*

# CÁNTICO INICIÁTICO

Que se estremezca el infierno en mi garganta esta noche:

I

Lúgubre y florida de espinas es tu sangre

En mí la carne se enfebrecer con este cántico púrpura

convulsión de sal y fluidos pesados

libélula negra entre mis piernas siempre palpitante

II

Sanguíneos poros libé con nueva sed  
antes de empotrarme grana

No sabía de la tinta

ni de los ríos oscuros de tu cuerpo

Gruta deliciosa y lánguida

Ráfaga pastosa en mi vientre

Esencia tintura sangre

ESTEPHANI GRANDA LAMADRID<sup>[1]</sup>

# LICOR

Descubriste al cazador en mis ojos  
y no temiste.  
Me dejaste caer en la ebriedad del delito  
que se comete tras las paredes ocultas de la noche.  
Y grité  
—un grito, sí, una explosión, una debacle—  
mientras el espíritu interior e indomable  
del hambre  
se saciaba.  
Descubrí a la presa y la perseguí  
bajo tus carnes.  
Y con la condena de la certidumbre  
goteando de mis labios  
me negué, para siempre, a cualquier otro amanecer  
que no fuera el de tu sangre.

ANTONY FLORES MÉRIDA

*1 de enero de 2009*

Mi nombre es Valentina y me encuentro frente a estas hojas en blanco para tinter el primer día de, espero, mi larga vida como vampira. Sí, digo larga vida, por la sencilla razón de que no soy lo que se podría decir una «no muerta». No he tenido que fallecer para adentrarme en este mundo paralelo. Solo he necesitado una experiencia como la de anoche.



No puedo dejar de darle vueltas a lo que me sucedió anoche. En realidad, todo comenzó como cualquier fin de año desde hace un par de lustros para mí. Cené en casa sola, a excepción de mi inseparable Vlad, un hurón albino al que encontré abandonado hace un año más o menos buscando comida en el contenedor de basura que hay frente a mi casa. Delante de mí, en la mesa, había un bol de ensalada gigante; frente a Vlad, en el suelo, una pechuga de pollo bastante grande incluso para él. Nunca me ha gustado demasiado la carne, ni tampoco el pescado; incluso me sientan mal. En realidad no tomo nada de origen animal.

Cuando terminé de cenar, casi sin darme cuenta, fui al dormitorio y me desnudé. Me descubrí buscando algo de ropa para poder salir a dar una vuelta. Siempre me entretengo una barbaridad decidiendo qué ponerme, y cuando lo pienso me parece un tanto ridículo, puesto que mi vestuario se compone básicamente de todo tipo de prendas de color negro. Opté por unos pantalones ajustados y una camiseta de manga larga con un escote que dejaba poco lugar a la imaginación. Me molesta tremendamente llevar tacones, pero, por otro lado, es indiscutible el aire *femme fatale* que dan unos botines bajos

con tacón de aguja, de modo que, muy a mi pesar, me los calcé sin dudarlo ni un momento. Recogí mi cabello en un moño alto y me anudé al cuello la correa negra que siempre me acompaña en las aventuras nocturnas. Ya, sin darme cuenta, me había dicho a mí misma que aquella noche, como tantas otras, me apetecía tener algo de compañía.

Dejé a Vlad entretenido con una polilla en la cocina y salí a la calle. Por un momento pensé que el abrigo que había cogido era demasiado liviano para protegerme de las bajas temperaturas nocturnas de Granada, pero, conforme iba avanzando, el calor interno que generaba mi musculatura calmaba la sensación de frío. Las calles estaban inundadas de gente celebrando la venida del año nuevo. Vestidos con sus mejores galas se dirigían a una u otra discoteca a pasar una noche desenfundada de alcohol, drogas y, con un poco de suerte, algo de sexo. Yo no buscaba ninguna de las dos primeras cosas; simplemente, me apetecía escuchar buena música y echar un buen polvo.

Decidí dar un rodeo para disfrutar de la hermosura de aquellas callejuelas. Pronto llegué al paseo de los Tristes, el lugar más mágico de Granada, y gracias al cual decidí instalarme en aquella vieja casa del Albaicín. Nunca deja de sorprenderme de noche. La Alhambra muestra su espalda iluminada, guardando recelosa su interior; una imagen en la que piedra, vegetación y luz forman un trío encantador y embriagador. Continué descendiendo hasta llegar a Carrera del Darro y, a pocos metros de dejar atrás la calle Zafra, por la que se llega en línea recta hasta mi casa, alcancé el puente de Espinosa, punto por el que debía atravesar el río para llegar a mi destino.

Jamás había visto tanta gente en la entrada del Dhampir; por un momento, temí que pudiera llegar a convertirse en un sitio de moda para estudiantes. Peter y yo elegimos ese lugar para abrir el pub por lo discreto de su ubicación, la entrada es casi imperceptible desde el otro lado del río, gracias a un par de árboles que con su edad y frondosidad esconden el lugar. Por lo general, lo frecuentan conocidos de Peter y extranjeros que lo descubren por esa obsesión suya de escudriñar cada rincón de cada ciudad.

Ninguno de los dos pensó en el local como una fuente de ingresos puesto que estamos bien servidos; más bien, es nuestro pequeño lugar sagrado. Él se enamoró de aquel magnífico edificio de cuatro plantas, una de las cuales casi acaricia el lecho del río. Decidió que quería vivir allí y abrir un pequeño

negocio. Llegamos al acuerdo de que yo aportaría el capital y desde casa me encargaría de los proveedores, mientras que Peter dirigiría personalmente el local. Respetó la estructura del edificio, pero dentro hizo maravillas, aunque solo usa la primera planta por encima del pub como vivienda. El sótano pasó a servir de almacén y el ático es el lugar donde guarda sus «juguetes».

Tuve que abrirme paso hasta la puerta de la entrada y agradecí que el interior no estuviera tan atestado como parecía desde fuera. Peter me saludó desde el otro lado de la barra. Entré decidida hacia él y mirándolo fijamente a los ojos, aquellos ojos de color azul oscuro. Él no es precisamente mi prototipo de hombre: su pelo rubio y ondulado siempre me recuerda a un anuncio de champú, su rostro tiene los rasgos marcados haciendo que el semblante sea un tanto duro. Eso sí, tiene un cuerpo escultural. Se mantiene en forma pese a los años que han pasado desde su baja definitiva del Cuerpo de Bomberos de Nueva York; por las lesiones que sufrió cuando, intentando sofocar un incendio, se le cayó un muro encima. Entre las escasas secuelas se encuentran la pérdida total de visión del ojo izquierdo, que hace que el azul de este sea algo más claro que el derecho, y una delgada cicatriz desde el pómulo hasta la ceja, que contribuye a esa dureza en sus facciones y, ya de paso, a mi atracción puramente física hacia él.

Antes de que me sentara en una banqueta junto a la barra, Peter ya había colocado una 1925 bien fría frente a mí. Le pegué unos tragos mientras él le indicaba a Paula, la camarera, que iba a ausentarse un rato.

No mediamos palabra alguna, nos dirigimos hacia la puerta del fondo del Dhampir y comenzamos a subir la escalera en dirección al piso de Peter. Nada más atravesar la puerta de la entrada me agarró, como un cavernícola, me colocó sobre su hombro y al llegar al dormitorio me lanzó a la cama para despojarme de la ropa con facilidad. Fue imposible separarnos. No pensé en nada, salvo en mi sexo y en aquel cuerpo escultural empujando con violencia. Lo aparté bruscamente y me coloqué sobre él. Estaba a punto de llegar al orgasmo cuando me descubrí succionando su cuello. El placer que sentía me hacía chupar con más fuerza hasta que noté cómo mis papilas degustaban el fluido con sabor metálico y algo salado que escapaba por sus poros hacia mi boca. Entonces, me corrí y fue el mayor orgasmo que había tenido jamás. Había probado su sangre. Más bien tan solo la había paladeado, pero me

había excitado más que cualquier otra cosa en el mundo. Me había extasiado.

Permanecimos tumbados largo rato en la cama. No sé en qué pensaba Peter, yo únicamente podía pensar en aquel fluido espeso que me moría de ganas de volver a probar.

—Oye Peter, ¿te importaría si la próxima vez traigo un escalpelo? Quiero beberte mientras follamos.

—Joder, Valen, estás loca. —Ahí estaba de nuevo, me volvía a llamar loca con ese acento tan suyo que no era capaz de disimular.

—Venga, hombre, otras veces me pides que te pegue y te encanta. Quizá esto también te guste.

Permaneció callado unos instantes y pronto comenzó a tener ese brillo en los ojos que siempre aparece cuando planea alguna pequeña travesura. Se levantó de un brinco de la cama y entró en el cuarto de baño. Apareció con una pequeña bolsa de aseo en las manos. Se sentó al borde de la cama y la abrió extrayendo de un diminuto bolsillo un paquete de hojas de afeitar. Tomó una y la introdujo en una antigua navaja. Me mostró el resultado con una sonrisa pícaro.

—Mientras no me desangres y no estropees ningún tatuaje, Valen, bebe lo que te apetezca.

Arrojó la bolsa de aseo al suelo y se abalanzó sobre mí. Comenzó a morderme el cuello indicándome que estaba listo para volver a comenzar. Asió mi mano y me entregó la navaja cerrada. Rodeándome la cintura con su brazo me volteó para servirme de montura. Mientras él movía sus caderas debajo de mí, yo acariciaba su pecho buscando un hueco donde arañar con la hoja de afeitar. El único lugar relativamente amplio que no estaba tatuado era un perfecto círculo en la zona que debía de ocupar su corazón. Con mucho cuidado, haciendo acopio de la escasa capacidad de concentración que me quedaba, mientras Peter se movía debajo de mí con tanta efectividad, acaricié con la afilada hoja la superficie de su piel haciendo una pequeña incisión que no pareció hacerle daño y por la que pronto comenzó a brotar sangre. Lamí la superficie de la herida y libé el preciado líquido. Peter emitió un largo gemido, haciéndome estremecer de placer. Aquel sabor, aquella textura, aquel movimiento entre mis ingles. Aquel placer de sentirme empapada por dentro porque Peter había terminado su trabajo. Todo ese cúmulo de



sensaciones me hizo estallar con más fuerza que nunca. Caí derrumbada a su lado con los labios llenos de sangre, casi sin poder respirar. Acababa de descubrir algo nuevo para mí. Anoche llegué a la conclusión de que la sangre formaría parte de mi dieta sexual para siempre.

# 1

*3 de enero de 2009*

Han pasado dos días desde mi noche mágica. Quizá sean imaginaciones mías, pero me siento mejor. Ayer me levanté a las diez de la mañana; me apetecía dormir. Corrí al cuarto de baño porque de lo contrario iba a orinarme encima y a continuación me metí en la ducha. Permanecí un buen rato bajo el agua caliente y cuando consideré que ya estaba más arrugada que una uva pasa cerré el grifo.

Me puse frente al espejo a desenredarme el pelo y por un momento me pareció que las arruguitas de expresión que, desde hace un par de años, marcaban irremediabilmente mi piel habían desaparecido. Hice algunos mohínes, arrugué los morros, sonreí forzosamente, hasta puse cara de mono, y mis arruguitas seguían sin aparecer. Perfecto, por fin había dado con la crema hidratante adecuada. Me irrita sobremanera gastar ingentes cantidades de dinero en productos de belleza que no sirven para nada.

Justo cuando había comenzado a darle un repaso a mi trasero frente al espejo, el móvil comenzó a sonar.

—¡Felicidades, Valen! —dijo la voz de Peter, esa voz que me hizo recordar las sensaciones de mi nacimiento como vampira; noté palpitaciones—. ¿Cuántos ya?

—Treinta, Peter —le respondí con desgana. Él sabía muy bien que no me apetecía nada que me recordaran que ya había alcanzado la treintena.

—Vamos, nena, no sé por qué te preocupas tanto si tienes el mejor culo de toda la ciudad. Créeme, lo sé, he conocido unos cuantos traseros

últimamente y no todos «made in Granada».

Por eso me gusta tanto mi relación con Peter: cuando nos apetece nos buscamos el uno al otro, y mientras tanto hablamos de lo bien que lo hemos pasado. E incluso hablamos de nuevas pautas sexuales que otros nos enseñan y que debemos poner en práctica.

—Déjate de chorradas, guiri. Ah, por cierto, tío, hay que cerrar unas cuantas semanas el Dhampir; había demasiada gente el otro día, y no me gustaría que se convirtiera en un lugar agobiante.

—A sus órdenes, jefa —contestó con cierta mofa—. Por cierto, ¿salimos a celebrar tu «no cumpleaños» y de paso te hablo del bombón que me comí hace algunas horas?

—De acuerdo, si es un «no cumpleaños», me parece bien. Pero tenemos que dejarlo para esta noche; he de escribir algunas páginas porque Pepa está desesperada.

—OK, te paso a recoger a las nueve en punto. —Y colgó, como de costumbre, sin decir adiós y sin darme opción a rechistar.

Me dirigí al dormitorio y me puse ropa cómoda. Vlad se encontraba hecho una pelotita entre las sábanas, así que tuve que cogerlo y llevarlo al sofá para poder hacer mi cama. La casa necesitaba un buen arreglo, pero no me apetecía nada. Margarita, la chica que viene a limpiar, estaba enferma y la verdad es que la había descuidado un poco; el orden no es precisamente mi fuerte. Puse una lavadora y desayuné lo mismo que cada mañana: café con leche de soja y una tostada de pan integral con aceite de oliva y unos granitos de sal.

Justo cuando subía la escalera en dirección a mi estudio para coger el portátil y ponerme a trabajar, mi móvil volvió a sonar. Lo había dejado abajo, en la cocina, de modo que salí corriendo en su busca.

—¿Cómo estás esta mañana, cariño? No sé si felicitarte o no por tu cumpleaños.

Se trataba de Pepa, mi editora, que llama todos los viernes para saber si tengo o no algo nuevo en mente, cuando ni siquiera sabemos si mi última novela va a venderse bien. La quiero mucho, pero me irrita su insistencia porque denota que se pone nerviosa al pensar que un cese en mi capacidad creativa le supondría alguna merma en sus ganancias.

—Hola, Pepa, estoy bien. Como me he levantado y no he notado que, de ayer a hoy, haya cedido a la fuerza de la gravedad ninguna parte de mi cuerpo, me he recuperado pronto de haber cumplido los treinta, la verdad.

—Tengo buenas noticias, Valen, tu novela se vende como los churros, parece que el público esperaba con ganas un nuevo ejemplar de la saga. Felicidades, cielo, tenemos que quedar para celebrarlo. Descansa un mes más, si te apetece, para que luego retomes el trabajo con fuerzas renovadas.

No me lo podía creer, Pepa, la misma Pepa que me llama cada viernes para preguntarme por mi trabajo, me acababa de decir que descansara un mes más. Claro que, lo pensé enseguida, alguna razón debía de haber.

—Te he confirmado una entrevista en directo en el programa *Abraza la palabra*, de TVE, para que presentes la novela y la publicites el catorce de febrero. Te viene bien que el público vea cómo eres y qué piensas sobre algunos temas de actualidad.

—Creo que ya habíamos hablado sobre eso, Pepa.

No soporto ser objetivo de las cámaras, me empequeñezco de tal manera que no me concentro en lo que hago o digo. Pepa lo sabe muy bien, y llevaba bastante tiempo sin insistir en el tema.

—Pero, Valen, ¿no te das cuenta de que si tus libros se venden sin publicidad, podrían venderse aún más con ella?

—Déjame que lo piense, pero no te prometo nada. —No tenía ganas de discutir en ese momento; siempre tendría tiempo de decirle que no.

Me despedí de ella, y como estaba de mal humor, finalmente decidí no ponerme a trabajar en mi nueva novela. Pese a lo raro que les parece a quienes me conocen bien, me dedico a escribir novelas románticas de temática fantástica. No sé la razón, quizá porque nunca he estado enamorada, pero se me da muy bien desarrollar historias de amor tan melosas y empalagosas que algunas veces me provocan el vómito. Mis obras parecen encantar a todo tipo de mujeres y a un colectivo reducido de hombres. Lo cierto es que gracias a ellas vivo sin preocuparme en absoluto por el dinero, o, más bien, por la falta de este, y teniendo en cuenta que tardo en escribir una novela un mes escaso, tengo prácticamente el resto del año para mí; para leer y escribir otras cosas que no creo que llegue a publicar jamás.

Decidí, muy a mi pesar, limpiar y ordenar la casa. Cuando llegó Peter aún

estaba sin arreglar y tenía que darme otra ducha. Lo hice todo lo más rápido posible y acudí al salón donde mi acompañante me esperaba jugando con Vlad.

—¿Qué sentiste la otra noche, Valen? —me preguntó con interés.

—¿Cuándo bebí tu sangre? Pues verás, es como si fuese algo que me hubiese estado esperando toda la vida. Me excitó y a la vez sació mi hambre. Sabes que nunca he comido nada de origen animal, pero no por lástima sino porque no me gusta el sabor de la carne o el pescado, y cuando he intentado comerlos me han sentado mal. Pienso que incluso podría beber sangre sin necesidad de tener sexo. Me gusta y quiero convertirla en mi nuevo refresco. —Le guiñé un ojo.

—Estás loca, Valen —me dijo cariñosamente, dedicándome una de sus mejores sonrisas y cogiendo mi abrigo para que me lo pusiera.

Cenamos en un argentino. Bueno, yo puedo decir que cené: una ensalada y de postre un par de piezas de fruta. Sin embargo, Peter más bien devoraba; comió tanta carne que imaginé que habían cocinado una vaca entera para él.

—¿Solo tomas eso, Valen? Siempre comes muy poco, y haciendo tanto deporte necesitas muchas más calorías.

—No te preocupes por mí. En un argentino no suelen poner tofu y además mi cena está en tu casa, en la cama.

Le saqué la lengua para que pareciera que estaba bromeando, pero en realidad me moría de ganas de volver a bebérmelo. Fantaseaba rememorando el placer que sentí aquella noche e imaginando lo que me esperaba pocas horas más tarde.

Paseamos por Granada, anduvimos por el centro, donde resplandecían las luces navideñas y nos dirigimos a la calle Elvira. Siempre acabábamos en la calle Elvira, en el mismo rinconcito de la misma tetería. Se explayó contándome su cita de la noche anterior. La chica debía de estar muy buena y ser genial en la cama para conseguir que Peter hablase de ese modo de ella. Me gustaba oírle contar emocionado las cosas que había aprendido, pese a su tremenda experiencia con las mujeres.

—Pues si es una chica tan completita, quizá no le importe compartirte conmigo alguna vez.

—Me parece una idea genial, siempre y cuando la primera vez te

abstengas de sacar la cuchilla. —Y soltó una risita juguetona.

Asentí con fingida cara de indignación y terminé de beberme el té. Llamé a la camarera para que se cobrara y salimos de vuelta a casa de Peter. Una vez allí, nos limitamos a hacer lo mismo que hacíamos siempre que atravesábamos el umbral que separaba el Dhampir de su casa. Excepto por una salvedad: yo tenía una navaja de afeitar y pretendía usarla.

Llevábamos ya un rato retozando cuando comencé a buscar un lugar diferente donde acariciarlo con la hoja afilada; no quería que sintiera dolor al succionar cerca del corte anterior. En el hombro derecho, la inmensa enredadera atestada de miniaturas de armas medievales y calaveras que cubría casi todo su cuerpo dejaba un pequeño hueco. La zona por la que pasé el filo de la hoja debía de estar muy irrigada porque la sangre comenzó a brotar abundantemente. Noté cómo mis ojos brillaban de excitación, a la par que Peter empujaba dentro de mí, y acerqué mi lengua y mis labios para sorber el preciado líquido. Mi mente quedó en blanco; bueno, más bien en rojo. Notaba cómo los pequeños sorbos alcanzaban mi garganta y resbalaban por el esófago hasta penetrar en mi estómago. Notaba cómo mi estómago cada vez se llenaba más. Y de pronto unas manos rígidas me agarraron por los hombros, alejándome del placer.

—¡Joder, Valen! No estás follando conmigo, me estás comiendo.

Permanecí callada, notando cómo se deslizaba su sangre por mi barbilla, mientras veía a Peter levantarse desnudo de la cama en busca de algo para detener la hemorragia. Había estado tan abstraída con el placer de mi boca y de mis labios que olvidé mi sexo y ni siquiera advertí cuando Peter se corrió, si es que lo había hecho; sí, lo había hecho.

—Valen, vístete.

Parecía mucho más enfurecido que cuando nos conocimos, y a diferencia de aquel día hoy no sabía qué hacer para calmar su ira. Sin chistar me levanté de la cama para buscar mi ropa, que estaba desperdigada por todo el piso. Me vestí y fui al cuarto de baño donde Peter estaba apoyado sobre el lavabo, con la mente en alguna parte, lejos de mí. No dije nada y rápidamente me largué.

A los pocos minutos llegué a casa. Nada más entrar al salón localicé una pequeña cajita sobre la mesa. Peter debió de dejarla ahí justo cuando iba delante de él hacia la puerta de la calle. Abrí mi regalo de cumpleaños con

cierto remordimiento por cómo había acabado la noche y me sorprendió lo que vi. Me conocía mejor que nadie: había elegido una pulsera de oro blanco con pequeñas calaveras unidas entre sí por eslabones; las cuencas de los ojos eran diminutos brillantes. Me encantó pese a que siempre he rehusado llevar cualquier tipo de joya; no me gustan nada, pero tengo fijación por las calaveras, aunque no las lleve casi nunca encima. Hasta tengo una diminuta tatuada en el empeine del pie izquierdo.

Con mi pulsera en la muñeca, en un silencioso intento de encontrar su perdón, me dirigí hacia la cama, pero sin poder evitar pensar en lo bien y fuerte que me sentía tras mi pequeño atracón. Antes de caer dormida, concluí lo que no había terminado en casa de Peter.

*4 de enero de 2009*

Ayer hice poca cosa, la verdad. Me levanté bastante tarde y me puse mi ropa de deporte. De camino hacia el gimnasio fui bebiendo un batido de leche de soja, fresas y plátano para que no me diera un bajón de azúcar.

Me sentí francamente ágil. Estuve corriendo en la cinta una hora a bastante velocidad sin que mi corazón casi lo notara. Después fui a las clases de defensa personal oriental con mi instructor japonés, cuyo nombre era tan complicado que todo el mundo le había apodado Juanito, lo cual parecía hacerle bastante gracia. Aquel día lo cogí todo al vuelo, e incluso fui capaz de controlar bastante bien los enfrentamientos con algunos de mis compañeros masculinos. Luego, finalicé mi entrenamiento con unas series de flexiones y abdominales, y me metí en la sauna para rematar la faena. Tras toda aquella liberación de endorfinas y de la ducha, llegué a casa con ganas de tirarme en el sofá con Vlad. Subimos al ático, mi lugar de relajación y meditación. Me acurruqué en el sofá, frente a la inmensa cristalera que, en la distancia, captura el embrujo de la Alhambra y lo acerca a mí. Eso fue lo que hice el resto del día, devorar un libro y disfrutar de vez en cuando de mis maravillosas vistas.

Hoy el día ha comenzado igual, salvo que no he tenido clase de defensa personal. Una hora de cinta, otra hora de spinning y flexiones y abdominales,

rematando con la sauna. En general es algo que hago casi todos los días, se ha convertido en una rutina de la que no puedo escapar: las endorfinas son tan adictivas como la sangre.

No he vuelto a hablar con Peter desde el pequeño incidente. Sé que tengo que dar el primer paso. Él tenía toda la razón: no estaba en su misma onda, me había limitado a ser su recipiente sexual mientras me alimentaba; porque aquello realmente fue alimentarme, noté cómo mi estómago se hinchaba y cómo se saciaba mi sed. O mi hambre, aún no sé muy bien cómo llamarlo. Lo cierto es que no puedo sentirme culpable. Lo intento pero no puedo; me sentí demasiado bien, tanto que me cuesta creer que estuviera obrando mal. Quizá acabo de descubrir una parte de mi naturaleza que se ha resistido a salir a la superficie durante años, por la sencilla razón de que resulta políticamente incorrecto andar bebiéndote a tus ligues por ahí.

Sea como sea, haya actuado mal o no, esta tarde pienso llamarlo y al menos romper el hielo.

### *Por la noche*

He estado hablando con Peter esta tarde. Decidí llamar después de darle no pocas vueltas al tema. Desde luego mi actuación dejó mucho que desear; he tratado a mi mejor amigo como un cerdo recién sacado del matadero. Por mucho que me guste esta nueva vida que me he planificado. Por mucho que me esté dando cuenta de que lo necesito y de que la simple razón de que solo pueda tomar comida de origen vegetal es porque mi fuente proteica por naturaleza se encuentra en la sangre humana. Por muchas razones que podría enumerar en su favor, es algo que tengo que olvidar. No puedo volver a hacer daño a Peter, es mi único amigo de verdad; nunca he sido demasiado sociable, y dudo mucho que nadie se preste a dejarme que le pegue una «churrapadita» de vez en cuando.

A eso de las siete, localicé su número en la guía del móvil y pulsé la tecla de llamada. Justo cuando comenzó a dar tono escuché una canción de Crisis al otro lado de la puerta de mi casa. Sabía perfectamente que Peter se encontraba allí porque era el tema que sonaba siempre que yo lo llamaba.



No tocó el timbre, esperó a que saliera a buscarlo. Cuando abrí la puerta estaba tieso como una estaca, bastante empeñado en parecer enfadado conmigo. Nunca lo había visto así, jamás lo había sentido tan lejos estando tan cerca de mí. Me lo merecía, literalmente lo había usado de cena. En ese momento noté que un lagrimón resbalaba por mi mejilla; no podía sentirme culpable por desear la sangre como la deseaba, pero sí me sentía tremendamente responsable de haber hecho daño a Peter. Justo cuando iba a rogarle que me perdonara, que nunca jamás trataría de hacer nada igual, se echó a reír con todas sus ganas. Me quedé pasmada, no tenía ni idea de qué pasaba.

—¿Se puede saber de qué coño te ríes, guiri? —pregunté un tanto irritada por no saber qué le hacía tanta gracia.

Aún se reía más, y creo que influyó bastante en su diversión la cara de tonta que se me había quedado. Comenzó a decir algo, pero las risas no se lo permitieron. Hasta que no pasaron un par de interminables minutos no llegó el silencio. Me miró fijamente sin borrar la sonrisa de su boca y dijo:

—Te juro que venía decidido a echarte la bronca. He llegado hasta aquí como una fiera y justo cuando iba a tocar el timbre has sonado en mi móvil. —Siempre dice lo mismo, «que he sonado en su móvil»; la canción de Crisis que tiene por tono es mi favorita, «Bloodlines» del *Deathhead Extermination*, me pone a cien—. Y cuando me he parado a pensar que podrías estar llamando para disculparte me he imaginado la situación: «Eh, Peter, ¿me perdonarás algún día por haber intentado comerte?». Joder, Valen, entonces te he visto el careto y no he podido aguantar.

Comenzó a reír de nuevo, y yo con él. La verdad es que era un tanto surrealista, y además me hacía mucha gracia oírle usar expresiones que yo le había enseñado y que él pronunciaba con ese acento especial tan suyo. Los dos entramos en casa, me dio un abrazo, de paso me sobó un poco el culo y entramos en la cocina para preparar un té.

—Peter, aun así quiero disculparme. No debí haberme pasado tanto, pero es que notar ese sabor caliente, metálico y con un toque salado me hizo perder la noción de todo, no pude evitarlo. —Otra vez mi ansia había quedado patente.

—No entiendo muy bien lo que dices, porque la sangre siempre me ha

dado cierto asco, pero te creo. Todos tenemos nuestras cosas, ¿no? —Y me sonrió al ver que llevaba su pulsera.

No sé si tener ansiedad por beber sangre humana podría catalogarse como «una de esas cosas que tengo», pero sabía muy bien a qué se refería; Peter también tiene de esas cosas que solo yo sé.

## 2

*6 de enero de 2009*

Ni siquiera sé para qué he cogido el cuaderno de notas hoy, quizá piense que escribiendo logre evitar sentir esta necesidad de volver a beber sangre. Pero lo prometí, aún cuando Peter no me ha llegado a negar abiertamente su suministro. No sé si sería capaz de controlarme, y dudo mucho que si volviera a pasar lo mismo él me perdonara con tanta facilidad.

Al despertar esta mañana, tan nerviosa, lo primero que me vino a la mente fue irme al gimnasio; al menos ayer me sentó muy bien. Pero hoy es el día de Reyes y el local no abre sus puertas. De todas formas, me puse la ropa de deporte y salí a correr hasta donde el cuerpo me llevara. Comencé a callejear, atravesando la ciudad, y acabé en el parque García Lorca, observando embobada los patos del estanque. La verdad es que Granada, pese a ser una de mis ciudades preferidas, carece de zonas verdes suficientes. Hasta en el García Lorca, y aun reconociendo que el parque es muy bonito, desde mi punto de vista sobran grandes cantidades de cemento.

No aguanté demasiado rato allí parada, de modo que reanudé mi marcha. Alcancé el carril bici que pasa justo por detrás del parque y continué corriendo en dirección a Armilla, un pueblo que se funde en un abrazo con la ciudad, al igual que otros tantos pueblos de los alrededores. Desde allí me dirigí al camino de Ronda y lo recorrí hasta la entrada de Recogidas, y cuando estaba a punto de llegar a Reyes Católicos me sentí observada. Frené en seco y frente a mí, sentado en una terraza en Puerta Real, había un hombre joven; rondaría la treintena. Creo que me llamó la atención porque, al igual

que yo, vestía completamente de negro. Pese a estar sentado, se veía que era bastante más alto que yo, con el pelo muy corto y negro como el azabache; de sus orejas pendían dos argollas negras, y tenía el rostro afilado con barba de algunos días y unos ojos tan profundos y oscuros como el más temido de los abismos. Él me miró fijamente unos instantes y volvió a lo suyo; leía un libro y tenía un café en la mesa. No quise parecer una cotilla, así que reanudé mi marcha hasta el paseo de los Tristes, para, ya caminando, subir al Albaicín hasta mi casa, en la placeta de las Escuelas, frente a una imponente iglesia; tremendamente irónico para una atea como yo.

Llegué cansada, pero aún me obsesionaba lo mismo que cuando me levanté, lo mismo que ayer, lo mismo que anteayer. Lo más sencillo para mí: un buen orgasmo y un Valium me dejaron frita hasta hace una hora más o menos.

*7 de enero de 2009*

Hoy el día ha sido, si cabe, más insoportable que el de ayer. El gimnasio no me ha servido para nada. Encima, me he puesto a escribir el primer capítulo de mi nueva ñoñería y, sin darme cuenta, el hermoso elfo de los bosques ha acabado despedazando a la ninfa y comiéndose sus tripas. Es mejor que no vuelva a intentar escribir hasta que haya superado esto. Y con lo de escribir también incluyo este cuaderno; no quiero que se convierta en algo parecido al diario de una toxicómana.

*12 de febrero de 2009*

Mierda, mierda y mierda. Ya no me puedo escapar de ninguna de las maneras. Pepa ha sido muy inteligente no llamándome en todo este tiempo y a mí se me había olvidado por completo, con eso de mi «síndrome de abstinencia», del que, por cierto, me siento algo más recuperada, aunque he perdido bastante peso porque mi apetito ha desaparecido.



Esta mañana sonó el móvil y contesté sin mirar quién era. La voz de Pepa sonó por el auricular:

—¡Hola, cariño! ¿Preparada para tu entrevista?

Me sentí caer. Bueno, me caí; hacía un segundo estaba en el sofá tomando mi desayuno y cuando me quise dar cuenta me encontraba en el suelo con un ligero dolor en el trasero. Vlad acudió raudo y veloz a mi rescate, pero al ver que en mi mano solo había una tostada, y nada que se pudiera parecer a un trozo de carne, volvió a desaparecer.

—Eh, Pepa, yo no te dije en ningún momento que fuera a hacerlo —atiné a decir.

—Ya, cielo, pero tampoco dijiste que no, ni me llamaste para que lo anulara. Ya no podemos hacer nada.

—Joder, Pepa, esta vez me la has hecho buena. —En el fondo yo sabía que la entrevista sería positiva para aumentar las ventas, pero mi pequeño problema con las cámaras me impedía reconocerlo.

—Si además vas a salir preciosa... Por cierto, lleva algo que tape tus tatuajes, algún vestido mono sin demasiados escotes.

Pepa opina que una escritora de novela romántica no casa demasiado bien con la estética de una mujer con tatuajes de serpientes por todo el cuerpo. De hecho, sé que cuando llevo camiseta de tirantes se queda mirando con cierto repelús la cabeza de la mamba negra que me asoma por delante en el hombro derecho y cuyo cuerpo se enrosca por mi espalda para nacer debajo de mi pecho. A mí me encantan mis tatuajes, sobre todo mis serpientes, claro, si no nunca me los habría hecho; pero tengo que reconocer que debo dar una imagen más acorde con el tipo de mujeres que leen mis libros, al menos de cara al público, y solo por esta vez.

—Está bien, Pepa, esta vez has ganado, pero ya hablaremos tú y yo muy seriamente de esta clase de cosas.

Pepa soltó una sonora risita con olor a triunfo y, antes de colgar, al menos me dio una buena noticia.

—Me han llamado esta mañana para preguntarme si preferías hacer la

entrevista desde casa, dada tu poca afición por los platós de televisión.

Bueno, eso quizá no sería tan malo; en casa me sentiría algo más fuerte por estar en mi terreno.

—Diles que prefiero eso, Pepa, y agradéceles el detalle de mi parte.

*14 de febrero de 2009*

Hoy he estado a punto de provocar que a mi editora le dé un ataque al corazón. Pero se lo tiene bien merecido por haberme metido en aquel berenjenal.



El programa no salía en antena hasta las ocho de la tarde, pero, para mi sorpresa, a las tres ya tenía la casa llena de gente. Un poco antes había aparecido Pepa, que me ayudó a retocar la distribución del salón para que hubiera más espacio para el cámara, y de paso se afanó en quitar todas las calaveras que encontraba en todos los muebles de la casa y las escondió en un cajón. Cubrió los sofás con unas telas de colores vivos, para intentar que no predominara tanto el color negro en la estancia, y sustituyó mi preciado ramo de rosas negras secas por un pomposo ramo de rosas rojas y blancas. Nunca había visto mi salón tan cercano a la cursilería. Pepa había conseguido que la supuesta seguridad que iba a tener frente a la cámara, por encontrarme en casa, se desvaneciera de un plumazo. Aquel no era mi salón.

Llegaron dos mujeres y un hombre, de los que solo recuerdo ahora un nombre, Pepi, evidentemente, por semejanza a Pepa. Ella se encargó de maquillarme y peinarme; me puso el pelo tan voluminoso que parecía una leona. Cuando colocaron todos los trastos que iban a necesitar, la otra chica me explicó con exactitud cómo se desarrollaría la entrevista.

El programa comenzó y conmigo contactaron a eso de las nueve menos cuarto. Me pusieron un pinganillo en la oreja y tuve que levantarme el vestido negro ceñido para que me colocaran la petaca. Las dos mujeres, que

habían confesado haber leído todos mis libros, hicieron gestos de sorpresa cuando vieron a mis amiguitas en la espalda: las señoritas coral, cascabel y mamba verde entrelazadas.

Me dijeron que me sentara en el sillón al fondo del salón, justo delante de la librería, y con gestos de las manos me indicaron una cuenta atrás y que estaba en el aire.

Javier Tildado, de *Abraza la palabra*, me presentó a la audiencia como una escritora consagrada de la novela romántica y con muchos éxitos por delante, dada mi juventud; no pude evitar sonreír al escuchar aquello de juventud. Pese a dirigirse a mí como Luth Ainuviel, seudónimo que uso en mis novelas para evitar desvelar mi verdadero nombre, se encargó de recalcar que aquel nombre era falso y que el verdadero no podía ser desvelado a petición expresa de la autora; o sea, yo. No entendí muy bien por qué tuvo que decirlo, pero traté de no tenerlo en cuenta. No es que no me guste mi nombre. Es simplemente que, al no interesarme demasiado las novelas de las que soy autora, no quiero que vayan firmadas con mi verdadero nombre. Eso me lo reservo para cuando escriba y publique una obra de la que pueda sentirme realmente orgullosa. Además, creo que mi seudónimo, una leve alteración de un personaje tolkiano, es tan sofisticado como cabría esperar de una escritora de novelas románticas; al menos fue lo que le pareció a Pepa cuando se lo propuse.

En general, pese a mi nerviosismo, todo comenzó bastante bien. Me preguntó por mi novela, por lo que usaba para inspirarme, si tenía algún hombre en mi vida que lograra enriquecer mis historias. Todo eso, más o menos, lo respondí bien; bueno, dije lo que Pepa quería oír, o eso deduje por su cara de satisfacción. Hice un breve resumen de la ñoñería que estaba promocionando en el programa, me confesé una romántica empedernida y una mujer enamorada; vamos, que mentí como una perra.

El problema llegó cuando Javier me pidió que, para que la audiencia me pudiera conocer un poco mejor, dijera las tres cosas que más me gustaban y yo contesté:

—El color negro, las calaveras y la sangre.

Cuando dije «sangre» se me llenó la boca. Lo dije con tanta intensidad que casi seguro que mi cara parecía la de una maníaca homicida.

Rápidamente, para intentar que Pepa no sacara una recortada y me disparara a la cabeza, dije:

—Verás, Javier, pese a que escribo novela romántica, siempre me ha gustado la novela gótica. Soy una entusiasta del mundo de los vampiros, me encanta el nivel de ternura con el que un autor puede llegar a tratar a un ser que vive de alimentarse de sangre humana. Además, leo novelas de terror, y de otros muchos géneros, para poder dar a mis obras ese matiz especial que quizá otros autores de novela romántica no consiguen alcanzar.

Parecía que había logrado evitar la hecatombe, pero, aun así, Pepa me seguía amenazando con una mirada asesina. Agradecí tremendamente que no tuviera la habilidad de lanzar rayos láser por los ojos.

Después de esa pregunta tan oportuna, Javier Tildado me hizo otras sin importancia, y a continuación me dio las gracias por concederles unos minutos de mi tiempo, que en realidad habían sido horas de invasión de mi espacio vital, y me despidió de la audiencia deseándome una larga y fructuosa carrera como escritora. Su última intervención referente a mí fue:

—¡Quién sabe! Quizá muy pronto nos sorprenda con alguna novela negra.

*16 de febrero de 2009*

Después de la entrevista del sábado, el domingo ni se me ocurrió salir a la calle por miedo a que alguien pudiera reconocerme. Estuve todo el día viendo películas sobre Drácula. Mis favoritas son las de Bela Lugosi, Christopher Lee y Gary Oldman. Sí, sí, ya lo sé, en realidad la película de Coppola, pese a llevar por título *Drácula de Bram Stoker*, es una versión poco fiel del libro original. Frente al Drácula cruel y sin sentimientos literario, el de Coppola, tras toda esa bestialidad, oculta una gran capacidad de amar. Pero es una versión que me gusta mucho, quizá porque en los primeros capítulos del libro, cuando las concubinas de Drácula hipnotizan a Jonathan Harker y el conde las reprende por ello, enfadadas, dicen algo parecido a que él no quiere a nadie, y Drácula responde con rotundidad: «Yo también soy capaz de amar». Quizá sea por eso, porque esperaba, tras haber leído esa frase, que



realmente el conde Drácula iba a ser capaz de amar.

Recibí una llamada de Peter, al que parecía haberle hecho mucha gracia mi respuesta: «El color negro, las calaveras y la sangre». Me juró y perjuró que iba a recordármelo hasta el fin de mis días, y le creí. Por lo demás, el día fue bastante tranquilo, repantigada en el sofá de mi lugar sagrado en el ático.

Pero esta mañana me ha ocurrido algo extraño. Nunca me habían parado para pedirme un autógrafo, cosa que agradecía enormemente, puesto que odio ser el centro de todas las miradas. Sin embargo, hoy, cuando iba de camino al gimnasio, lo han hecho. Lo más curioso es que no se trataba de una mujer, sino del mismo hombre al que me quedé pasmada mirando el día que salí a correr como una desquiciada. No había vuelto a pensar en él hasta ese momento. Justo cuando pasaba por Puerta Real comencé a oír pasos tras de mí. Volví la cabeza instintivamente y lo reconocí enseguida; noté un hormigueo en la tripa, que se intensificó cuando oí su voz:

—Perdone, ¿es usted Luth Ainuviel? —Tenía una voz profunda, muy masculina.

—Sí, la misma —respondí sin saber muy bien qué más decir.

—Verá, soy un gran admirador de su literatura y, sobre todo, del trasfondo que encierran sus líneas. —Eso no lo entendí muy bien. ¿Trasfondo...? Si era verdad, no me había dado cuenta—. ¿Sería tan amable de dedicarme su última novela?

En ese momento extrajo un libro de la bolsa de tela negra que portaba en su mano izquierda. El título: *La eternidad no es suficiente*, sin duda el más cursi de todos; por supuesto, elegido por Pepa, para la más cursi de las novelas que jamás he escrito. Era extraño ver a un hombre como él, que, por cierto, me atraía de un modo que no soy capaz de explicar, con una de mis novelas en la mano. Sencillamente, no le pegaba nada en absoluto, incluso pensé por un momento que pretendía tomarme el pelo; pero su semblante reflejaba sinceridad.

No sabiendo muy bien qué hacer, ya que nunca he tenido que dedicar uno de mis libros pues he llevado mi anonimato muy en serio hasta ahora, agarré el libro y lo abrí por la página en la que dedicaba aquella historia a mi siempre inseparable y paciente Vlad; no sé qué pensaría la gente si se enterara de que esa dedicatoria no iba dirigida a un hombretón espectacular,

sino a mi hurón albino, al que, por la época en que terminé la novela, acababa de encontrar. Mi supuesto fan me alargó una preciosa y pesada pluma negra cuyo capuchón tenía en el extremo una calavera muy parecida a las de mi pulsera, que en ese momento llevaba puesta.

—¿A nombre de quién tengo que poner la dedicatoria?

—A nombre de Axel de Jongh, por favor.

Mientras escribía la dedicatoria: «Para Axel de Jongh, con cariño; deseo que tu vida esté tan llena de amor como esta historia. Luth Ainuviel», trataba de ubicar el acento de aquel hombre esbelto como una espiga que tenía plantado frente a mí. Notaba algo de acento holandés, porque muchos de los amigos de Peter lo son, pero mezclado con otro que no era ya capaz de distinguir; como si su lengua materna hubiese ido desapareciendo con el tiempo.

—Perdona, tu apellido es holandés, ¿no? —pregunté, intentando cruzar algunas palabras con él. No quería que se escapara sin más; había algo de él que me inquietaba y me atraía de forma bastante peligrosa.

—Sí, pero nací en Londres, de ahí mi nombre; mi madre era inglesa. A los pocos años de nacer, tras fallecer ella, regresé con mi padre a Holanda. — Permaneció pensativo un instante—. Luth Ainuviel no es su verdadero nombre, ¿verdad?

—Efectivamente. —Me sorprendió su pregunta, quizá hubiese visto el programa—. Mi verdadero nombre es Valentina Varga. Mi apellido es húngaro, no chileno, como cree la mayoría de la gente por eso de Valentina Vargas.

—Muchas gracias por su atención, señorita Varga, no quiero molestarla más.

Me estrechó la mano con firmeza y se fue. Su tacto era suave, agradable. La verdad es que me quedé algo cortada porque por un momento me pareció que habíamos entablado una conversación y, sin embargo, se puso muy serio repentinamente, diría que pensativo, y me dejó allí. Quizá creyó que podría estar interrumpiendo mis planes y en cuanto se dio cuenta prefirió no esperar a que le dijera que por favor se fuera, cosa que, estoy segura, yo no habría hecho. En ese momento, al notar el peso en mi mano derecha, reparé en que aquella maravillosa pluma seguía en mi poder.

### 3

*25 de febrero de 2009*

Creo que por fin me he curado. Anoche estuvo Peter en casa y no tuve la necesidad de comérmelo, al menos en el sentido literal de la palabra.



A eso de las tres de la madrugada alguien llamó con los nudillos a la puerta. Por lo general, siempre que esto sucede es Peter el que está en la calle esperando; así que, rápidamente, me levanté del sofá, en el que me había quedado frita leyendo, acudí al servicio para un rápido retoque higiénico y le abrí la puerta.

Me miró con una sonrisa lasciva y cruzó el umbral con violencia. Me levantó y me llevó al salón con mis piernas rodeando su cintura, a la vez que su lengua bailaba en mi boca de un modo frenético. Me tiró a la alfombra y comenzó a desnudarme. Lamía cada parte de mi cuerpo que iba quedando sin cubrir. Lamía cada trozo, cada rincón. Mis piernas rodearon su cuello y mi respiración se aceleró. Nadie sabía mejor que Peter cómo trabajar en aquella zona. Cuando notó que estaba a punto de llegar al clímax, abrió mis piernas y su lengua regresó para enredarse con la mía un buen rato, a la vez que amasaba mis pechos con esas manos tan grandes. Enseguida lo noté dentro de mí. Empujaba como un animal a la par que sujetaba mis brazos por encima de mi cabeza. El ritmo era tan frenético que casi no lograba respirar. De pronto

esas contracciones que vaticinan el orgasmo. Seguía empujando y bruscamente me volvió. Me dejó tumbada boca abajo y continuó con la violencia de sus movimientos, pronto no puede aguantar más. Grité, suspiré, respiré. Me encanta follar con Peter.

*26 de febrero de 2009*

Esta noche, después de bastante tiempo, he decidido bajar al Dhampir. Me apetece escuchar música, cosa que no hago demasiado últimamente. Además ya va siendo hora de que vea a Peter para algo más que echar un polvo. Hace mucho que no hablamos, no sé como le va.

*27 de febrero de 2009*

Mucho me temo que ahora me he metido en un buen lío. Más que en un buen lío, en un problema sin solución, un problema que aún no soy capaz de asimilar ni comprender en su totalidad. Intentaré exponer lo que ocurrió anoche con la mayor exactitud posible.



Me apetecía mucho salir y charlar un rato con Peter en el Dhampir, así que, después de cenar mi ensalada de rigor, me metí en la ducha. Tras embadurnarme de crema, me sequé el pelo y lo recogí en un moño alto con un par de gomillas negras. Me puse unas medias, y como se resbalaban, porque la silicona que llevaban en los bordes no era demasiado efectiva, decidí utilizar un liguero. Odio los pantis por la incomodidad a la hora de bajarlos en determinadas situaciones; además, casi siempre acaban rotos. Después me puse un vestido de punto negro con un gran escote en la espalda, con lo que mis pequeñas quedaban bien visibles, y me coloqué unas botas altas de tacón fino. Por último me coloqué algo que ya siempre me

acompaña: mi correa negra en el cuello y la pulsera que Peter me regaló en la muñeca. A eso de las doce, sorprendentemente, Vlad aún tenía ganas de jugar y no le sentó demasiado bien que me fuera a la calle dejándolo solo; como recompensa le di un trocito de pechuga cruda, su comida preferida.

Caminé despacio, disfrutando de la belleza de las calles del Albaicín; siempre escojo el camino más largo, pese a que si sigo recto, por la calle Zafra, llego enseguida al pub. De paso iba maldiciendo un poco el hecho de que las callejuelas estén empedradas; muy bonitas, sí, pero los tacones me estaban matando. Tardé algo más de quince minutos en alcanzar el punto en el que se atraviesa el río para llegar al pub. Me alegré de que Peter hubiese cerrado el local un par de semanas, porque al ser viernes, si se hubiese puesto de moda, estaría ya lleno a rebosar. Entré y pensé de nuevo cuánto me gustaba la decoración que habíamos elegido. El lugar no es demasiado grande, con la barra a la derecha y sofás biplaza con mesitas bajas a la izquierda. Los únicos colores son el negro en suelos, paredes, banquetas y mesas, y el rojo sangre en techo, barra y sofás. Multitud de cuadros de serpientes y calaveras salpican las paredes. Tiene un aire un tanto siniestro acorde con el tipo de música.

En cuanto entré mi disco favorito de Crisis comenzó a sonar a modo de bienvenida. Peter me sonreía desde el otro lado de la barra. Salió, me dio un pico y cuando me quitó el abrigo, para guardarlo dentro, me acarició la espalda con ternura. Aquella noche era mi amigo, no el semental que de vez en cuando me ataca.

En el local había un grupo de colegas de Peter, a los que saludé con un movimiento de la cabeza, y algún que otro cliente que había encontrado el sitio por casualidad. No pude evitar darme cuenta y sentir asco hacia el chaval que estaba sentado en uno de los sofás al fondo del pub. No es que se hubiera fijado simplemente en mí, me estaba desnudando con los ojos a la vez que se acariciaba la entrepierna.

Me acomodé en una banqueta junto a la barra y Peter me puso mi bebida favorita, Jack Daniels con hielo. En ese momento entró por la puerta Paula, la camarera, y se paró a hablar un poco conmigo:

—Hola, Valen, no es por avergonzarte, pero el otro día vi tu entrevista. — De acuerdo, justo lo que no quería escuchar—. Estuviste genial, mujer. Lo

que no sé es por qué tienes que parecer tan modosita. Así estás mejor, tal y como tú eres.

—Vaya, gracias, Paula. Es lo que yo le digo a Pepa, pero ¡qué le vamos a hacer! De todos modos, apostarí a mi cuello a que el hecho de que me prefieras con este aspecto quiere decir que no te gustan mis novelas, ¿entiendes a qué me refiero?

Paula asintió, pero me dio la impresión de que no supo muy bien a qué me refería. Creo que pensó que la recriminaba por no leer mis libros, así que concluí amistosamente.

—No te preocupes, pronto comenzaré a escribir cosas buenas de verdad, cuando esté tan forrada que no me importe que una de mis novelas no se venda. —Le guiñé un ojo y ella me respondió con una de sus preciosas sonrisas.

Paula tiene un cuerpo escultural, con enormes pechos y cinturita de avispa. No está gorda, pero tampoco delgada. Lleva el pelo pintado de morado y un *piercing* en la nariz. Pero lo que más llama la atención de ella es la viuda negra que tiene tatuada en el pubis y que presumo de conocer porque, antes de comenzar a trabajar en el pub, Peter y yo la compartimos una noche.

Cuando ella hubo ocupado ya su posición tras la barra, mi amigo se sentó a mi lado para charlar un rato. Llevábamos desde el día de mi cumpleaños sin contarnos nuestras cosas.

—Te estaba echando de menos, Valen —comenzó Peter.

—¿Qué parte de mí echabas de menos? —pregunté con aire pícaro.

—Evidentemente, como quedó bien patente la otra noche, lo primero que eché en falta fue tu carne, después ha llegado lo demás. —Y me dedicó esa sonrisa suya, la misma que el día en que nos conocimos, esa que me regaló cuando respondí a su pregunta referente a por qué razón había hecho aquello por él.

—¿Sabes? Es que me ha costado mucho superar aquello.

Peter empezó a reír. Temí que continuara como el día que había ido a casa a echarme la bronca, pero enseguida se controló.

—Ya sabes que lo he olvidado. No estoy enfadado contigo, jamás podría estarlo. —Es mucho lo que nos une a Peter y a mí.

—No me refiero a eso, me refiero a... —Dudé si continuar, pero qué demonios, era mi Peter—. Me refiero a la necesidad de beber sangre. Se convirtió en algo insoportable. He sido una yonqui durante un tiempo. No me atrevía a acudir a ti por si volvía a meter la pata. Pero, después de lo de anteayer, creo que he conseguido superarlo. Espero que haya conseguido superarlo.

—Tendré que atarte a la cama al menos durante los próximos dos meses. —Y gimió imaginando la escena.

Rompí a reír, pero, en realidad, no me parecía tan mala idea. En ese momento, unas manos taparon los ojos de Peter. Indudablemente, se trataba de la chica de la que me había hablado el día de mi cumpleaños. Realmente estaba tremenda, era como una versión mejorada de Paula, y eso ya es difícil, solo que llevaba el pelo rojo. Peter apartó con suavidad las manos de sus ojos y se volvió para saludarla. El saludo consistió en un buen magreo que hasta a mí me puso cachonda, y eso que no iba buscando guerra. A continuación, me miró con ojitos de cordero degollado. Me estaba pidiendo permiso para ausentarse un rato con aquella belleza. Sabía que si se lo hubiera pedido se habría quedado conmigo encantado, pero lo animé a que se largara, ya tendríamos tiempo de hablar. Además, me encanta oír sus batallitas sexuales y seguro que al día siguiente aparecía por casa para contármelo todo.

Me dio un beso en la frente y se dirigió con su conquista a la puerta del fondo. Los observé mientras se alejaban y me planteé por un instante si la chica sabía lo promiscuo que era Peter. Espero que no crea que acabará casándose y teniendo cuatro o cinco hijos con él porque no creo que sea eso lo que mi amigo tenga en mente. Siempre hemos bromeado con que cuando seamos viejos y ya nadie quiera sexo con nosotros acabaremos viviendo juntos, como dos abueletes enamorados.



Había decidido terminar mi copa y regresar a casa cuando noté una mano fría y grande acariciándome la espalda.

—¿Quieres que te invite a una copa?

Me volví de inmediato al darme cuenta de que no conocía aquella voz. Comprobé con repugnancia que se trataba del chaval que se había estado tocando por encima de los pantalones mientras me miraba. Con un cabreo descomunal le respondí:

—Primero, no quiero ninguna copa tuya y, segundo, si se te ocurre volver a tocarme, te mato.

Nunca me había encontrado en una situación así y jamás pensé que fuese a ser capaz de reaccionar de esa forma. Pero la reacción del chaval fue aún peor, me agarró del brazo con fuerza y volvió a preguntar:

—¿Quieres que te invite a una copa?

Sin pensármelo dos veces le arreé un puñetazo en el pómulo izquierdo que casi lo tira al suelo. Todo el bar nos miró, y justo cuando el cabrón estaba preparado para devolverme el golpe alguien lo agarró del brazo y lo sacó del bar a hostias.

Cuando regresó, descubrí con sorpresa que se trataba de Axel, el hombre de negro que me había pedido la dedicatoria.

—¿Te encuentras bien? —preguntó con una expresión bastante preocupada.

—Sí, sí, estoy bien. Solo era un borracho, podría haberlo arreglado yo —respondí mirando también en dirección a Paula, que se había asustado bastante por mí; le sonreí y se tranquilizó, pero estaba segura de que se lo contaría a Peter.

—Ya me he dado cuenta, parece que pegas fuerte. —Tenía una sonrisa preciosa y unos ojos, bueno, ya he hablado de sus ojos; esos oscuros ojos rasgados.

—¿Te apetece tomar algo? Es lo menos que puedo hacer por ti —dije al fin. No sé qué tenía pero, en cierto modo, me hechizaba, me atraía como nadie lo había hecho jamás.

—Tomaré lo mismo que tú, pero tiene que ser una copa rápida, tengo una cita.

No sé por qué sentí esa desilusión tan tremenda cuando dijo que tenía una cita. Debo de ser la tía más tonta del mundo; el hecho de que tuviera un gesto amable defendiéndome de un gilipollas no quería decir que fuera a quedarse a mi lado toda la vida. Además tenía que ser un tanto especial para disfrutar



con una de mis novelas; no le pegaba para nada. Con su aspecto tan duro, no podía imaginármelo sollozando con alguna escena de mis historias.

—¿Vives por aquí? —pregunté para, por segunda vez, intentar entablar una conversación con él.

—Solo estoy de paso. Llevo algún tiempo viajando en busca de algo que haga que aterrice en algún lugar.

—¿Y ya lo has encontrado?

—Puede ser, aún no estoy seguro —respondió clavando su mirada en mi cerebro.

—¿Chica o chico? —Buen momento para descubrir si era gay.

—Chica. —Eso estaba bien, a lo mejor no le convencía mucho la de esta noche y volvía en busca de mí, daría lo que fuera por probar esos labios. Joder, si hubiera estado Peter allí me habría echado un cable.

—¿Y es guapa?

—Es preciosa, mucho más de lo que habría esperado encontrar jamás. —Lo dijo mirándome a los ojos; yo sentí como mi cara se sonrojaba.

Mierda, estaba enamorado. Ya solo me quedaba la esperanza de que cuando se la llevara a la cama, si es que todavía no lo había hecho, ella resultara ser un travesti.

—¿Y qué hay de tu compañero? ¿Vlad, se llama?

—No, no —me apresuré a decir—. Vlad es mi mascota, un hurón albino la mar de mono. En la época en que terminé la novela acababa de encontrarlo y decidí dedicársela a él. No hay nadie en mi vida, salvo sexo esporádico. —No debí haber dicho eso.

En ese momento Axel volvió a reaccionar de la misma manera que la primera vez. Se quedó callado y muy serio.

—Bueno, he de irme ya. —Y se fue.

Efectivamente, no debí haber dicho eso. Me quedé de nuevo con cara de tonta, no sabía cómo reaccionar. Sentí una tremenda sensación de abandono. ¿Quién cojones era ese tío que hacía que no lograra pensar con claridad?

Un tanto desalentada, terminé mi copa y me largué. Es bueno eso de tener un pub, nunca tienes que pedir la cuenta antes de irte. Decidí volver a casa por la calle Zafra, avanzando lentamente y disfrutando del frío invernal sobre mi piel. Traté de analizar lo que acababa de ocurrir. De repente alguien me

agarró con fuerza del moño y me punzó con algo en la espalda. Antes de que pudiera gritar, me obligó a internarme en el callejón que quedaba a la izquierda y me golpeó la cara contra una pared.

—Ni se te ocurra gritar, puta, o te ensarto como a un pinchito.

Reconocí la voz enseguida; el tío de la bronca en el bar, ¡cómo no! Me había estado esperando.

—Bájate las bragas, zorra. Ya sé que llevas un liguero, te lo he visto antes cuando estabas con tu amiguito. —Cómo echaba de menos en ese momento unos tupidos pantis.

Le hice caso y me remangué un poco el vestido para bajarme la ropa interior. Lo hice lentamente, tratando de ganar tiempo y pensar qué coño hacer.

—¡Dámelas! —me gritó—, verás qué bien te voy a hacer sentir, puta.

Estaba acojonada, me temblaban las piernas. Me empujó contra la pared, me soltó el moño y tiró de mis caderas hacia él. Oí cómo la bragueta de su pantalón se abría y cómo la prenda resbalaba hasta el suelo. No quise pensar en qué era lo que me estaba rozando el culo por encima del vestido. Justo cuando comenzó a levantarme la ropa, sentí que sería en ese momento o nunca. Le di un codazo tremendo en la boca, y al retirarse hacia atrás tropezó con sus propios pantalones y cayó al suelo. Noté cómo el filo de la navaja me rajaba dolorosamente la espalda traspasando la tela del abrigo.

Entonces enloquecí, comencé a patearlo con todas mis fuerzas, la navaja calló al suelo y yo me puse encima de él y le golpeé con los puños con la idea firme de reventarle la cara. Fue entonces cuando lo observé. El preciado líquido rojo que emanaba de sus heridas. Él ya estaba inconsciente, no se defendía y yo me quedé petrificada. Ese olor metálico que lo invadía todo. Necesitaba probarlo. Le lamí la cara. Mi cuerpo se estremeció de placer. Localicé la navaja, pero estaba demasiado lejos del objeto de mi deseo. Sin embargo, a mi lado se encontraba mi bolso; había caído al suelo en medio de mi locura y todo el interior había quedado esparcido junto a mí. Enseguida la vi, aquella preciosa pluma perteneciente al misterioso hombre de negro; aquella joya cuya punta era tan afilada como la de un cuchillo. La agarré con determinación, desenrosqué el capuchón, acaricié el extremo puntiagudo y, sin ningún miramiento, lo hundí en el cuello de aquel cabrón. La sangre manó

a borbotones. Me relamí. Besé la herida, succioné con fuerza y tragué. Tragué. Tragué. Hasta que no quise más.

Me quedé arrodillada junto al cadáver y llena de sangre. Cuando comencé a darme cuenta de lo que había sucedido empecé a temblar. ¿Qué iba a hacer ahora? Esto no serviría en ningún tribunal como defensa propia, lo sabía muy bien. Tenía que ir a ver a Peter, él sabría qué hacer. Me encontraba a tan solo un par de minutos del pub. Caminé tan rápido como el aturdimiento por el golpe en la cabeza, el punzante dolor de las heridas y mi estómago lleno me lo permitieron. Se me partió el tacón de la bota derecha, así que decidí quitármelas y tirarlas a una papelera. Solo podía pensar en hablar con Peter, él me ayudaría.

Desconozco cuánto tiempo tardé en llegar al pub. Por suerte él estaba en la puerta. Su cara fue un poema cuando me vio aparecer así.

—¿Qué te ha pasado, Valen? ¿Te encuentras bien? —Jamás lo había visto tan asustado, estaba aterrado por mí—. Estás sangrando.

—No toda la sangre es mía, Peter. Lo he matado, ¡me lo he bebido, Peter! ¡Me lo he bebido!

Estaba histérica, no podía dejar de temblar y de gritar: «¡Me lo he bebido!». Peter me miraba horrorizado, pero estaba mucho más asustado por mí que por lo que se suponía que había hecho. Me agarró y me llevó al callejón de al lado para evitar que me vieran así.

—¿Dónde está, Valen?

—¡Lo he matado, Peter! ¡Me lo he bebido!

En ese momento, me arreó una torta que me devolvió a la realidad y volvió a preguntar muy serio dónde estaba. Traté de tranquilizarme, le dije la localización exacta: el callejón de Zafra. Peter cogió del bar un par de sacos de basura gigantes, cinta aislante, un pulverizador con agua fuerte y una botella de cinco litros de agua, y junto a él rehíce de nuevo el camino. Repito que no sé cuánto tiempo pasó desde el incidente hasta que Peter y yo estuvimos juntos en el lugar.

Cuando llegamos todo rastro del cadáver había desaparecido, no quedaba ni una mota de sangre en el suelo; estaba todo empapado y con un fuerte olor a lejía. Me quedé a cuadros; no quedaba nada, ni siquiera mis bragas. Las piernas me temblaron demasiado, cedieron a la fuerza de la gravedad; caí

desplomada al suelo. Peter corrió a un contenedor cercano, tiró todo lo que había traído y me tomó en brazos. Llamó por teléfono a Paula para decirle que cerrara el local y estuviera vacío antes de que llegásemos, y añadió que se fuese sin recoger nada, que ya lo haría él. No quería que me vieran así. Para darle tiempo a desalojar, se sentó en uno de los escalones que coronan la calle Zafra y me acunó. Me miraba con tanto miedo y tanta preocupación que rompí a llorar. Él me besó en la frente y trató de calmarme:

—Valen, te pondrás bien pequeña. —Entonces, debí de perder el conocimiento.

Cuando regresé en mí estaba sobre la cama de Peter; él me desnudaba con sumo cuidado para no hacerme daño. Podía oír el grifo de la bañera funcionar. Me desinfectó las heridas de la ceja y el pómulo derechos, y me colocó unos puntos de aproximación. Luego me dio la vuelta y dijo con tristeza:

—La señorita mamba verde se ha llevado la peor parte. Es una herida muy fea.

Entonces extrajo del botiquín una pequeña jeringuilla y me inyectó un anestésico local. Peter siempre estaba preparado para esas cosas. En cuanto me hizo efecto ya solo noté que estaba trasteando en la zona, no me dolió en absoluto. Tuvo que darme veinte puntos de sutura.

Cuando terminó de curar mis heridas, incluidas las de los nudillos a causa de los múltiples puñetazos que le había dado a aquel tío, y tras preguntarme si había llegado a forzarme, a lo que contesté con un rotundo «No», me volvió a coger en brazos y me sentó en una banqueta al lado de la bañera.

—No quiero meterte en el agua con esas heridas tan feas, pero intentaré dejarte lo más limpia posible.

Comenzó a frotar mi cuerpo con sumo cuidado con una esponja natural y jabón de glicerina. La sangre es más espesa que el agua, pero aun así se mezclan; el suelo del cuarto de baño quedó hecho un asco, un inmenso charco de sangre diluida.

Cuando comprobó que tenía el pelo manchado y pegajoso, corrió a la cocina a por el cubo de la fregona, recogió el charco como pudo, y puso un pequeño colchón de toallas para que pudiera sentarme en el suelo, apoyada en la bañera. Soltó mi melena y la mojó con la alcachofa de la ducha. Me frotó

el cabello con champú. La espuma se volvió rosa. Luego lo enjuagó y me lio una toalla a la cabeza. Volvió a tomarme en brazos y me llevó a la cama, donde me cepilló el pelo y lo secó con el secador. Tengo el pelo muy lacio, así que casi no se enreda. Eliminó los posibles nudos restantes con sus dedos y me puso uno de sus pijamas. Me quedaba enorme. Finalmente, me recostó en la cama. Yo me dejaba hacer, él me movía con mimo. Esperó a que me quedara dormida abrazándome con fuerza.

He despertado hoy, a eso de las diez de la mañana, tratando de averiguar si lo de la noche anterior había sido una simple pesadilla. Pero las punzadas que sentí en la cabeza y en la espalda, al moverme del lecho, me devolvieron a la cruda realidad. Había matado a alguien y me había alimentado de él. No importaba lo que me hubiera hecho antes porque no lo asesiné por venganza, sino por hambre.

Al cabo de un rato, Peter llegó con mi desayuno, del cual prácticamente no pude tomar nada. No me preguntó por lo de la noche anterior. Supuse que tendría que digerirlo.

—Tengo que llevarte a casa, Valen, me han llamado para hacer un trabajo. Salgo en un par de horas para Venezuela. —La tristeza contenida en su pecho no hizo más que enturbiar sus palabras.

Asentí, sin decir nada; él sabía que no preguntaría, era nuestro acuerdo. Pensaba que cuanto menos supiera, menos sufriría. Pero no se daba cuenta de que a mí me daba igual. No iba a sentirme ni mejor ni peor por conocer el rostro de la persona de la que Peter tenía que encargarse esa vez. Sencillamente, me daba igual.

Estaba muy cansada cuando me dejó en casa. Pese a que no dijo nada, supe que no le hacía ninguna gracia dejarme sola. Algo le inquietaba, y mucho.

—No le abras a nadie la puerta, Valen. A nadie.

Fue lo último que dijo, y me besó tres veces en la frente como siempre que se despide antes de salir de viaje. Dice que le da suerte.

## 4

*7 de marzo de 2009*

No estoy segura de estar volviéndome loca o no, pero lo cierto es que me siento diferente. La verdad es que nunca he tenido heridas mayores de un simple corte con una cuchilla de afeitar en las piernas, o en las ingles, motivo por el cual decidí hace un par de años hacerme el láser; pero no creo que heridas como las que me hice el otro día desaparezcan por completo en tan solo una semana. Lo más curioso es que ayer, cuando me levanté de la cama, los puntos de sutura de mi espalda estaban desperdigados sobre las sábanas. Hoy es difícil apreciar la cicatriz en la pequeña mamba verde.

He pasado una semana desconcertante. De hecho, he estado encerrada en casa desde que Peter me dejó aquí. Repito que no sé si me estoy volviendo loca, empiezo a pensar que sí. Me parece que, pese a que he comido más bien poco estos días, únicamente fruta y verdura, nada consistente, he ganado un pelín de peso, mi cara tiene buen color y ya no se me notan las clavículas ni los huesos de la cadera como si estuviera raquítica. Soy una persona delgada y el poco peso que pierda se me nota horrores.

Puede que simplemente sean mis ojos, que no captan la realidad en toda su esencia. El jueves me desnudé frente al espejo, cosa que, no nos vamos a engañar, hago demasiado a menudo para escudriñarme entera y encontrar los efectos de la edad, y, para mi sorpresa, me encontré estupenda. No voy a decir que mejor que nunca, porque mi cuerpo era más bonito cuando tenía veinte años, pero se acercaba bastante a lo que recordaba de la yo de entonces. Tenía el cutis suave, levemente amoratado ya por el golpe de

aquella noche. Mi pecho, pequeño, sí, pero precioso, parecía más voluptuoso; mi torso se veía esbelto, y mi trasero —no quiero ni hablar de mi trasero— estaba todo lo arriba que tenía que estar. Además, ni un ápice de celulitis en las piernas, y no es que sea una persona propensa a la celulitis, pero siempre me agobiaba esa zona rebelde de mis caderas que, por cierto, ahora son impresionantes.

Juro que no he consumido ningún opiáceo, aunque hasta yo lo he dudado por un momento; quizá haya ingerido una lechuga alucinógena. En fin, lo cierto es que me veo preciosa, cambio que, por supuesto, Peter no va a notar porque él dice que desde que me conoce siempre he permanecido igual. Odio esa poca capacidad de apreciación que tienen los hombres, aunque, por otro lado, más bien debería agradecerla. ¿Querrá decir que nos quieren tanto que no ven nuestros defectos? No sé, no sé. Creo que simplemente es falta de atención.

No he querido salir a la calle para que nadie viese los golpes de mi cara, y como no podía hacer deporte, ni siquiera en casa, para que no saltaran los puntos de la espalda, me he dedicado a devorar libros. Aunque, siendo sincera, he pensado bastante en aquella noche.

No dejo de darle vueltas a si debería o no sentirme culpable por aquello. Pero, en realidad, es que no soy capaz de sentir tal cosa. Mi subconsciente dice que no obré mal. Me acojona un poco pensar que de verdad la sangre es una necesidad para mí. Pero no por el hecho de robar sangre de otros, sino por cómo voy a hacerlo. No creo que sea muy fácil ir dando cuchilladas por ahí sin consecuencias. No, definitivamente, no lo creo. Pero ¿qué voy a hacer entonces cuando vuelva a tener «apetito»? Por suerte, aún no creo que haya llegado ese momento. Aunque me ruborizo levemente cuando pienso en ello.

Además, para alimentar aún más si cabe mi posible locura, todos estos días me he sentido acompañada. No acompañada en el sentido literal de la palabra. Me he sentido observada. Hasta el punto de que, la otra noche, desperté sobresaltada por culpa de una pequeña patada que me dio Vlad en la cara mientras soñaba y, por un segundo, me pareció que había alguien mirándome a través de la ventana. Aunque, al levantarme a comprobarlo, no encontré a nadie.

En fin, será mejor que deje de pensar. Lllaman al timbre.

## *Por la tarde*

Peter me ha hecho una visita; regresó esta misma mañana. Cuando abrí la puerta de la casa, se quedó pasmado al verme. Evidentemente esperaba encontrar mi cara aún hinchada y con los puntos de aproximación, que, por cierto, también aparecieron en la cama el martes.

—Joder, Valen, estás preciosa.

Peter me había dicho lo mismo muchísimas veces, pero me daba la sensación de que ahora lo pensaba más que nunca.

—No queda ni rastro en tu cara de... aquello. —Se notaba que no estaba preparado para hablar abiertamente de ello, al menos en ese momento en que aguardaba al otro lado del umbral—. En realidad, venía a echarte un vistazo y a quitarte los puntos de la espalda.

Me volví y me levanté la camiseta. Quedó más impresionado cuando casi no logra localizar la cicatriz de la herida. Tenía cara de tonto, no hacía más que balbucear.

—Venga, anda, pasa y te preparo un té. Si te vas a quedar a comer tengo que llamar para que te traigan algo, solo tenía una pechuga de pollo que Vlad está devorando en la cocina.

Entró callado como un muerto. Me pareció atisbar algo de miedo en su mirada. ¿Peter se asustaba de mí? No, eso no era posible.

Llegamos al salón y me abrazó con tanta fuerza que casi no podía respirar.

—Peter, ¿qué te pasa? ¿Ha ido todo bien en Venezuela?

—¿Eh? —Le costó salir de su ensimismamiento—. Sí, todo ha ido bien, como siempre, no te preocupes. Era un mafioso de poca monta.

—Entonces ¿puedes decirme qué te pasa?

—Pues que estoy empezando a creer que es verdad. Al principio pensé que era una simple extravagancia de las tuyas.

No comprendí al cien por cien qué quería decir. Bueno, sí que sabía de qué extravagancia hablaba; evidentemente no de mi gusto por las calaveras, pero no acababa de comprender a qué se refería con lo de que estaba empezando a pensar que era verdad. En ese momento, extrajo su cartera del bolsillo trasero del pantalón y la abrió. Sacó una nota doblada y un tanto



arrugada y me la pasó. Aún la aprieto en mi mano izquierda tratando de descubrir alguna pista sobre el remitente, como si este pedazo de papel arrugado fuese a arrancarse a hablar de un momento a otro. La nota dice así:

Puedes irte tranquilo, me voy a ocupar de que nada le pase en tu ausencia. No será peligrosa para nadie ni para sí misma, al menos en una semana. Cuando ese tiempo haya transcurrido, deberás dejar que se alimente de ti.

No te preocupes, sé que todo esto te suena a cuentos chinos. Cuando regreses y veas su aspecto, lo comprenderás todo. Lo crearás.

P.D. Tendrás que atarla. Por lo que pude ver aquella noche, no es muy capaz de controlarse aún.

—La encontré en un sobre antes de traerte a casa aquel día. Cuando volvía de comprar el pan para tus tostadas alguien la había pasado por debajo de la puerta, la que da al callejón. —Es la puerta que Peter usa cuando el Dhampir está cerrado—. Supongo que quien escribiera esta nota se encargó del cadáver de aquel cabrón.

Me quedé paralizada. Ya sabía que alguien debía de haber eliminado de algún modo el estropicio que hice, aunque había tratado de no darle demasiadas vueltas al tema. Pero me inquietaba muchísimo más saber el motivo por el cuál esa persona parecía conocer mejor que yo ese instinto que se estaba apoderando de mi ser. ¿Realmente alguien había estado velando por mí todos esos días en ausencia de Peter? ¿Realmente podía haber alguien que compartía conmigo la sed de sangre? Sentí escalofríos. Y a la vez una profunda curiosidad se apoderó de mi cuerpo. Un poderoso anhelo me recorrió por dentro.

—¿Tienes hambre, Valen? —preguntó repentinamente Peter.

—¿Y a qué viene esa pregunta ahora?

Se quedó fijamente mirando la nota que aún estaba entre mis manos y que yo, sin ser consciente de ello, releía una y otra vez. De modo que Peter se refería a ese tipo de hambre. Lo cierto es que pensar en ello me hacía arder en deseos de saborear aquel líquido que me volvía loca, pero no quise que él se diera cuenta. No podía consentir que volviese a pasar algo ni remotamente

parecido a lo que ocurrió el día de mi cumpleaños. No quería volver a hacerle eso, y mucho menos con el único fin de saciar mi hambre.

—Eh, no, la verdad es que no. —Mentira, mentira, mentira—. ¿Qué tal si pedimos algo a domicilio? Yo puedo pedir comida vegetariana y tú te encargas un buen chuletón, ¿te parece?

Él no parecía estar muy convencido con mi respuesta, pero creo que noté cierto alivio cuando me oyó decir eso. Quizá, después de todo, quienquiera que fuese el que había escrito aquella nota podría estar equivocado, y su mejor amiga no se estaba convirtiendo en ningún monstruo. Pero yo sabía muy bien que no. Algo me estaba sucediendo. Algo despertaba irremediabilmente en mi interior para no volver a dormir jamás. Algo que yo ya no era capaz de controlar.

Sorprendentemente, pese a haber pedido la comida en sitios diferentes, todo llegó a la vez. Yo comí con todas mis ganas, luchando con valentía contra mi falta de apetito, hasta que mi estómago estuvo tan lleno que no temí por la posibilidad de abalanzarme al cuello de Peter. Pero aun así, notaba cómo un inmenso vacío iba creciendo en mi interior. Un vacío que, yo sabía muy bien, pronto tendría que llenar.

Tras el almuerzo, Peter se encargó de fregar los platos y recoger la cocina, mientras yo me daba una ducha para intentar relajarme. Cuando estaba en mi dormitorio en ropa interior, eligiendo qué ponerme, él se acercó a mí. Fui a volverme para saludarlo, pero me agarró de la cadera suavemente para que no lo hiciera. Permaneció un buen rato mirando lo que había quedado de la tremenda herida que aquel cabrón me hizo con la navaja antes de caer al suelo.

—Ni siquiera tiene el más mínimo relieve. Se nota que estaba ahí porque la serpiente tiene una línea color carne atravesándola; si no, no sería capaz de asegurar que ahí hubiera un corte como el que tenías.

—Supongo que me curo muy rápido. —Sí, ya, eso no me lo creía ni yo.

Entonces me volvió y con cara de preocupación me abrazó de nuevo. Creo que empezaba a saturarme de abrazos por aquel día, sobre todo teniendo en cuenta que oler a Peter y estar tan cerca de él no hacían sino aumentar mis ansias de sangre. A duras penas, logré controlarme.

—Valen, tú sabes que me tienes para lo que sea, ¿verdad? Te debo mi

vida. El día en que nos conocimos, tú no me hiciste pregunta alguna. Sencillamente me ayudaste.

—Es que estabas tremendo con los vaqueros y aquel torso desnudo, Peter —interrumpí para quitar un poco de importancia a lo que estaba diciendo; él sonrió.

—Simplemente, quiero que sepas que ahora no voy a hacerte yo preguntas a ti. Si tengo que deshacerme de mil cadáveres para que sigas a salvo, lo haré. Si realmente te estás convirtiendo en lo que sea que te estés convirtiendo, te apoyaré.

Y le creí. Sabía a ciencia cierta que él era la única persona en el mundo que jamás me abandonaría. No pude evitar recordar aquel día en que apareció en la habitación de mi hotel. Entró como un energúmeno con una llave maestra y cerró la puerta tras de sí. No sé por qué, la verdad, pero no me asustó. Ni siquiera cuando vi que llevaba un arma en su mano derecha y me apuntaba exigiéndome silencio. Me levanté de la cama en braguitas, tal y como me encontraba cuando dormía, y extendí mi mano hacia él. Un tanto atónito, me siguió de vuelta y sin haberlo decidido antes comencé a besarlo. Le quité lo único que llevaba de ropa, sus vaqueros, y lo empujé hacia la cama. Él no daba crédito a lo que estaba pasando. Fue la primera vez que lo hicimos. Ni siquiera pensé en que aquel hombre pudiera hacerme daño. Intuí que si lo perseguían, y entraban en mi habitación, jamás creerían que el tío que me servía de montura era el que estaban persiguiendo. Me las apañé bastante bien para envolvernos con las sábanas de modo que los tatuajes de su torso no lo delataran y puse una estratégica almohada que impedía que su rostro se viera desde la puerta de la entrada. Pero no llegó a entrar nadie, solo abrieron con cuidado la puerta y al oírme jadear volvieron a cerrarla. Tuvimos suerte. Y desde entonces somos inseparables.

## 5

*8 de marzo de 2009*

Acaba de irse y tengo la sensación de estar coja. Ya no es una mera atracción, ni siquiera un hechizo, es una parte de mí que necesito del mismo modo que no puedo vivir sin oxígeno.



Anoche acudí al Dhampir. Había quedado con Peter y como llevaba días sin salir decidí ponerme guapa. Bueno, todo lo guapa de lo que soy capaz. Me puse un corpiño negro con mangas transparentes que me realza el busto, un pantalón ceñido de igual color y unas botas negras con un taconcito bajo. Recogí mi cabello en el moño habitual y me maquillé más bien poco, como de costumbre, porque, pese a que me gusta sentirme atractiva y joven, no me reconozco a mí misma cuando llevo excesivo maquillaje puesto. En esta ocasión, vino Peter a recogerme a casa. Tengo que hablar con él respecto al exceso de protección al que me está sometiendo; ayer estuvo a punto de quedarse a dormir tan solo para no dejarme sola.

Abrimos juntos el pub y estuve ayudándole tras la barra a llenar los refrigeradores de bebida y a cortar limones para los cubatas, mientras el local iba llenándose de conocidos de Peter y de extranjeros. Paula dijo que llegaría algo tarde, tenía una cita, así que decidí que no estaría de más hacer por una vez de camarera en mi propio pub. La verdad es que era algo sencillo porque

la bebida más demandada era la cerveza, seguida del ron-cola y el whisky-cola. Así que no tenía que marearme mucho buscando lo que me pedían.

—¿Qué tal, guapísima? —me preguntó Ruud, uno de los amigos de Peter.

—Pues bastante bien. Aquí, haciendo como que trabajo. ¿Necesitas algo?

—Sí, ponme un par de whiskies con hielo y quédate con uno de ellos.

Sonreí agradecida. La verdad es que Ruud es un primor; siempre me ha tratado con muy buena educación y se ha preocupado mucho por mí. Seguro que si hubiese estado la noche del desastre aquel chaval no habría ni llegado a acercarse a mí. Pero estaba en viaje de negocios. Comparte profesión con Peter.

Ruud es un hombre atractivo, bastante alto, fornido y guapo. Tiene el pelo castaño oscuro recogido en una coleta baja y los ojos verdes, que resaltan sobre sus labios carnosos. Siempre me he preguntado cómo sería en la cama, pero el tremendo respeto, no sé si llamarlo más bien miedo, que siento hacia Peter le impide pensar en mí de esa forma. Paula sí que ha estado con él, y dice que, pese a parecer un hombre mayor —rondará los cincuenta—, tiene un físico espectacular. Además, no sé por qué razón pero una noche, hará un año más o menos, estuve varias horas de charla con él, y Peter, al día siguiente, me dijo que tuviese cuidado con Ruud, que a simple vista parecía buena gente, pero que no era un tipo en quien se pudiese confiar al cien por cien.

Alguien llamó a Ruud desde el otro lado del local así que se despidió con un guiño y acudió con sus colegas. En ese mismo momento, Paula aparecía por la puerta con cara de sueño.

—Buenas noches, Valen —me dijo bostezando—. Si quieres puedes descansar ya, me meto enseguida en la barra.

—¿No ha acabado tu cita demasiado pronto? —le pregunté en auténtico acto de cotilleo.

—No exactamente. En realidad mi cita fue ayer, pero la bebida debió de sentarme mal y no me he despertado hasta hace un par de horas, hecha un desastre.

—Dime, ¿qué fue lo que te dejó tan agotada? ¿Seguro que fue la bebida?

Me dedicó una sonrisa pícaro mientras se quitaba el abrigo y dejaba al descubierto aquel escote tan perfecto y generoso que siempre lucía.

—A decir verdad, fueron varias las cosas que me dejaron exhausta, ya me entiendes. —Rio con ganas, provocando que sus pechos bailaran al son de la carcajada—. Pero no creas que esta vez me lo he pasado tan bien como otras, bebí demasiado y no disfruté por completo de mi acompañante, por cierto, guapísimo. Hasta me quedé dormida justo cuando acabamos, o puede que antes. Una auténtica descortesía por mi parte, y eso que era un salvaje; no te puedes ni imaginar cómo estoy de chupetones por todo el cuerpo. Incluso creo que me ha mordido el muy cabrón. —Y volvió a reír—. Cuando lo vuelva a pillar no va a sobrevivir, eso te lo aseguro.

—Pues dime quién es y me lo pasas. No te importa, ¿verdad? —le dije con picardía y un tanto intrigada.

—Lo conoces perfectamente, es ese tío que echó el otro día al colgado que iba a pegarte.

Mierda, mierda, mierda. Así que mi hombre de negro me estaba hablando de Paula como esa mujer que podría hacer que por fin decidiera quedarse permanentemente en algún lugar. Adiós a mis posibilidades. Evidentemente Paula no es un travesti, y, aunque la primera noche no hubiera ido todo lo bien que podría haber ido, estaba segura por propia experiencia de que cuando pillara a Paula despabilada no iba a querer probar a nadie más.

Estaba dándole vueltas a la cabeza cuando alguien me saludó desde fuera de la barra; su voz me resultó demasiado familiar:

—Buenas noches, señorita Valentina.

Me volví y ahí estaba él, ese hombre hacia quien sentía una atracción que jamás había sentido por nadie más. No sé por qué razón, pero solo dirigió un leve saludo a Paula y luego sus ojos volvieron a clavarse en mí tan intensamente que sentí que mis piernas perdían fuerza. La camarera, un tanto mosqueada, se fue hacia el pequeño almacén del fondo de la barra.

—¿Te ha dicho hoy alguien que estás preciosa?

Sentí tantas mariposas en el estómago que pensé que acabarían saliendo todas revoloteando por mi boca. Empecé a ruborizarme; mis mejillas ardían a causa del creciente flujo sanguíneo que las recorría.

—Pues, lo cierto es que hoy no me lo ha dicho nadie. —Mentira, Peter había vuelto a decirlo cuando me recogió en casa.

—Creo que tienes algo que me pertenece, hace algún tiempo que te la

quedaste.

¡Claro! Su pluma, su preciosa pluma. Aquella que había guardado en mi bolso con la esperanza de poder devolvérsela algún día. Aquella que me hacía pensar en aquel hombre que me llenaba por dentro con su mera presencia. Aquella pluma. La misma pluma que usé para asesinar a aquel tipo y alimentarme de él. La misma pluma que había desaparecido aquella noche tras abandonarla junto al cadáver.

No se me ocurría qué decirle. Por supuesto no consideré correcto decirle que ya no obraba en mi poder a causa de aquel funesto desenlace de aquella aciaga noche. Tenía que inventarme algo *ipso facto*, algo que pudiera resultar creíble. Desde luego, cualquier explicación iba a ser más creíble que el hecho de haber usado su pluma como instrumento de muerte.

—La tengo en casa a buen recaudo —comencé a decir sin saber muy bien cómo continuar—. No sabía cuándo volvería a verte y temí perderla si la llevaba encima. Me pareció demasiado valiosa y demasiado hermosa. —Eso último era verdad, pero fue por su hermosura precisamente por lo que no quise separarme de ella, y por pertenecer a quien pertenecía.

—No te preocupes, ya tendrás tiempo de devolvérmela. Supongo que nos veremos a menudo. —Estupendo, eso me daría tiempo para encargarme una igual o, al menos, una lo más parecida posible.

En ese momento, Peter, que llevaba rato charlando con Ruud, supongo que del trabajo en Venezuela, se acercó a la barra en nuestra dirección.

—¿No me presentas a tu amigo, Valen?

—Eh, sí, sí, por supuesto. Este es Axel, Peter, está de paso por Granada. Lo conocí una mañana en que se me acercó para pedirme que le dedicara mi última novela. Es un tipo interesante.

Con mis gestos intentaba hacer ver a Peter que estaba sobrando, que quería que me dejara sola, que no lo necesitaba cerca, etcétera, etcétera, etcétera. Pero él hizo como que no se había dado cuenta y comenzó a hablar con Axel ignorando mi presencia. ¿Era posible que Peter estuviera celoso? ¿O simplemente se pasaba en su papel protector? O puede que tan solo tratase de proteger al pobre Axel, temiendo que si nos íbamos juntos acabara desangrado. Fuera cual fuese el motivo, me estaba poniendo histérica, así que me dirigí al aseo para intentar calmarme.

Creo que los servicios del Dhampir son los únicos presentables de cualquier pub de cualquier lugar. Para mí era algo importantísimo, dado que frecuento el local bastante. Además, me aseguré desde el principio de reservar un aseo para mí y para Paula bajo llave, de tal modo que siempre estuviera impecable. Aproveché para orinar, me limpié con una de esas toallitas íntimas y me lavé las manos como tres veces hasta considerar que estaba preparada para regresar y echar de una patada a Peter.

Para mi sorpresa, cuando salí de los servicios, la «amiguita» de Peter se había unido a la conversación. Era perfecto para conseguir que se largara porque, sin duda, por el modo en que se frotaba contra él, la chica venía con ganas de algo más que pasar un rato bebiendo cervezas.

Cuando me uní al grupo, ella aprovechó para tirar de Peter en dirección a la puerta del fondo, ahora que sabía que no dejarían solo a su interlocutor. Agradecí enormemente la intervención, aunque Peter se largó con la cara un tanto seria, sin dejar de mirar hacia nosotros.

Justo cuando volví a sentirme a solas con Axel regresaron el nerviosismo y la timidez. No sabía muy bien qué decir. Así que me quedé como una pava sonriendo y mirando al suelo.

—¿Qué hay entre Peter y tú? —Vaya, menuda forma de romper el hielo.

—¿Qué hay entre Paula y tú? ¿Es ella la mujer de quien me hablabas?

—No —dijo categóricamente—. Incluso es algo aburrida en la cama. La mujer de la que te hablaba aún no sabe que estoy aquí por ella.

Otra vez esas mariposas haciendo de las suyas. Vale, no había ninguna otra mujer anoche en el bar, salvo Paula y yo. Es decir, que me estaba soltando una indirecta tan directa que me había atravesado el pecho de lado a lado.

—Peter es un buen amigo, solo que, a diferencia de Paula, es muy bueno en la cama. —Por supuesto, por muy encandilada que me tuviera, no me iba a rendir tan fácilmente a sus pies. Si él admitía haberse tirado a Paula, tenía que saber que Peter no era únicamente un amigo para mí.

—Espero que no vuelvas a necesitar su compañía —dijo muy serio, demasiado serio.

—Creo que eso no es de tu incumbencia. —No iba a permitir, por mucho que me gustara aquel tipo, que sin conocerme de nada me exigiese fidelidad



eterna.

—No te enfades, es solo que... —Y parecía que no sabía o no quería continuar.

—Mira... Escúchame bien, me gustas mucho, eso no te lo puedo negar, incluso hay algo en ti que me inquieta. Pero he vivido sola y como me ha dado la gana desde que cumplí los dieciocho, y no estoy dispuesta a que llegue nadie a intentar controlar ni la más mínima parcela de mi vida. ¿Entiendes?

—Perdona, no debí decirlo así. Tendría que haber esperado un tiempo para que tú te dieras cuenta por ti misma.

—¿Me diera cuenta de qué?

—De que ya no necesitas a nadie más.

Empezaba a estar bastante, por no decir muy enfadada. Siempre me ha irritado sobremanera que intenten controlar mi vida, por eso en cuanto cumplí la edad legal salí echando hostias de la casa de acogida. He trabajado muy duro para costearme mis estudios y aún más para conseguir llegar hasta donde he llegado. Me prometí a mí misma que la única que agarraría las riendas de mi vida iba a ser yo y nadie más.

En ese momento, me dieron ganas de largarme. Pasé tras la barra a por mi abrigo y mi bolso justo cuando vi a Paula que empezaba a cortar rodajas de limón. Le hice un gesto para que mirara en dirección a la máquina de hielo y comprobara que ese trabajo ya estaba hecho, pero al desviar la mirada, sin darse cuenta, se cortó el dedo índice. Yo estaba en el almacén cuando sucedió, así que agarré un paño para envolverle el dedo, que sangraba con intensidad. Cuando me encontré a un metro escaso de ella, aquel magnífico olor penetró por mis fosas nasales e inundó todo mi ser. Recordé el sabor de la sangre, lo bien que me hacía sentir, las ganas que tenía de volver a beberla. Entonces, alguien me agarró y me llevó afuera, a la calle. Noté cómo el frío de la noche me cortaba la cara y el pecho, pero no me importaba, solo quería volver dentro, junto a Paula, junto a su herida. La misma persona que me agarraba me zarandeó. Entonces lo vi frente a mí, estaba demasiado cerca. Su rostro era lo más hermoso que había visto jamás.

—¿No te has alimentado?

—¿Qué? —le respondí.

—¿No has bebido de tu amigo Peter? ¿No te ha alimentado?

Negué con la cabeza, intentando volver a la realidad, intentando olvidar eso que no quería olvidar. Tiritaba con violencia. Necesitaba volver al Dhampir, junto a Paula. Entonces, Axel me dejó un momento sola, acurrucada en la puerta del pub; me sentía tan débil que no era capaz de volver a entrar a por eso que tanto deseaba. Enseguida estuvo de vuelta. Me puso con cuidado el abrigo y me cogió en brazos con facilidad. Comenzó a ascender en dirección a mi casa y, al llegar a la entrada, sacó las llaves de mi bolso para abrir la puerta. Como si hubiera estado allí un millón de veces, me llevó a mi dormitorio y me depositó en la cama. Jamás me había sentido tan débil. Se dirigió a mi armario, rebuscó en los cajones, sacó un pañuelo y regresó a mi lado. Me sentó y me ató las manos al cabecero de la cama. Yo estaba demasiado floja para evitarlo, apenas lograba permanecer sentada.

—Necesitas alimentarte, Valentina.

No dijo nada más. Se quitó la camiseta y, con el bello torso desnudo, se arrodilló sobre la cama a mi lado. Me acarició el rostro con su mano derecha. Pese al estado en que me encontraba, sentí la ternura de aquel contacto con intensidad. Me llamó la atención que, por encima de su codo, un brazalete de cuero le rodeaba el antebrazo. Tras su caricia, extrajo con la mano izquierda una púa metálica que, al principio, me había parecido un simple adorno en aquel brazalete. Pronto pude comprobar su utilidad. Ahondó con aquel punzón en la carne de su muñeca derecha, haciendo una profunda incisión. A continuación, me ofreció aquel preciado líquido que había comenzado a gotear sobre la cama.

No pude negarme, no quise negarme. Apreté los labios contra su muñeca y succioné. Por fin, por fin mi boca disfrutaba de aquel sabor, de aquella vida que emanaba de la herida. Porque a eso me sabía, a vida. Axel gemía mientras yo absorbía su esencia y la incorporaba a cada una de las células de mi ser.

Pero pronto, demasiado pronto, alejó la herida de mis labios. En ese momento, comprendí para lo que me había atado, para evitar que me abalanzara sobre él. Necesitaba más, aún no estaba saciada del todo. Entonces enloquecí, le grité, lo insulté, le lloré y, finalmente, le supliqué. Pero no me dio más. Se había alejado de mí lo suficiente para que dejase de sentir el olor

de su sangre. Envolvió su muñeca en una toalla del cuarto de baño, y cuando comprobó que había dejado de sangrarle comenzó a acercarse a mí, intentando tranquilizarme con el timbre de su voz.

—Tienes que controlarte, Valentina. Ya sé que aún no estás acostumbrada, pero intenta hacerlo. No puedo darte más, me debilitarías y no podría permanecer junto a ti.

Yo seguía llorando, echada de costado sobre la cama e intentando zafarme de aquel pañuelo que impedía mi libertad de movimientos.

—Y tú no quieres que me vaya, ¿verdad? Tú no quieres que vuelva a dejarte sola.

—No —musité, mientras las lágrimas resbalaban por mis mejillas—. No —dije con algo más de fuerza en la voz cuando comprendí que por nada del mundo quería que volviese a irse.

—Está bien, pues intenta controlarte. Busca la fuerza necesaria en tu interior, yo sé que eres capaz de hacerlo.

Mi respiración fue ralentizándose cada vez más. El miedo a sentirme sola, lejos de Axel, era mucho mayor que cualquier necesidad de sangre. Entonces me di cuenta de que ahora estaba mucho más cerca de mí, deshacía el nudo del pañuelo y dejaba mis manos libres. Poco a poco, me fui incorporando y lo miré a los ojos. Comenzó a lamerme la cara para limpiar los restos de sangre y, a continuación, me besó.

Puedo afirmar que aquel fue mi primer beso. En apariencia fue un simple beso, pero cuando posó sus labios sobre los míos, sentí algo muy distinto a lo que había sentido jamás. Una sensación de seguridad me inundó por dentro. Su ternura llenó todos y cada uno de los poros de mi piel. Mi corazón bombeaba lentamente, pero con fuerza. Entonces lo comprendí, entendí a qué se refería cuando afirmó en el pub que ya no necesitaría a nadie. Era cierto, ya no necesitaba a nadie más que a él. Dejó de besarme y me miró a los ojos, a continuación me abrazó y me susurró al oído:

—Por fin te encuentro.

Permanecimos toda la noche tumbados en la cama, mirándonos, como intentando grabar en nuestras mentes cada curva, cada relieve del rostro del otro. No nos dijimos nada, no lo necesitábamos. Hasta que amaneció. Entonces él se levantó de la cama y se puso la camiseta.

—Tengo que salir, Valentina —me dijo con el rostro apesadumbrado.

—Llámame Valen, me gusta más. ¿Volverás? —Sabía que volvería, pero no cuándo—. No quiero que estés lejos de mí.

Regresó a la cama y me besó, mi segundo beso. Acarició mi rostro y volvió a besarme, mi tercer beso.

—Valen, antes de que te des cuenta habré vuelto, necesito hacer algunas cosas para que podamos hablar.

Y se fue.

## 6

*8 de marzo de 2009. Por la tarde*

Aún no ha regresado. Dijo que no iba a notar su ausencia y, sin embargo, aún no está aquí. El espacio vacío que ha dejado a mi alrededor es demasiado vasto para ignorarlo. Ayer no estaba, ayer no lo necesitaba, me sentía entera. No obstante, ahora, no consigo más que tratar de averiguar cómo sería mi vida sin él: vacía, sin sentido. Necesito que vuelva a mi lado.



Esta mañana, para que la espera se me hiciese lo más corta posible, decidí ir al gimnasio. Cuando llegué ni siquiera habían abierto aún; Axel se había ido muy temprano. Lo cierto es que me he encontrado más ágil que nunca, me daba la sensación de que nada de lo que hacía me cansaba, pero al menos conseguí olvidar por un rato su ausencia.

Cuando bajé a los vestuarios, para entrar en la sauna y cambiarme, fue cuando realmente me di cuenta del cambio que había experimentado. Me quedé plantada frente a un espejo observando mi desnudez. Mi piel parecía suave y tersa como la porcelana. Me daba la sensación de que tenía el cuerpo más fibroso que nunca, e incluso mis pechos parecían algo más voluminosos. Estaba casi convencida de que esto no era obra de las carísimas cremas ni de las horas de ejercicio; esta perfección que veía claramente en el espejo era obra de la sangre, de mi adorada sangre. ¿Cómo iba a poder sentir culpa por

ese nuevo alimento que tanto necesitaba y que, en apariencia, era el que hacía a mis células rejuvenecer? No, no me sentía culpable; me sentía bien, sana, ágil, hermosa. Aunque, pese a estar viéndolo con mis propios ojos, seguía pareciéndome demasiado irreal.

Cuando regresé a casa me inquietó no verlo allí. Incluso, esperaba encontrarlo dentro como si se tratara de un ser sobrenatural que atraviesa puertas y ventanas. Aún era temprano, así que decidí ponerme a hacer cosas para que el tiempo pasara con más rapidez. Cambié las sábanas, que tenían algunas gotas de sangre de la noche anterior, no sin antes tumbarme en el mismo sitio en que había estado recostado él para captar su olor; limpié el cuarto de baño y organicé el salón.

Me pareció que Vlad se daba cuenta de mi impaciencia porque no hacía más que ir de un lado a otro jugueteando e intentando captar mi atención. Lo cierto es que se lo agradecí porque, entre juegos y risas, pronto dieron las dos de la tarde.

No tenía nada de hambre, pero como no había desayunado decidí hacerme una ensalada y comerme un par de piezas de fruta. Resultó ser una ardua tarea, pero finalmente conseguí acabar con todo.

Llegó un momento en que estaba tan desesperada por ver a Axel y abrazarlo que creí que no aguantaba más. Ya no sabía qué hacer. La tele no me distraía y cuando intentaba leer, no lo conseguía. Creo que me invadió el miedo. Me asaltó el pensamiento recurrente de que iba a desaparecer para no volver más. ¿Por qué iba a quedarse? Hay muchas otras mujeres mejores que yo por el mundo, y esta mañana, seguramente, habría decidido repentinamente irse para no volver, antes de que nada más nos uniera. Pero él ya estaba dentro de mí; su sangre corría por mis venas y se apoderaba de mi ser. No me veía capaz de seguir sin él.

Fruto de la desesperación, decidí chutarme un Valium 10, que siempre guardo para situaciones de emergencia como lesiones musculares o insomnio. Normalmente, me deja frita y despierto como nueva. Pero esta vez no me hizo efecto alguno, ni me inmuté. Y aquellas ideas seguían taladrándome el cerebro. Hasta que no pude más; no tuve más remedio que autocontrolarme, que convencerme a mí misma de que volvería. Porque volverá. Seguro que volverá.

Así he soportado el resto del día hasta este momento, en que he pensado que escribir iba a alejar posibles recaídas de mi mente.

Llaman a la puerta. Mis mariposas.

*9 de marzo de 2009*

Creo que Peter ha dejado de sentir solo amistad hacia mí y me pregunto en qué momento de nuestra historia ocurrió. Mucho me temo que le he hecho daño, pero no puedo evitarlo. Yo no planeé que mi vida acabase siendo así. Yo no me inventé a Axel, él vino a mí. Y Peter no puede hacer nada, salvo dejarme.



Cuando sonó el timbre, a eso de las nueve, acudí a toda velocidad hacia la puerta, deseosa de ver al otro lado a mi hombre de negro. Casi atropello por el camino al pequeño Vlad, que andaba explorando por el pasillo. Pero no fue a Axel a quien encontré, sino a Peter con esa cara de deseo con la que suele visitarme de vez en cuando. No pude disimular mi descontento, aunque debí haberme esforzado por hacerlo, pero aun así Peter atacó del mismo modo en que siempre lo hacía. Solo que en esta ocasión la respuesta que encontró no fue la de siempre. Cuando me alzó en brazos y echó a andar conmigo hacia el dormitorio, yo me quedé lacia, no rodeé su torso con mis piernas, no lo abracé, no lo besé. Él se dio cuenta enseguida de que algo no iba bien, tampoco había que ser demasiado listo para notarlo. Me soltó y me miró fijamente a los ojos.

—¿Qué te pasa, Valen? —preguntó, muy preocupado.

—Nada, es solo que no me apetece.

Estaba anonadado. Jamás, en los cinco años que llevábamos siendo amigos le había dicho que no me apeteecía. Por supuesto, él sabía que no era un simple problema de apetencia.

—¿Es por él? ¿El de anoche?

Me ruboricé. Estaba muy segura de que por ahora no quería compartir mi vida sexual con nadie más salvo con Axel, e incluso me atrevería a decir que el resto de las facetas de mi vida. Pero no era capaz de decírselo directamente a la cara a Peter. Esto no era posible, se suponía que éramos solo eso, amigos; unos amigos que de vez en cuando lo pasan bien. Cada uno vivía su vida, cada uno la compartía con quien quería. Y, sin embargo, algo me decía en mi interior que la noticia no iba a agradar demasiado a Peter.

—Es que... —No sabía cómo continuar—. Él es como yo, Peter.

—¿Y cómo eres tú, Valen?

¿Qué podía responder? Ni siquiera yo lo sabía aún. Toda mi vida adorando a los vampiros, anhelando que existieran; pero... yo no soy un vampiro, yo no soy un ser extraordinario, no soy una no muerta, no tengo poder alguno. No sé lo que soy.

—Ya veo —dijo al darse cuenta de mis silenciosas dudas—. ¿Fue él quien envió la carta?

Asentí, porque, aunque no me lo hubiera dicho, estaba segura de que me había estado cuidando. Se preocupaba tanto por mí como para arriesgarse a eliminar un cadáver que no le pertenecía. En ese momento no me dio por pensar que Peter también estaba dispuesto a hacer lo mismo.

El timbre volvió a sonar, y entonces deseé que no fuese Axel quien esperaba tras la puerta. Pero ese deseo no se cumplió, y cuando abrí él estaba allí, acompañado de una mujer un tanto estafalaria que miraba en todas direcciones con sumo interés. No pude evitar ponerme nerviosa al volver a tenerlo frente a mí. Antes de que pudiera decir nada acerca de que Peter aguardaba dentro, se acercó, sujetó mi barbilla y me besó de nuevo; tengo que dejar de contar los besos. En ese momento, cuando me volví para ver si Peter había presenciado la escena, comprobé con horror que sí, y que se había dado cuenta de que había besado a aquel hombre como nunca lo había besado a él. No entiendo por qué, pero tuve la sensación de que le había partido el corazón.

Eché a andar hacia la puerta, y cuando estaba a la altura de Axel se detuvo, lo miró fijamente, y le dijo:

—Como le hagas daño, te mato.

Axel se limitó a asentir. No me pareció que aquella amenaza le hubiese



intimidado. Su gesto más bien manifestó que estaba dispuesto a asumir ese riesgo. Peter desapareció de mi vista en unos segundos.

Hubo un incómodo silencio, en el que yo palpaba con desesperación el vacío que, me daba la sensación, Peter había dejado dentro de mí al irse. No lo pude evitar, me sentí muy triste. Era extraño, porque, aunque ya no lo viera con los mismos ojos, su ausencia me dolía, me asustaba. Tenía la impresión de que aquella etapa de cinco años, en que habíamos dependido tanto el uno del otro, se acababa de romper sin remedio. Me eché a llorar, no lo pude evitar.

—Carmen, ¿puedes esperar aquí un momento? —preguntó Axel a aquella mujer con la que había aparecido.

Me rodeó con sus brazos y me hizo andar en dirección al salón. Se sentó a mi lado en el sofá y dejó que continuara llorando hasta desahogarme. Hasta tener la sensación de que mi necesidad por Peter se desvanecía casi por completo con la última lágrima que corrió por mi mejilla. Era fácil no necesitarlo cuando tenía frente a mí a Axel, ese hombre que representaba todo cuanto yo podía haber imaginado, ese ser que jamás creí que acabaría encontrando. Me había acostumbrado a la vida con Peter. No soy persona de requerir demasiados afectos, y eso era justo lo que conseguía con él, me daba esa pequeña cantidad que necesitaba y que nunca le pedía. Ahora, con Axel era distinto, solo con mirarlo a los ojos me sentía llena por dentro, era como si... como si fuésemos de la misma especie. Y empezaba a creer que así era.

—¿Quieres que regrese, Valen? ¿Quieres que corra tras él? ¿Necesitas que te lo traiga? —Noté su voz temblorosa, como si temiera que respondiera que sí—. Solo tienes que pedírmelo y lo haré.

—No quiero que lo hagas. —Me miraba con tanta ternura que no dudé ni un momento de mi respuesta—. Solo necesito a una persona a mi lado, y parece que hasta ahora no se ha dado cuenta —concluí, intentando emular el modo en que él me había confesado su interés en el pub.

Su rostro, su precioso rostro, se relajó, se desprendió de la tensión y me dedicó una sonrisa. Me cogió por los hombros y me besó la frente, las mejillas y la nariz. Entonces, pareció que había recordado algo importante.

—¡Vaya! Un poco más y me olvido de Carmen.

—¿Y quién es Carmen? —No pude evitar que mi voz sonara con un

matiz de recelo.

—Es tu comida.

Me quedé pasmada; al principio pensé que estaba bromeando, pero pronto me di cuenta de que no.

—He conseguido que algunas prostitutas nos sirvan de comida de vez en cuando. Así podremos permanecer aquí por algún tiempo sin que haya sospechas.

No podía creer que alguien hubiese prestado ese tipo de servicio sin más. Aunque sus honorarios serán mucho más elevados que en cualquier otro tipo de servicio.

—¿Contratas prostitutas para comer o también para otras cosas? —Estaba empezando a sentir unos celos que no podía controlar.

—Son solo para comer. Cuando me ha apetecido sexo no he tenido problemas para encontrarlo. —Vale, lo acababa de arreglar.

—Espero que no vuelvas a tener ese tipo de apetencias. Al igual que espero que no vuelvas a pensar en Paula, cuando te apetezca. —No lo podía evitar; si él había asegurado que yo no necesitaría a nadie más, esperaba que él tampoco.

—No te preocupes por eso, solo iré en busca de Paula o de cualquier otra u otro cuando tú me lo pidas y a ti te apetezca —me respondió, sonriendo al comprobar que me moría de celos—. Además, lo de la camarera del Dhampir no debe inquietarte, solo me sirvió de alimento, necesitaba estar listo para verte y no encontré a ninguna de las chicas.

Vaya, acababa de recordar lo que Paula me había contado aquella noche, que no había disfrutado como le habría gustado, que le había sentado mal la bebida y se había quedado dormida.

—Recuerdo que dijo que tenía el cuerpo lleno de chupetones y que creía que la habías mordido.

—Los chupetones son necesarios cuando quieres alimentarte de alguien y que no lo sepa. Así es más fácil que no se note un simple pinchazo en algún lugar discreto.

—Entonces ¿no la mordiste? —pregunté con interés; no me parecía que tuviese colmillos de vampiro.

—Nosotros no mordemos para alimentarnos —dijo «nosotros»

incluyéndome a mí—, necesitamos la ayuda de alguna herramienta para hacer heridas pequeñas pero profundas. Lo del mordisco considéralo un extra, estaba tremenda la chica. Sobre todo por...

—Sí, sí, ya, por la viuda negra. —Me dieron ganas de pegarle un puñetazo, pero me contuve; eso fue antes de que decidiera firmemente quedarse en mi vida.

Se levantó del sofá con cara de bobo, creo que no esperaba que yo conociese ese rinconcito secreto de Paula, y se dirigió hacia la puerta. Al momento, él y Carmen se encontraban a mi lado.

—Carmen, esta es Valentina, hoy es ella quien quiere probar tu exquisita sangre.

Aquella mujer sonrió y me miró completamente convencida de que yo estaba tan loca como mi amigo, pero supongo que el beneficio que obtenía de aquello le compensaba el hecho de salir de mi casa con menos volumen sanguíneo y una herida que curar.

—¿Dónde prefieres, cariño? —preguntó aquella mujer con tranquilidad; yo pensé que se refería a qué localización en la casa, pero no—. ¿Cuello, tetas, culo...?

Miré a Axel sin saber qué responder.

—Prueba en la muñeca, el flujo de sangre es bastante aceptable en esa zona, tardarás poco en encontrarte saciada, sobre todo después de lo de anoche. —Lo de anoche, lo de anoche, no me recuerdes lo de anoche.

La mujer se quitó la chaqueta y se remangó la camisa. Supuse que no estaba «de servicio» en aquel momento, porque la verdad es que su ropa era un tanto recatada. Extrajo un spray anestésico del bolso y se roció la muñeca con él; se notaba que no era la primera vez. A continuación, extendió su brazo en dirección a Axel para que hiciera una hendidura en la piel con su punzón.

En cuanto comenzó a salir sangre de la herida no pude resistir la llamada de mi alimento. Agarré con ambas manos el brazo de aquella mujer y succioné. Al principio tuvo mal sabor, supuse que a causa del anestésico, pero luego... luego me sentí flotar. Bebí hasta que no tuve más ganas. Esta vez no me resultó difícil parar. Cuando dejé de sujetarla, me di cuenta de que Carmen había estado ordenando las cosas de su bolso con la mano que tenía

libre, como si le diera igual que yo estuviese enganchada a su muñeca.

—¿Ya no quieres más, cariño? —preguntó.

Negué con la cabeza. Entonces mi comida se levantó de su asiento, se abrigó de nuevo y fue hacia la calle acompañada de Axel. Enseguida, él estuvo de nuevo junto a mí.

Lo cierto es que no sabía muy bien cómo reaccionar a su lado, aún me intimidaba demasiado. Se sentó muy cerca de mí y volvió a lamirme la cara como la noche anterior, del mismo modo que un animal da lametazos a sus crías para asearlas y fortalecer el lazo que los une. Se centró en mis labios, los recorrió con la lengua una y otra vez hasta que, en esta ocasión, fui yo quien lo besó. Un beso largo, muy largo, que me supo a gloria.

Se detuvo un instante y me miró fijamente a los ojos. A continuación, liberó mi cintura de su abrazo y comenzó a deshacerme el moño del cabello. Me soltó el pelo y lo acarició con suavidad.

—Así estás más bonita —susurró.

Entonces, lentamente, nos desnudamos el uno al otro. Yo comencé a desabotonar su camisa mientras él, a la vez que me acariciaba el torso, alzaba mi camiseta y la dejaba caer al suelo. Me levantó y me puso frente a él, para bajar con cuidado mis pantalones y mis braguitas. Cuando estuve totalmente desnuda, se levantó y me volvió para observar mi cuerpo. No dijo nada, simplemente sonrió y se relamió como el que arde en deseos de probar algo prohibido. Desabroché los botones de su pantalón y ayudé con las manos a que las prendas de ropa que le quedaban se deslizaran hasta el suelo.

Permanecimos un rato en pie, mirándonos fijamente. Él me cogió en brazos y me llevó al ático, donde me puso con sumo cuidado sobre el sofá. Comenzó a besarme de nuevo, besos cortos y profundos. Me recorrió el cuello, los pechos, la tripa, el monte de Venus y acarició mis piernas con delicadeza. Regresó a mi cara, me besó hasta los ojos. Yo respiraba pausadamente, intentando controlar la oleada de sensaciones que recorría todo mi cuerpo. Cuando lo sentí dentro de mí, gemí, lo abracé y me concentré en los dos, en nuestro contacto, en esa danza que interpretábamos a dúo y en la que sobraba el resto del universo. Me levantó un poco y me sentó encima de él. Me sujetó las caderas y comenzó a moverme lentamente sobre sus ingles, con una ternura que me deshacía por dentro. Pero yo necesitaba

sentirlo por completo. Extraje el diminuto punzón de su brazalete, me lo clavé en la zona en la que el cuello se funde con el hombro, sentí un leve pinchazo y lo animé a beberme. Antes de hacerlo, me indicó que hiciese lo mismo con él. Y bebimos, nos alimentamos el uno del otro. Pero aquello no fue simple alimento, compartimos nuestra esencia y juntos explotamos.

Caímos en la cama sin fuerzas, él me rodeó entre sus brazos y no me soltó en un buen rato, como si temiera que fuese a desvanecerme de repente. Después se dedicó a acariciar mi cuerpo, recorriendo mis tatuajes desde el tobillo izquierdo, donde nace la señorita cobra, hasta el hombro derecho, donde muere mamba negra. Me preguntó por los nombres de todas mis pequeñas y el motivo por el que las había elegido.

—No sé decirte por qué las elegí realmente. Sencillamente, siempre me han atraído las serpientes venenosas.

—A lo mejor es porque son tan bonitas como peligrosas. Igual que tú.

—Yo no soy peligrosa —objeté, no muy convencida de ello.

—Sí que lo eres, no tienes más que preguntarle a aquel tipo del bar.

—¿Fuiste tú quien me ayudó? —pregunté sin mirarlo a los ojos.

—Si tú no lo hubieras matado, lo habría hecho yo. Llegué justo cuando le diste el codazo y esperé a ver cómo reaccionabas. Era el mejor modo de comprobar que realmente eras tú a quien buscaba.

—Gracias —dije en un susurro—. ¿Me buscabas?

—Sí, llevo buscándote varios años. Cuando los nuestros se enteraron de que tu padre había muerto temieron que nadie te hubiera contado nuestro secreto y que al despertar te metieras en líos. Por eso el anciano me envió en tu busca. Lo que no esperaba... —Hizo una pausa, como intentando usar las palabras más adecuadas—. Lo que no esperaba era encontrarte a ti.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Cómo que no esperabas encontrarme a mí?

—Verás, nosotros somos seres independientes, siempre estamos solos, no necesitamos a nadie. Únicamente nos asentamos en algún lugar cuando queremos procrear. Siempre se ha dicho que no tenemos la capacidad de enamorarnos.

—¿Eso es lo que sientes? ¿Estás enamorado? —Yo también había pensado siempre que no tenía la capacidad de enamorarme, que jamás sabría lo que eso significaba.

—No sé si es amor lo que siento por ti, porque no sé lo que significa esa palabra. —Me acarició la cara—. Lo único que sé es que, desde que te vi la primera vez, te he necesitado a mi lado cada segundo. Siento que me falta el oxígeno cuando estás lejos.

—Pero, si es verdad lo que dices, ¿cómo es que no te has acercado antes a mí?

—Llevo a tu lado desde aquel día. Te seguí a casa para saber dónde vivías. Comprobé qué sitios frecuentabas y con quién te relacionabas. Supe desde el primer momento quién acudía a ti algunas noches, y a quién acudías tú —dijo con cierto resquemor—. Lo que no supe, hasta el día del incidente, es que estabais tan unidos. Pero no podía acercarme directamente a ti, no sin saber si eras o no la persona a quien buscaba, cosa de la que dudaba una y otra vez precisamente por esa atracción que me unía a ti. Nunca nos enamoramos y menos entre nosotros. Además, desconocía tu nombre, nunca coincidió, mientras yo te observaba, que alguien se dirigiera a ti como Valentina. Y no tienes buzón; las cartas las introduce el cartero directamente por la ranura de la puerta. Yo buscaba a Valentina Varga, tal y como Alexander me había indicado, pero una y otra vez se me escapaba el descubrir tu verdadero nombre.

—¿Y qué fue lo que te hizo sospechar que podría ser yo?

—Fue un comentario de tu amigo Peter en la tetería. Allí fue la primera vez que te vi. Estabas preciosa. Llevabas un vestido negro ceñido hasta las rodillas, con los hombros al aire; localicé fácilmente a tu serpiente; medias negras y botas estilo militar de charol. —Mis botas preferidas, son comodísimas—. El pelo recogido en un moño y una correa negra abrochada al cuello.

Se detuvo por un momento, como rememorando aquellas imágenes y sonrió.

—Yo estaba en un apartado muy cerca de vosotros. Al principio no te había visto, pero me llamó la atención vuestra conversación. —Me ruboricé un poco al pensar en que había habido alguien escuchando nuestras palabras—. Tu amigo hablaba sobre una chica con la que había pasado una noche y tú, para mi sorpresa, te ofreciste a hacer un trío con ellos. Hasta ese momento la charla resultaba divertida. Pero tu amigo comentó algo que me hizo darle

vueltas a si hablabais en serio o no.

—Cuando me dijo que podía proponérselo a su amiga siempre y cuando no sacara la cuchilla en la primera cita.

—Efectivamente. —Besó mi frente—. Entonces pedisteis la cuenta, y al salir pasaste a tan solo un metro de mí. No estaba seguro de si el comentario de tu amigo había ido en serio o no, lo único que sabía era que tenía que seguirte y estar cerca de ti.

»Y la verdad es que aquella noche pude haberlo comprobado si hubiera querido. Supe enseguida a qué ibas a casa de tu amigo, pero no fui capaz de espiarte, no quería verlo. —Hizo una pausa y continuó—. Luego observé cómo el día catorce de febrero acudía un equipo de TVE a tu casa. Oí a una mujer hablar en la puerta con alguien y así me enteré de lo de tu entrevista, de modo que corrí a mi hotel para verte. No te imaginas lo que me sorprendiste cuando respondiste eso de “el color negro, las calaveras y la sangre”, casi me muero de la risa, pero después me di cuenta de que era otro pequeño indicio de que quizá fueras tú. Además, estaba eso de que el nombre que utilizabas para firmar tus novelas era tan solo un seudónimo.

»Todos los encuentros que hemos tenido han sido premeditados, y empezaba a planear mi modo de presentarme ante ti y contártelo todo, hasta el día del incidente. Ya conocía tu verdadero nombre, me lo habías dado tú cuando me dedicaste la novela. Con ello supe que te había encontrado, pero aun así era reticente puesto que, te repito, me atraías como un imán, no podía alejarme de ti, cuando debería sentir cierta repulsión. Llegué a pensar que incluso podría tratarse de una coincidencia; aún no habías despertado por completo a la sed, y para mí era imposible detectarte como uno de los nuestros. Sin embargo, aquel día todas mis dudas se disiparon. Me moría por dentro viéndote tan herida y andando descalza por las calles, pero tenía que deshacerme del cadáver. No quería que te metieras en líos, no podía consentirlo.

—¿Qué hiciste con él?

—Lo escondí y la noche siguiente lo enterré en cal viva, en una fosa muy profunda en la sierra. No te preocupes, no lo encontrarán. Tras ocultarlo bien, regresé rápidamente a comprobar cómo estabas. Escalé por la fachada y os espíe mientras él te lavaba en el cuarto de baño. No podía soportar verle

haciendo eso, tenía la certeza de que debía ser yo el que lo hiciera. Cuando te quedaste dormida, estuve un rato observándote desde el balcón del dormitorio, y entonces sonó el teléfono de tu amigo. Como él salió al balcón a hablar tuve que agarrarme fuertemente a los barrotes y rogar que no se diera cuenta de que un loco estaba colgado debajo de él. Fue así como me enteré de que tenía un trabajo en el extranjero. Intentó rehusar, pero parece que no tenía alternativa. Lo vi tan preocupado que decidí dejar esa nota bajo la puerta. Intentaba que no lo pasaras mal por la sed, pero el muy imbécil no me hizo ni caso y te dejó salir sin alimentarte.

—Él sí te hizo caso, fui yo la que mintió. La última vez no fui capaz de controlarme y él tuvo que apartarme de un empujón. No quería volver a hacerle daño. No le echas la culpa a él. Se preocupa tanto por mí como para dejar que me apartes de su vida.

Permaneció callado un buen rato. No sé si con aquel comentario comenzaría a mirar a Peter con otros ojos, pero de lo que sí me doy cuenta es de lo mal que ha debido de pasarlo todo este tiempo. Me imagino en su piel y no sé lo que habría hecho.

—Me has dicho que intentabais encontrarme antes de que despertara, porque al no conocer «nuestro secreto» temíais que me metiera en algún lío. ¿Quiénes me buscabais y cuál es ese secreto?

—Ahora duerme, mañana hablaremos.

Casi agradecí su respuesta porque estaba agotada. Me acurruqué junto a él y me rendí al sueño. Pero antes de eso creo que sonreí al recordar el comentario de Axel en el pub acerca de la pluma; esa que él debía de haber recogido y eliminado, esa que él mismo sabía que era irrecuperable. Esa pluma que le sirvió de excusa para volver a acercarse a mí.



## 7

*10 de marzo de 2009*

—¿Qué somos, Axel? —le pregunté tras permanecer largo rato en la cama observándonos el uno al otro.

Me dedicó una leve sonrisa, como si hubiese estado esperando mucho tiempo a que formulara aquella pregunta.

—Pues, como habrás podido comprobar, no puede decirse que seamos esa clase de vampiros inmortales, seres extraordinarios que solo pueden deambular a partir del anochecer y con poderes suprahumanos. Desde luego, tampoco podemos ser encuadrados en eso que los psiquiatras han llamado síndrome de Rendfield, en honor al personaje de Bram Stoker, cuya obsesión por alcanzar la vida eterna lo llevó a alimentarse de moscas y arañas. Nosotros no somos muy distintos al resto de los humanos. Aunque no te puedo negar que algunas de las leyendas sobre vampiros surgieran por nuestra culpa. Antiguamente, muchos de los nuestros no tenían o no querían tener tanto control sobre sus actos y no era raro encontrar cadáveres desangrados por ahí. Incluso ahora, hay muchos que desprecian la vida humana, sin darse cuenta de que se desprecian a sí mismos, porque somos tan humanos como los propios humanos. Carecemos de cualquier tipo de poder sobrenatural, vivimos la noche y el día como cualquier otra persona, algunos creen en Dios y otros no y, al igual que los humanos, se nos puede matar como mortales que somos, salvo ligeras salvedades. La única diferencia entre nosotros y el resto de los de nuestra especie es algún tipo de alteración genética que provoca que, al alcanzar la madurez sexual y comenzar el

proceso de senescencia, necesitemos consumir sangre humana para mantenernos vivos, y ya de paso alargar nuestra juventud. Es ese efecto rejuvenecedor que tiene la sangre sobre nuestras células el que provoca, a la vez, que la regeneración celular sea mucho más rápida que la del resto de los humanos. Por ello, cuando aquel cabrón te hirió, en menos de una semana, y gracias a su propia sangre, estabas completamente recuperada.

»Nuestro consumo de sangre humana es una necesidad vital. Cuando despertamos a la sed no podemos vivir sin alimentarnos de ella.

»Podríamos decir que somos el resultado de algún tipo de aberración genética, fruto de múltiples generaciones de endogamia, cuyo origen no está demasiado claro, pero que especialistas en el tema datan alrededor del siglo XVI.

»Se ha consensuado que los orígenes de nuestro llamémoslo linaje toman forma en la persona de la condesa de Transilvania Erzsébet Báthory.

Conocía muy bien la leyenda de Elizabeth Báthory. Como ya he dicho, desde siempre me han fascinado las historias de vampiros, y sobre todo las de supuestos vampiros reales. La apodaron la Condesa Sangrienta, y no sin razón, porque fueron cientos los asesinatos que cometió de jóvenes y niñas, para vaciarlas y beber o bañarse en su sangre. Al parecer estaba convencida de que haciendo tal cosa se mantendría joven por más tiempo.

—He oído hablar algo de ella —dije, para escuchar la historia completa de su boca.

—La Condesa Sangrienta, como fue apodada... —Efectivamente, pensé—. Al parecer ella descubrió demasiado tarde esa necesidad por la sangre que tú y yo tenemos. No lo descubrió hasta cumplidos los cuarenta años, una edad avanzada para aquella época, en una ocasión en que al dar un bofetón a una de sus doncellas, por haberle dado un tirón al cepillar su cabello, una gota de sangre de la nariz de la pobre muchacha fue a parar al dorso de su mano. La condesa, que ya acumulaba una cantidad de arrugas muy superior a las de una mujer de su edad, pudo comprobar que esa diminuta gota de sangre hacía que la piel sobre la que había estado se volviese tersa y suave como en su juventud.

»Ella siempre había creído que su envejecimiento prematuro era una especie de castigo divino por haber deseado la juventud eterna, cuando, en

realidad, se trataba de un simple error en su alimentación. Pero lo descubrió demasiado tarde, y en su afán por recuperar la añorada belleza asesinó a más de seiscientas jovencitas, y usó su sangre como bálsamo para la piel y como elixir de vida. Ella supuso nuestro origen y nuestra mayor amenaza, ya que cuando descubrieron sus crímenes fue condenada a morir emparedada en sus aposentos, y sus hijos, tras fallecer ella, fueron acusados de traición, en un intento por mantenerlos atados en corto temiendo que sus vidas llegaran a ser tan sangrientas como la de la condesa. Desconocemos a día de hoy si los descendientes de esos hijos fueron como nosotros. Desde luego, en caso de ser así, se han mantenido bien ocultos.

»Sin embargo, Erzsébet Báthory tuvo una hija anterior al matrimonio, fruto de una relación con un sirviente. Esa niña, que hicieron desaparecer para no enturbiar el buen nombre de la joven Erzsébet, fue la que permitió que nuestro linaje se transmitiera y se consolidara a lo largo de más de cuatrocientos años.

»Fue ella, Anastasia Báthory, la primera de la que tenemos constancia que logró controlar su sed y respetó la vida humana, como nosotros, la mayoría de nosotros, hemos hecho hasta ahora. Es por ello por lo que, en su honor, todos los pertenecientes a nuestro linaje poseemos nombres que comienzan por A. Es para mí un gran misterio el motivo por el cual tu nombre comienza por V en lugar de por A. No entiendo qué llevó a tu padre a llamarte de ese modo, y ni siquiera el anciano fue capaz de responderme cuando le pregunté a este respecto.

»Bien, prosigamos con la historia. Anastasia Báthory tuvo cinco hijos, de los cuales sobrevivieron cuatro, todos ellos con la misma sed al concluir su proceso madurativo. De entre todos sus descendientes, aquellos que no respetaron la vida humana fueron perseguidos y dieron origen a las muchas leyendas de vampiros europeos que hoy nos acompañan, mientras que el resto de ellos pasaron desapercibidos y se extendieron por todo el mundo, mezclándose entre la población y engendrando sus propios hijos con humanos normales.

Axel se levantó de la cama y se dirigió al servicio. No se preocupó por cerrar la puerta, lo cual me resultó bastante natural. De modo que yo también me levanté y me dirigí al mismo lugar.

—¿Cómo iba alguien a considerarnos seres sobrenaturales cuando tenemos las mismas necesidades vitales que cualquier otra persona? —preguntó Axel sin requerir respuesta alguna; se limitó a sonreír cuando yo también me sentaba en el váter a orinar.

Abrió el grifo de la ducha y se metió. Fue en ese momento en el que me fijé en su hermosa y fibrosa espalda y en las dos dagas cruzadas que tenía tatuadas. Las empuñaduras eran sendos dragones con las alas extendidas. Me resultaron fascinantes, sobre todo por la calidad del dibujo. No puedo evitarlo, me encantan las pieles tatuadas, cargan al cuerpo de personalidad. Puedes saber qué tipo de mente tienes frente a ti observando los dibujos de su piel. Siempre he pensado que reflejan el alma. Se dio la vuelta y me miró invitándome a acompañarlo. No osé declinar su oferta, y enseguida estábamos bajo el chorro de agua caliente fundiéndonos en uno solo.

—Axel, ¿solo nos alimentamos de sangre? —pregunté cuando acabábamos de salir de la ducha y me afanaba por desenredarme el pelo.

—Algunos sí y otros no, eso depende del respeto que tengas hacia la vida humana. —Se dirigió hacia el dormitorio para ponerse la ropa que llevaba la noche anterior—. Lo que sí es cierto es que no toleramos ningún tipo de alimento de origen animal, salvo la sangre humana. Yo, por ejemplo, me alimento lo estrictamente necesario, intentando no acabar con la vida de nadie. Suelo ir en busca de sangre una vez por semana; el resto del tiempo baso mi dieta en productos vegetales que, por alguna razón, digerimos con gran facilidad.

—¿Y qué diferencia hay entre unos y otros?

—Supongo que no demasiada, quizá la longevidad. Nosotros envejecemos, no del mismo modo que el resto de los humanos, pero envejecemos. Mientras que la vida media de los que tienen una dieta mixta es de unos doscientos cincuenta años, la de aquellos que se alimentan exclusivamente de sangre humana puede suponer veinte o incluso treinta años más. Pero, en realidad, creo que para aquellos que siguen una dieta pura no es tan importante la longevidad como la sensación de control y superioridad sobre las vidas del resto de los humanos, o, al menos, eso he podido deducir de algunos casos que he conocido. Sí es cierto que muchos de los que siguen una alimentación pura no matan al alimentarse; simplemente

se niegan a complementar su dieta.

En ese momento, no me pareció demasiada la diferencia temporal, pero no fui capaz de asegurarme a mí misma el no plantearme una dieta estrictamente sanguínea cuando comenzase a notar los efectos de la vejez. Siempre me había preocupado en extremo ese tema y no sabía cómo podría llegar a reaccionar en un futuro. Podríamos decir que una parte de Erzsébet había llegado hasta mí a través de esos centenares de años.

—Venga, vístete que te invito a desayunar —me dijo, mientras observaba cómo entraba desnuda al dormitorio.

Rápidamente me dirigí al armario y busqué algo que ponerme. Como siempre la misma indecisión a la hora de elegir la ropa, cuando todo el armario es del mismo color. Finalmente, decidí enfundarme lo mismo que llevaba la noche en que Axel me vio por primera vez, solo que en esta ocasión dejé mi melena suelta. Por su cara, debió de agradarle bastante mi elección de vestuario. Él mismo me abrochó la correa negra al cuello y, para mi sorpresa, dejó caer sobre mi mano la pulsera de las calaveras. Tuve la impresión de que acababa de establecer una pequeña tregua con Peter, aunque aún no estaba segura del todo.

Serían alrededor de las once de la mañana cuando salimos a la calle, y me pareció que todo lo que me rodeaba era más hermoso que nunca. Creo que estoy descubriendo una vena a rebosar de cursilería en mi interior. Me dio un poco de pena haber dejado a Vlad con aquella carita de lástima mirando cómo nos íbamos.

Antes de ir a desayunar, acompañé a Axel para que se cambiara de ropa. Se hospeda en el hotel Nazaríes, justo al lado de donde se encuentra mi gimnasio. Me pregunté si sería simple casualidad. Me encanta el hotel, lo he visitado varias veces para acudir al spa y disfrutar de unos de esos masajes tan agradables con azúcar moreno y aceite de oliva; no hay nada mejor para exfoliar la piel.

Al llegar a la habitación disfruté viendo cómo se desvestía. Se apreciaba a la legua que es una persona muchísimo más ordenada que yo.

—Veo que tienes la misma tara que yo respecto a la ropa. —No pude evitar reír al ver que su armario era como el mío. A excepción de algún que otro pantalón vaquero, no había nada de otro color salvo el negro.

—Ya, es que no me siento cómodo vistiendo de otro color. —Esa era la misma respuesta que yo, en su día, le había dado a Pepa cuando hizo un comentario al respecto—. ¿Te parece que desayunemos aquí? Se nos está haciendo demasiado tarde para encontrar algún lugar en el que nos quieran servir.

Me pareció bien; de todas formas no tenía demasiada hambre. Pedimos lo mismo: zumo de naranja y tostadas con aceite de oliva. Me sorprendió ver las ganas con las que él comía, yo ni me atrevía a dar el primer bocado. Tan solo fui capaz de pegar un par de sorbos de zumo.

—¿Ayer no te alimentaste? —le pregunté con interés.

—Sí, antes de llevarte a Carmen utilicé a su compañera de piso, Marina.

—¿Entonces...? —No supe cómo preguntárselo.

—¿Te estás refiriendo a por qué como con tanto apetito? —Yo no lo habría expresado mejor.

—Sí, yo no soy capaz de comer. Siento náuseas al ver las tostadas en el plato.

—Es normal, todos pasamos por lo mismo. En este momento es mucho más fácil para ti elegir una dieta pura porque estás pasando por lo que llamamos el período de anorexia. Tu cuerpo no pide ningún tipo de alimento salvo sangre. Es por eso por lo que era tan importante encontrarte antes de que despertaras a la sed. Me sorprende que hayas sido capaz de resistir tanto tiempo sin beber sangre después de la primera vez. La mayoría enloquece y acaba asesinando sin control.

—Eso mismo hice yo, Axel, me cargué a un tío y no fui capaz de controlarme.

—Pero no me refiero a eso, Valen. Aquel tipo te atacó y tu instinto de supervivencia te ayudó a defenderte. La ira y el rencor te cegaron, y cuando se desatan instintos tan salvajemente humanos es muy difícil para nosotros controlar la sed. Yo me refiero a que, como tú misma me indicaste, tuviste un altercado con Peter por no haber sido capaz de dejar de beber. Y, sin embargo, tras haberte alimentado de esa forma, hallaste la fuerza de voluntad necesaria para no volver a repetirlo. En la mayoría de los casos, la sed provoca que uno termine alimentándose a cualquier precio.

En ese momento, recordé aquellas semanas insoportables que pasé

sintiéndome como una auténtica yonqui que no puede resistir la falta de su dosis habitual. Recuerdo que llegué a sentir hasta dolor físico. Perdí cerca de dos kilos, lo cual es demasiado para mí, ya he dicho que soy muy delgada. Además, estaba de mal humor y no me apetecía hablar con nadie. Ese recuerdo, a la vez, me hizo darme cuenta de que, pese a que muchas veces he sentido demasiada falta de interés por la gente que me rodea, pese a que sus vidas me importaban y me importan un pimiento, no quería ni quiero convertirme en el verdugo de nadie, yo no soy quién para decidir el que vive o muere. No creo en Dios, pero sí en la naturaleza y en que todo ocurre por algún motivo; de modo que de la muerte de las personas solo debería ocuparse el destino y sus caprichos.

—¿Y cuánto durará esto? Quiero decir, ¿cuándo podré comer con apetito sin sentir náuseas?

—Pasaré algún tiempo hasta que realmente disfrutes de esta otra parte de tu dieta. Pero, al menos, el asco que sientes ahora desaparecerá pronto. Llegará un momento en que te limites a comer sin apetito hasta que, al fin, un día, la comida vuelva a saberte bien. El tiempo que requieras dependerá del ímpetu que emplees para superarlo. Trata de pensar que eres una de esas enfermas anoréxicas o bulímicas que quieren ponerse bien.

Entonces, decidida a superar aquella fase, lo antes posible, agarré la tostada y le pegué un buen bocado. Jamás pensé que una apetitosa tostada de pan chapata iba a resultarme tan asquerosa al paladar. Pero, aun así, comí con ganas, con la misma fuerza de voluntad que empleé aquel día cuando Peter me ofreció su sangre para alimentarme.

Por fin terminó aquel suplicio y salimos a la calle a dar un paseo. Estuvimos todo el día caminando, lo llevé a todos aquellos rincones que para mí son tan mágicos: la catedral con sus gitanas ofreciendo romero a cambio de un donativo, por decirlo dulcemente; el Corral del Carbón; el hospital Real; la iglesia de Santo Domingo; el monasterio de la Cartuja; San Jerónimo... Y decidimos concluir el día de visitas subiendo a la Alhambra. Llegamos hasta allí disfrutando del bello recorrido de la cuesta de los Chinos, un camino que te hace retroceder siglos y siglos en el pasado; un ascenso de extensos escalones empedrados. A la izquierda, naturaleza pura, vegetación y hermosura. A la derecha, muros de piedra; los muros que encierran los

jardines de la Alhambra y de cuya prisión tratan de escapar multitud de árboles contorsionándose hacia el exterior, por encima de los paredones, como tratando de disfrutar de un sople de libertad natural.

Fue tras coronar la cuesta de los Chinos cuando tuve que pasar por mi segundo mal trago del día, y nunca mejor dicho. Un poco antes de las cuatro de la tarde, nos detuvimos a almorzar en uno de esos hermosos jardines restaurante de aquel mágico lugar. Por segunda vez en el día tuve que comer. Me enfrenté con valentía a mi oponente: una gran ensalada de lechuga, zanahoria, espárragos, aceitunas y alcaparras, y un enorme plato de macarrones con tomate. Pese a que hubo momentos en que sentí que no podría contener el vómito, acabé con toda mi comida sin chistar. Axel me miraba impresionado, como si hubiera pensado que tendría que regañarme más a menudo para obligarme a comer.

Cuando ya regresábamos a mi casa, caminando en silencio, simplemente saboreando el mero hecho de estar juntos, así su mano y me dirigí hasta el poyete de piedra que sirve de ventana al río en el paseo de los Tristes. La noche ya nos acunaba, y el ambiente pareció hechizarnos a los dos. Nos sentamos, con las piernas pendiendo hacia el río. Él me rodeó con su brazo y permanecemos en silencio, escuchando el canto de la corriente a varios metros bajo nuestros pies.

En ese momento, me sentí preparada para hacer la pregunta que llevaba todo el día yendo de acá para allá en mi cabeza:

—Axel, ¿qué sabes de mis padres?

Hubo un silencio que se me hizo interminable, pero que por fin acabó.

—La historia de tu padre es conocida por todos los nuestros. En su momento dio mucho en qué pensar. Dicen que él fue el primero que desarrolló la capacidad de amar, algo en lo que ahora creo fielmente. —Inclinó su cabeza y la apoyó sobre la mía.

—Cuéntamelo —le rogué.

—Tu apellido es muy antiguo, Valen —comenzó a decir Axel—. De hecho es bastante extraño que se haya conservado como tal hasta ti, porque, irremediablemente, el transcurso del tiempo altera todas las cosas originales. Tu apellido en la actualidad debería ser Vargas. El hecho de que lo mantengas como tal denota que tus ancestros fueron húngaros. Tu padre, Aba



Boldizar Varga, nació en Budapest.

—Sí, eso ya lo sabía. Pero ¿por qué temíais que mi padre no me hubiera informado acerca de «nuestro secreto»? —Conocía la historia de mis padres por mi abuela materna, con quien estuve un año tras quedar huérfana, hasta que ella también falleció. Lo que no me dijo jamás fue la causa de su muerte.

—La historia que ha llegado hasta mí es que tu padre huyó de Hungría porque no quería aceptar lo que era. Estaba obsesionado con encontrar qué es eso que nos hace diferentes al resto de los humanos. Por eso vino a España tratando de convertirse en un gran genético.

»Se estableció en Barcelona y estuvo permanentemente vigilado por parte de los nuestros para comprobar que realmente no cedía a sus instintos. Cuando cumplió los veinticinco años, edad a la que muchos sentimos la necesidad de alimentarnos de sangre humana, él parecía estar ganándole la batalla a su sed. Al ver lo tarde que has despertado tú, he llegado a la conclusión de que a tu padre pudo pasarle lo mismo.

»Rondaba los veintiséis cuando uno de los nuestros, que se encargaba por aquella época de su vigilancia, afirmó una y otra vez que Aba Boldizar se había enamorado. Realmente, en aquella época nadie lo creyó, porque no se había dado ningún caso de afecto más allá de lo fraternal con ningún humano normal, y mucho menos un caso como el nuestro. Al principio, pensaron que se trataba de una simple relación de alimento, como la que nosotros tenemos con Carmen, Marina y con algunas otras que irás conociendo. Pero no se encontró indicio alguno de que tu madre, Helena, estuviese dándole su sangre.

»La cosa empezó a desconcertar a los nuestros cuando naciste tú. Tu padre mantuvo la misma relación de afecto con tu madre y os convertisteis en una familia convencional. Lo normal es que el progenitor escape con el bebé y lo eduque acorde con nuestras costumbres.

»Al cumplir tú los cinco años, eras como una niña humana normal, con una familia unida y feliz. Esto provocó que entre los nuestros surgieran dudas acerca de si realmente era posible llevar una vida como la que tu padre había elegido. Pero pronto, por desgracia, pudieron comprobar que nunca habían estado equivocados; simplemente, el instinto había permanecido reprimido hasta que Aba Boldizar ya no pudo controlarlo más. En un ataque de sed

acabó desangrando a tu madre hasta la muerte mientras ella dormía. —Apretó mi mano para transmitirme fuerza, pero, en realidad, todo aquello era tan lejano para mí que únicamente encontraba sentimientos contradictorios.

»Cuando regresó a la realidad, y comprobó lo que había hecho, cogió todos los documentos que había recopilado en sus investigaciones sobre el origen de nuestra alteración, los esparció por la habitación, se tumbó al lado de tu madre en la cama y se prendió fuego. No sé si sumido en su sufrimiento se había olvidado de ti, o simplemente prefería tu muerte antes de que padecieras del mismo modo que él. El hecho es que, de no ser por Alexander, aquella noche tú también habrías sido pasto de las llamas.

»Te dejó en la acera, frente a tu casa para que, en cuanto descubrieran el incendio, alguien te encontrara y te pusiera a buen recaudo. Te tuvieron controlada durante el año que conviviste con tu abuela materna y los tres años siguientes de la casa de acogida. Pero, después de eso, un descuido del vigilante que en ese momento se ocupaba de ti hizo que te perdieran la pista.

»Alexander me encargó la misión de encontrarte en cuanto desperté a la sed y aprendí a controlarla. Tenía por entonces veintisiete años, y tú, si no recuerdo mal, rondarías los quince.

—Pero ¿cómo es posible? De eso hace quince años, y tú no aparentas tener ni siquiera treinta.

—Mírate a ti misma, Valen, ¿no notas el cambio que has experimentado? ¿No sientes que has retrocedido en el tiempo un par de años o incluso más? ¿Es que no te has dado cuenta del efecto que la sangre tiene sobre nosotros?

Entonces caí en la cuenta. No eran imaginaciones mías, sino que realmente estaba más joven, e incluso me sentía mejor de lo que había estado jamás. Ya había llegado yo misma a esa conclusión, pero no terminaba de creerlo del todo.

—¿Quién es Alexander? —Quería saber algo sobre el hombre que me salvó de la muerte.

—Es el miembro más viejo de nuestro linaje. Sobre sus espaldas reposan doscientos treinta y cinco años. Él, al igual que muchos de los nuestros, sintió curiosidad por el famoso caso de Aba Boldizar Varga y decidió encargarse de su vigilancia personalmente durante algún tiempo. Y pese a ser el mismo Alexander quien pudo ver con sus propios ojos que tu padre enloquecía,

siempre defendió que aquel pobre hombre estuvo realmente enamorado.

—¿Lo conoceré alguna vez?

—¡Quién sabe! Aunque lo veo algo difícil. Hace ya más de un año que ultima detalles para su muerte.

—¿Os preparáis para la muerte? ¿Sabéis cuándo va a llegar? Quiero decir, ¿sabemos cuándo va a llegar? —Seguía pareciéndome todo tan de ciencia ficción que me había olvidado de que no se trataba de «ellos», sino de «nosotros».

—No tenemos consciencia durante el transcurso de nuestra vida del día en que vamos a fallecer. Pero dicen los ancianos que, cuando ese día se acerca, de algún modo se sabe.

Regresábamos ya de camino a casa cuando, a lo lejos, pude ver a Peter. Se quedó mirándonos, sin preocuparse por disimular. Fui a levantar la mano para saludarlo, pero en ese momento se volvió y echó a andar.

## 8

*18 de marzo de 2009*

Esta semana pasada he estado un tanto ocupada aprendiendo todo lo que Axel tenía que enseñarme sobre lo que somos. Por alguna razón nos hemos vuelto literalmente inseparables, necesitamos estar cerca el uno del otro continuamente. Por eso me muero por dentro desde que se ha marchado. Acaba de irse.



Cada mañana, al despertar, él se encuentra a mi lado como una estatua, observándome mientras duermo. Nunca me despierta, espera a que yo abra los ojos por mí misma. Excepto hoy.

Yacía boca abajo sobre la cama cuando sentí su lengua recorriendo toda la longitud de mis serpientes. Al llegar a mamba negra hizo que me diera la vuelta para terminar el recorrido con un beso sobre su cabeza. Su rostro reflejaba inquietud.

—¿Qué pasa, Axel? —Algo no iba bien aquella mañana.

Posó su dedo índice sobre mis labios, instándome a callar. Más tarde tendríamos tiempo de hablar. Comenzó a acariciarme, recorrió todas y cada una de las curvas de mi cuerpo. Primero con dulzura, luego con violencia, apretando mis glúteos y mis muslos a la vez que se frotaba contra mí. Abrí las piernas y le rodeé el torso. Lo recibí impaciente. Siempre me siento

impaciente en la cama con él. Es tanto lo que me hace sentir, tanto lo que descubrimos el uno del otro en cada suspiro, en cada gemido... Se manejaba entre mis ingles con delicadeza, pero con aplomo, con esa soltura que solo alcanzan los amantes experimentados que se disfrutaban mutuamente a lo largo de toda una vida, y que nosotros hemos conseguido en tan solo ocho días. No podía dejar de mirar su frente, sus cejas, sus ojos, su nariz, su barbilla, sus labios; esos labios que me besaban de cuando en cuando, haciéndome estremecer. Nuestra danza era cada vez más acelerada, más rítmica, más... placentera. Alcanzamos juntos el orgasmo y reposamos abrazados un segundo.

—Tengo que marcharme —me susurró al oído, dejando salir cada palabra poco a poco, no tanto para informarme a mí, sino para asimilarlo él.

—¿No puedo acompañarte? —pregunté, mientras aspiraba el dulce olor de su piel.

—En esta ocasión, no. Tengo que acudir para informar sobre ti y sobre la razón por la cual pasamos las veinticuatro horas del día juntos.

—¿Y qué puede importarle a los abueletes que pasemos tanto tiempo juntos? —Axel siempre hablaba de forma ceremoniosa cuando se refería a sus superiores en edad, y como estaba un tanto harta decidí apodarles «los abueletes».

—No te imaginas cuánto llega a importarles. No es normal, Valen. Lo lógico es que solo te visitara de forma esporádica y únicamente para contarte nuestro secreto y enseñarte a alimentarte. Ya te he dicho que entre nosotros no hay afectos, salvo los que unen a padres e hijos, y que desaparecen con la sed. Tú tienes algo especial; a mí no me hizo falta demasiado tiempo para darme cuenta, como ya sabes. Y creo que Alexander, que es quien me ha llamado esta vez, está empezando a sospecharlo.

—¿Quiere decir eso que nos ha estado vigilando?

—Sí. Supongo que cuando comprobó que no acudía con normalidad al hotel y que no había informado de mi paradero, se preocupó. Quizá enviara a alguien para sustituirme pensando en lo peor, y al llegar aquí nos encontraron juntos.

No sé qué me molestaba más, si que nos hubieran estado vigilando, que alguien comenzara a pensar sobre mí que soy más rara de lo que yo ya me

considero, o que Axel tuviera que marcharse. Sí, evidentemente, lo que más me irritaba era que él me dejara sola, sin su necesitada compañía.

—¿Cuándo tienes que irte? —No podía ni imaginar qué hacer cuando él estuviese lejos.

—Mi avión sale para Madrid en tres horas. Allí haré transbordo, y supongo que llegaré a Budapest al anochecer. No te preocupes, te llamaré en cuanto me sea posible.

—¿Y cuándo vuelves?

—No lo sé. —Esa respuesta no me gustaba—. Supongo que en un par de días. —El «supongo» era demasiado impreciso.

Me levanté bruscamente de la cama para intentar controlar mi ansiedad. Necesitaba tanto a Axel que no me sentía capaz de permanecer lejos de él ni un segundo. Pero tenía que controlarme. Él me había explicado muchas veces, quizá a modo preparatorio para una de estas situaciones, que, pese a que entre todos nosotros no hay uniones como las que vinculan a los humanos, estamos obligados a respetar una jerarquía, porque esa es la única forma que encontraron para vivir en el anonimato durante tanto tiempo. Se requería información acerca de todo aquello que concerniese a cualquiera de nuestro linaje y que se saliera lo más mínimo de las costumbres o de las pautas de vida que se habían considerado correctas. Se perseguiría a aquellos que no respetasen la vida humana y además dejasen rastros bajo pena de muerte, del mismo modo que se requerirían explicaciones sobre situaciones anómalas, como, por ejemplo, que dos de los nuestros se enamoraran, algo que al parecer creían imposible.

Me rodeó en un abrazo desde la espalda. No solo lo intuía; sabía a ciencia cierta que le iba a resultar igual de difícil que a mí el hecho de separarnos, así que me tragué el nudo que aprisionaba mi garganta y me volví para mirarlo a los ojos, esos ojos negros que me absorben. Lo besé y me limité a sonreír para hacerle ver que lo entendía.

—Tengo que pasar antes por el hotel para hacer la maleta —dijo levantándose de la cama.

Una vez que se hubo vestido, cuando ya iba de camino hacia la calle, no pude aguantar la ansiedad.

—¿No desayunamos al menos juntos? —Yo aún estoy pasando por esa

fase de anorexia tan desagradable, pero nada me apetecía más que sentarme a la mesa delante de unas tostadas solo por verlo comer frente a mí.

—Está bien, pero rápido o no llegaré al avión.

Tras aquel desayuno exprés se tuvo que marchar. Yo me quedé hecha polvo. Es increíble, no sé cómo explicarlo. Se supone que cuando uno se enamora, sí, echa de menos a su pareja, pero nada más. El sentimiento que yo tengo es muy diferente al mero hecho de echar de menos. No sé si se deberá a que nos alimentamos el uno del otro. No sé si será porque en ese intercambio realmente la esencia del uno pasa a formar parte del cuerpo del otro. En realidad, muchas veces creo que percibo con claridad las sensaciones de Axel. Creo que debe de ser esa la explicación, porque no solo se acaba de marchar mi pareja, la única persona en el mundo con quien necesito estar; se acaba de ir una buena porción de mi propio ser, un pedazo de mí sin el cual siento que no podré vivir demasiado tiempo.

*19 de marzo de 2009*

Esta noche he tenido un extraño sueño que me ha dado mucho en qué pensar. Un sonido me despertó, abrí los ojos y me levanté de la cama desnuda y sudorosa. Una voz que me era familiar me llamaba a lo lejos. Me dirigí hacia la puerta y anduve descalza por las calles empedradas del Albaicín. Cuando se suponía que debía alcanzar el paseo de los Tristes, me topé con un oscuro bosque cuyos enormes árboles mostraban sus ramas desnudas amenazadoramente. Avancé con más facilidad al comprobar que las piedras del suelo se habían transformado en un lecho de hojarasca. El viento silbaba al adentrarse en las oquedades de los árboles. Una ráfaga trajo consigo una llamada:

—Valentina, Valentina... Acércate, Valentina.

Continué adelante y pronto advertí que la llamada provenía de un inmenso lago lleno de sangre. Sentí la necesidad de seguir avanzando, como si alguien aguardara al otro lado. Y, efectivamente, allí estaba él, también desnudo. Me miraba con impotencia al ver que no podía alcanzarme.

Como dos desesperados, nos acuclillamos en la orilla del lago y

comenzamos a beber en un agónico intento por eliminar aquella barrera que nos separaba, y que teníamos la sensación de que nos absorbería para siempre si osábamos adentrarnos en ella.

Aunque no conseguimos agotar aquellas gigantescas reservas de sangre, pudimos sentir la fuerza que nos inundaba. Un hormigueo comenzó a recorrerme el cuerpo desde el tobillo izquierdo, ascendiendo por la pierna, el muslo, enroscándose hacia mi espalda, para continuar desplazándose desde debajo de mi pecho y regresar a la espalda, terminando sobre mi hombro derecho. Mis pequeñas comenzaron a desprenderse de mi cuerpo como entes independientes, dejándome completamente desnuda, salvo por la pequeña calavera de mi peine. Me acariciaban y me empujaban en dirección al lago, pero al captar mi temor a ahogarme en aquel lugar desconocido me rodearon, y a la vez que reptaban sobre mi cuerpo, me elevaron y me trasladaron a través de aquel lago sangriento al único lugar en el que quería estar, junto a él. Axel me esperaba impaciente, con sus dagas en ambas manos y los brazos abiertos deseosos de protegerme.

Mis pequeñas me posaron frente a él con suavidad y enseguida nos habíamos fundido en un abrazo. Ahora las serpientes nos acariciaban a ambos, nos acercaban y apretaban cada vez más. Las dagas quedaron en libertad y comenzaron a revolotear a nuestro alrededor, y pronto encontraron un lugar donde arañar. Sus afiladas hojas hicieron sendas incisiones en nuestros cuellos y comenzamos a bebernos sin parar; intercambiábamos nuestras vidas, las compartíamos. Nos hicimos uno solo.

Desperté cuando el orgasmo me sacudió y, atónita, pude comprobar que mi almohada estaba ensangrentada. En mi mano, la navaja que Peter me dio.

Yo aún jadeaba cuando el móvil comenzó a sonar. Sentí un gran alivio al comprobar que se trataba de Axel; la noche anterior solo hablamos un par de minutos, no pudo dedicarme más tiempo.

—¿Te encuentras bien, Valen? —preguntó algo nervioso.

—Sí, estupendamente, aunque... —No me dejó concluir.

—Esta noche he soñado contigo.

Su relato fue el mismo que yo acabo de contar. Empiezo a pensar que realmente Axel y yo estamos unidos más allá de una simple relación amorosa.



## *Por la noche*

Salí a pasear a eso de las siete de la tarde, tratando de olvidar su ausencia. Me ha costado horrores comer hoy, hasta para eso echo en falta a Axel.

Lo cierto es que estoy algo cansada. Son cerca de las doce de la noche, pero no quiero acostarme sin plasmar mi experiencia de hoy.



Estaba anocheciendo, cuando caminando llegué a la fuente de las Batallas. No me había propuesto ir a ningún lugar en concreto, pero supongo que el recuerdo de nuestro paseo de hace cuatro días estaba grabado con tanta fuerza que me hizo caminar hasta allí como una autómata. Me senté en un banco a oír el agua caer cuando vi a una mujer que caminaba en mi dirección y que llamó mucho mi atención. Tenía el pelo rubio, larguísimo y recogido en una trenza. Sus ojos eran grandes y los llevaba muy maquillados de negro, lo que hacía que sus iris color verde resaltaran enormemente. Su nariz era respingona, y los labios, muy carnosos, estaban pintados de color rojo sangre. En conjunto, me pareció la mujer más guapa que jamás había visto. Pero lo que más llamó mi atención fue que iba vestida enteramente de color negro, con una camisa muy escotada, minifalda de cuero y botas negras por encima de la rodilla. Llevaba apoyado sobre los hombros un abrigo que casi rozaba el suelo. Conforme avanzaba, no apartaba su mirada de mí. Intenté hacer como que no la había visto, pero venía decidida hacia el mismo lugar en el que yo me encontraba. Se sentó a mi lado en el banco sin decir nada y siguió mirándome con interés.

—¿Te puedo ayudar en algo? —pregunté un tanto descolocada.

—¿Qué es lo que te hace ser tan... diferente? ¿Qué tienes para atraernos de ese modo? —Me miraba con auténtica fascinación; yo no comprendía lo que pasaba.

—No entiendo a qué te refieres.

—¿Cómo no me vas a entender? —Y de pronto su gesto cambió, había caído en algo importante—. ¡Ah! Es cierto, acabas de despertar a la sed, aún

no eres capaz de distinguir a los que somos como tú.

Ahora la que miraba con fascinación era yo. Tenía sentada justo a mi lado a una mujer que compartía nuestro mismo secreto.

—Mi nombre es Valentina. Bueno, mejor llámame Valen.

—Ya sé cómo te llamas, llevo vigilándote unos días —respondió con aire de suficiencia—. Mi nombre es Angélica. El anciano Alexander me envió, previo pago, para sustituir a Axel cuando creyó que le había ocurrido algo, pero veo que no necesita que nadie lo sustituya.

—Creo que eso no es de tu incumbencia. —No me gustaba el modo en que hablaba, era algo prepotente.

—Puede que sí, porque sea lo que sea lo que le hayas hecho a él, también me lo has hecho a mí.

—Mira, yo no te he hecho nada, no sabía ni que me seguías, así que deja de decir tonterías.

Estaba empezando a sentirme muy incómoda. No sabía nada de aquella mujer, y sin embargo ella me estaba acusando de algo que ni siquiera estaba entendiendo.

—No me comprendes, no intento intimidarte ni asustarte. Tan solo trato de saber qué es eso que hace que necesitemos estar a tu lado. Eres como un imán.

—¿No me vendrás ahora con eso de que te has enamorado de mí? Porque lo siento, pero ya no estoy disponible para nadie —dije con cierta mofa, se estaba mereciendo una respuesta así.

—Venga ya, tía, soy hetero. Lo que no significa que me haya limitado a catar hombres únicamente. A lo que me refiero es a que desde que te vi tengo la necesidad de estar cerca de ti. De... ¿protegerte?

—Espera, espera, espera. En primer lugar, no necesito que nadie me proteja de nada, y, en segundo lugar, si lo necesitara tengo a Axel, en caso de no ser capaz de defenderme por mí misma.

—Joder, no sé, a lo mejor no me he expresado bien. Ten en cuenta que en mis sesenta años nunca he tenido una necesidad afectiva de este tipo, jamás, y eso que ya he tenido un hijo y lo he ayudado en su despertar a la sed. Quizá podríamos dejarlo simplemente en que me gustaría ser ¿tu amiga?

Bueno, eso quizá no estuviera mal del todo. Nunca he tenido ninguna

amiga, lo cierto es que nunca la necesité, sobre todo desde que tengo... tuve a Peter. No iba a pasar nada malo por conocernos; no creo que esto también suponga un problema para los abueletes.

—¿Te apetece que tomemos algo? —le pregunté cuando vi que su rostro empezaba a reflejar inseguridad. Entonces su cara se iluminó.

—¡Genial! Podemos hablar de algunas cosas, si te parece.

Nos levantamos del banco y nos dirigimos hacia una de las terrazas del paseo del Salón. Hacía tiempo que no bebía, así que decidí pedir un Jack Daniels con hielo, y sin pretenderlo el recuerdo de Peter volvió a taladrarme el cerebro, a la vez que una sensación de celos me inundó, sensación que sabía que no me pertenecía. Angélica se limitó a pedir una bebida isotónica.

—¿De dónde eres, Angélica? —Decidí romper el hielo.

—Nací en Madrid, pero mi padre pronto me llevó a Roma, allí me educó y me preparó para lo que somos. ¿Y tú? ¿De dónde has salido tú? —Parecía que más que preguntarme por mi lugar de nacimiento intentaba averiguar si realmente había nacido en este planeta.

—Yo nací en Barcelona. Viví allí hasta que mis padres fallecieron en un incendio, y después de pasar un año con mi abuela en Salou estuve dando tumbos de una casa de acogida a otra. Cuando fui lo suficientemente mayor para emanciparme me largué, y tras algunas aventuras y bastantes desventuras he acabado aquí.

—Así que es cierto que eres tú la hija de Aba Boldizsar Varga. Puede que su propia historia sirva para explicar por qué eres así.

—Vaya, veo que todos conocéis la historia de mi padre.

—No me jodas... La vida de tu padre es algo que, aún hoy, nuestros ancianos no son capaces de explicar. Y no te quiero ni contar lo que tu relación con Axel va a dar que hablar.

—Ya, por eso mismo los abueletes le han hecho ir a Budapest.

—¿Los abueletes? —Soltó una sonora risita y continuó—. Así que por eso se ha ido. Ya me extrañaba a mí que hubieseis discutido; os vigilaba día y noche, y jamás os escuché contradeciros en algo.

—¿Nos espiabas de día y de noche? ¡Hay que joderse! ¿Es que ya no voy a volver a tener intimidad?

—Tranquila, cariño, he sido muy discreta. Incluso, a veces, os he

respetado. —Rio a carcajadas.

—¿A veces? ¿Eso quiere decir que otras veces no lo has hecho?

—¿Y yo qué culpa tengo de que dejarais las persianas levantadas? —  
Continuó con las risas.

—Pues escúchame muy bien, Angélica, si quieres que realmente seamos amigas, te vas a mantener bien lejos de las ventanas de mi casa. Solo observarás lo que ocurre en el interior cuando yo te invite a entrar. Y, por supuesto, solo observarás lo que Axel y yo hacemos en la intimidad cuando ambos te invitamos a observar. ¿Me has comprendido?

—Sí. —Ahora estaba tan seria que no lo podía creer. Había reaccionado a mis palabras como una orden que no era capaz de dejar de cumplir—. No te preocupes, no va a volver a pasar.

—Y ahora, dime, ¿qué es eso que me has dicho antes de que como acababa de despertar a la sed no era capaz de distinguirme como uno de los nuestros?

—Pues muy sencillo, quiere decir que cuando controles totalmente tu sed, y seas capaz de superar el período de anorexia, tus ojos desarrollarán la capacidad de discriminar entre humanos normales y humanos, llamémoslos, especiales. Eso sí, solo distinguirás a los especiales cuando ellos ya se hayan alimentado de sangre humana de forma continuada. —Acababa de comprender por qué a Axel le costó tanto trabajo reconocermelo como uno de los suyos.

—¿Y qué se ve?

—Pues eso depende de cada uno. Hay gente que dice que detecta un brillo característico en la piel, otros hablan de un matiz especial en los ojos... Yo veo auras cuando analizo a las personas. Las de los nuestros suelen ser negras.

—¿De verdad tienes sesenta años? —Acababa de recordar que me había dicho que ya había procreado y que su hijo ya había despertado a la sed. Sin embargo, ella tenía el mismo aspecto que una mujer que no ha alcanzado la treintena.

—Pues claro, nos mantenemos por mucho tiempo con el mismo aspecto. Eso hace que tengamos que mudarnos con frecuencia y falsificar nuestros documentos oficiales.

—Pero algo así debe de ser bastante difícil.

—No te creas, estamos por todas partes. Siempre hay alguno de los nuestros que se encarga de los papeleos.

Aquellas palabras me dieron qué pensar. Voy a sentir mucho tener que marcharme de Granada. Adoro esta ciudad y la multiculturalidad que encierran sus calles. Encuentras a gente de todas partes cuyo único punto en común, en la mayoría de las ocasiones, es el afecto que sienten hacia esta bella ciudad. En fin, supongo que, si realmente vivo tanto como Axel me ha dicho, tendré la oportunidad de volver algún día. ¡Quién sabe! Incluso podré vivir aquí varias veces antes de morir.

—Axel dice que somos seres independientes, que no soportamos la compañía y mucho menos estar junto a nuestros semejantes. ¿No te has sentido sola alguna vez, Angélica?

—Lo cierto es que sí —dijo muy pensativa y con la mirada sumida en el recuerdo—. Pude descubrir lo que es la soledad por primera vez el día en que te vi y regresé por la noche al hotel. Necesitaba estar junto a ti. No sé por qué, pero tienes la capacidad de despertar sentimientos puramente humanos, al menos en mí.

Creo que eso que Angélica repetía una y otra vez estaba comenzando a agobiarme. Empezaba a pensar en hordas de estos extraños vampiros persiguiéndome por ser incapaces de vivir sin mí. Me dieron escalofríos y deseé que solo fuesen imaginaciones tuyas.

—Una última pregunta —dije.

—A cambio de que tú respondas a otra que yo te formule.

—De acuerdo. Yo simplemente siento interés por el tipo de dieta que llevas y por cómo te alimentas.

—Eso son dos preguntas. —Rio—. Mixta, por supuesto. Odio a esos que creen que pueden hacer lo que les plazca con la vida de las personas. Y respecto al segundo interrogante, ya he podido ver lo bien que se lo ha montado Axel para conseguir que te alimentes, pero no es tan divertido como lo que hago yo.

—¿Cómo lo haces? —Sentía mucho interés.

—Si Axel aún no ha llegado mañana te paso a recoger y te lo enseño.

—Trato hecho. —Aunque deseaba que Axel regresara pronto, me

acababa de surgir un plan alternativo y no tendría que quedarme en casa tirándome de los pelos—. Y ahora, ¿cuál es tu pregunta?

—Tengo mucha curiosidad por saber qué sientes cuando estás con él, y no me refiero al sexo, me refiero a...

—¿A mis sentimientos?

—Sí, a tus sentimientos.

—Pues es un poco difícil de explicar. Me siento plenamente feliz, siento que cuando estamos juntos soy una persona completa. Lo necesito, creo que lo necesito demasiado.

—¿Y él a ti?

—Pues supongo que sí. No sé explicarte cuál es la razón, pero percibo que Axel siente exactamente lo mismo que yo. Hasta el punto de que no creo que ninguno lograra vivir sin el otro.

El rostro de Angélica reflejaba anhelo, deseos de saber a qué me refería realmente. Supongo que cuando comparó su existencia con la de nosotros debió de sentir algún tipo de vacío, un hueco que había dejado en su interior la incapacidad de sentir afecto hacia otra persona. Yo no es que hubiese llevado antes ninguna relación como la que tengo con Axel, pero incluso Peter, que tan solo era mi amigo, gozaba de mi pleno afecto; goza de mi afecto. Otra vez esos celos que no me pertenecen.

Después de la copa intercambiamos el número de móvil y nos separamos. Angélica regresó a su hotel con cara de satisfacción. ¡Quién sabe! Puede que el sentir que tenía una amiga consolara el resto de sus carencias.

## 9

*20 de marzo de 2009*

Esta mañana me he levantado bastante reconfortada. He soñado que Axel y yo dormíamos juntos en Budapest, en una habitación grande y antigua, sobre una cama con sábanas de seda roja. Hemos pasado toda la noche abrazados, y de vez en cuando abríamos los ojos para contemplarnos en la oscuridad.

De nuevo, a escasos minutos tras despertar, sonó el móvil.

—Buenos días, Valen, ¿has descansado?

—Sí, estupendamente. Oye, Axel, ¿cómo son las sábanas de tu cama?

—Pues rojas, creo que están hechas de seda. ¿Has soñado con ellas?

—Bueno, he soñado contigo. Estábamos en una habitación antigua sobre una cama con unas sábanas como esas.

—Vaya, parece como si estuviéramos conectados.

—Sí, eso parece. —Me sentía feliz esta mañana.

—Y hablando de conexiones, ¿no estarías ayer por casualidad con tu amigo Peter?

—No, Axel, tan solo pensé en él cuando hablaba con Angélica, mi nueva amiga. Aunque, ahora que lo dices, deberías controlar un poco mejor tus celos, los sentía como si fueran míos.

Se quedó en silencio. Supongo que estaría aún más impresionado que yo por eso de ser capaces de sentirnos a tanta distancia.

—¿Quién es Angélica? Sabía que estabas con alguien, pero supuse que era con Peter.

—Es la chica que nos ha estado vigilando estos días pasados. Al parecer

fueron sus informes los que provocaron que tuvieras que marcharte. Pero parece buena chica, aunque...

—¿Aunque qué, Valen? —Noté un hilo de preocupación en su voz.

—Es solo que cuando se acercó a mí para presentarse me dijo unas cosas un tanto extrañas.

—¿Qué fue lo que te dijo?

—Me preguntó qué era lo que me hacía tan diferente y por qué la atraía de ese modo. Creo que está algo colgada, pero me cae bien.

—No, no creo que esté loca. Mira lo que hiciste conmigo, lo que haces conmigo. Eres como una droga para mí.

—Pero tú también lo eres para mí. Sin embargo, a Angélica la veo solo como una simple mujer. No creo que sea lo mismo.

—¿Crees que está enamorada de ti? —Vaya, otra vez unos celos en mi cabeza que no generaba mi propio cerebro.

—No, Axel, no está enamorada de mí. Solo dice que cree que necesita ser mi amiga. Yo nunca he tenido una amiga.

—Pues puede que sea hora de que la tengas, así no me echarás tanto de menos si tengo que volver a irme.

—Por cierto, ¿crees que podrás regresar hoy? —Mierda, esa pregunta había provocado que el nudo de mi garganta regresara.

—Valen, no creo que llegue antes de mañana por la noche. Alexander no deja de hacerme preguntas sobre ti. Te ha convertido, bueno, nos ha convertido en su nuevo rompecabezas. Trata de conocer el origen de nuestros sentimientos, y yo no soy capaz de explicárselo. Lo más seguro es que en un tiempo vuelva a llamarme, y esta vez querrá conocerte a ti. Tiene muchas ganas de verte antes de fallecer.

Lo cierto es que yo también tenía interés por conocer a ese tal Alexander, y al resto de los abueletes. Sentía gran curiosidad por saber qué aspecto tiene una persona con más de doscientos años y, por encima de todas las cosas, quería saber cómo era el hombre que me arrancó de la inminencia de las llamas en mi niñez.

—Por cierto, Valen, que no se te olvide llamar a Carmen para que envíe a una de las chicas. Debes alimentarte ya. Como mucho mañana.

—De eso quería hablar contigo. —Hice una pausa para ver cómo se lo



explicaba, no estaba muy segura de que le hiciera gracia—. Me ha dicho Angélica que, si no regresabas hoy, quería que la acompañara para aprender su modo de alimentarse.

—Valen, no creo que eso sea muy buena idea. No sé si estás preparada aún. —Notaba su nerviosismo en todos los poros de mi piel.

—No va a pasar nada. Ella ya tiene sesenta años, supongo que sabrá cuidar de mí si me meto en líos.

La conversación no quedó ahí, tuve que insistirle muy mucho para conseguir que al fin me dejara salir con Angélica. Tuve que asegurarle que en ningún momento me iba a separar de ella, y que si dudaba lo más mínimo volvería a casa y llamaría a Carmen.

—Ten mucho cuidado, por favor. —Fue el final de nuestra conversación.

*21 de marzo de 2009.  
Por la mañana*

Anoche tiré el vestido a la basura nada más llegar, no quería volver a verlo. Creo que será mejor esperar a que regrese Axel para aprender a cazar. Eso si es capaz de perdonarme, porque pude sentir su rabia de un modo tan intenso que casi creí que se apoderaría de mí. Además no ha querido dormir junto a mí esta noche. En mi sueño volvíamos a estar en la misma cama de la noche anterior, pero él me daba la espalda.



Angélica pasó a recogerme a eso de las ocho de la tarde. En realidad no pretendía que saliéramos tan temprano, traía consigo un paquete con comida vegetariana.

—Aunque esta noche vayas a alimentarte de sangre, no debes saltarte ninguna comida, así superarás antes la primera fase. —Ese fue su saludo, acompañado de una magnífica sonrisa.

Me quedé sin aliento al verla. Parecía un personaje extraído de un cómic

americano. Era perfecta, igual que una superheroína, enfundada en un ajustado vestido de cuero rojo. Llevaba su abundante pelo recogido en un moño muy alto y el maquillaje de su cara era aún más oscuro que el del día anterior, lo que hacía que el color verde de sus ojos resaltara con más intensidad. Una correa de pinchos protegía su cuello, otra adornaba su muñeca. Y aquel diminuto vestido daba paso a unas larguísimas y estilizadísimas piernas que reposaban sobre unas botas Martens negras.

—¡Vaya! Tengo que reconocer que estás muy guapa. ¿Esperas que yo también me ponga tan elegante?

—Puedes ponerte lo que quieras, pero para lo que pretendemos hacer esta noche deberías llamar un poco la atención.

Acababa de entender parte de su plan: el erotismo era bastante necesario para conseguir sangre sin problemas.

Entró en casa y cenamos juntas. Parecía que aquella noche no me daba tanto asco la comida. Pero tampoco es que tuviera buen sabor; tuve que obligarme a terminar.

Tras la cena me dirigí al baño y me di una ducha. Desde que Axel se había ido me costaba hacerlo sola. Hasta aquel acto tan cotidiano se había convertido en algo mutuo.

Y fue después cuando llegó el mayor de mis problemas: elegir qué ponerme para no desentonar con Angélica. Me alegré de localizar con rapidez mi vestido con el gran escote en la espalda. Estuve a punto de tirarlo, porque, aunque no se dañó, me recordaba demasiado a aquel cabrón que intentó violarme. Sin embargo, cuando me encontraba frente al cubo de la basura para deshacerme de él, pensé que se trataba de una simple prenda de vestir y que no debía significar para mí nada más que eso. Entonces lo metí en la lavadora para eliminar los restos de sangre seca. Lo lavé varias veces, por si acaso; aunque desconozco si las manchas han desaparecido por completo, porque al ser negro lo cierto es que no logro apreciar nada. Elegí ponerme el mismo vestido; se ajusta como un guante a mis curvas, y el escote de la espalda es tan grande que permite a mis pequeñas respirar. Eso sí, esta vez me aseguré de ponerme unos pantis bien ceñidos, aunque tuve que enrollarlos un poco para que quedarán por debajo de la línea del escote trasero. Me calcé mis botas negras de charol y me maquillé un poco; por supuesto, no tanto

como Angélica.

—Aún es temprano, pero podemos salir a pasear mientras tanto —me dijo.

Hacía frío en la calle. Pese a que la llegada de la primavera era inminente, las temperaturas nocturnas seguían haciéndome estremecer. Pero caminábamos animadamente, así que pronto la sensación térmica se hizo más moderada. Serían alrededor de las once de la noche y supuse que hasta al menos las doce no habría ningún local lleno. Pero aun así no pregunté adónde nos dirigíamos. Cuando llegamos a la altura del puente que atraviesa el río en dirección al Dhampir, y Angélica se desvió hacia allí, me quedé clavada como una estaca.

—Eh, Angélica, ¿por qué no vamos a otro sitio? —No sabía si Axel percibiría el hecho de haber entrado en el Dhampir. Desde luego no creo que le sentara nada bien.

—Venga, Valen, el sitio está genial, hay buena música y casi nunca está lleno. —A mí me lo iba a contar.

Permanecí un momento sin saber qué hacer, pero me apetecía entrar. Aunque para Axel el Dhampir represente únicamente a Peter, para mí, aquel lugar, más allá de ser también de mi propiedad, mucho más allá de acunar mi gran amistad con Peter, representa el lugar mágico y especial en el que mi vida con Axel ha comenzado. Me recorrió un sentimiento de nostalgia, seguido de otro de felicidad. Percibía que Axel sentía lo mismo, así que decidí seguir a Angélica.

Al traspasar el umbral me sentí bien, me sentí en casa. Como si el dolor que me araña por dentro al estar lejos de Axel encontrara un calmante de acción inmediata entre aquellas paredes. Sonaba el álbum «Tripsis» de Alchemist, el grupo favorito de Peter. Siempre discutíamos a la hora de elegir la música para el local, aunque, al final, acabáramos poniendo un popurrí con nuestras preferencias.

Dirigí la mirada con tensión en dirección a la barra. Ciertamente alivio me recorrió al comprobar que allí tan solo se encontraba Paula; la saludé con la mano. Angélica iba en dirección al mostrador cuando le indiqué que yo la esperaba sentada en uno de los sofás más discretos del local.

—¿Jack Daniels? —gritó para que la oyera por encima de la música.

Asentí con la cabeza y me senté. Me limité a cerrar los ojos y escuchar. Sentía que con cada sonido gutural, con cada acorde, con cada golpe de batería, una corriente eléctrica recorría todo mi cuerpo. Es increíble lo que esta música me hace sentir. Me avergüenzo de todos aquellos que, sin haberse parado a escuchar, la tachan de no poder ser llamada música. Claro que es música; es la melodía de los ángeles de la muerte, esos que siempre nos acompañan y que, pese a estar encargados de eso, de traer muerte, velan por nosotros hasta que llega nuestra hora, porque pertenecen al Destino, esa gran mano que maneja el tiempo y los acontecimientos acorde con el color de sus caprichos.

Sentí el golpe del vaso sobre la mesa, y abrí los ojos esperando ver a Angélica. Pero no fue a ella a quien encontré. Peter se había sentado frente a mí, con una cerveza en la mano.

—Pensé que no ibas a volver. —Su mirada no escondía rencor, sino tristeza.

—Claro que iba a volver, también es mi local y me encanta. Es solo que...

—Que has estado demasiado ocupada.

No estaba muy segura de si Peter intentaba discutir conmigo. Desde luego a mí no me apetecía lo más mínimo. Lo había echado de menos y quería pasar un rato agradable, simplemente.

—No te enfades, Peter, las cosas han salido así. Yo nunca he pretendido hacerte daño, ni nunca he buscado ser lo que soy. Porque ya sé lo que soy, y no puedo cambiarlo.

Mis ojos se posaron firmemente sobre los suyos; él no fue capaz de aguantarme la mirada. Hizo el amago de decir algo, pero no continuó. Así que decidí ser yo la que hablara de nuevo; debía darle, al menos, alguna explicación. Me levanté y me senté a su lado, no quería que nadie escuchara nada de lo que hablábamos. Su olor me hizo recordar los buenos momentos que habíamos pasado juntos. No podía evitarlo, pero lo echaba de menos. Volví a sentir los celos de Axel en mi interior e hice un gran esfuerzo por ignorarlos. Pensé con todas mis fuerzas que no tenía razón alguna para sentirse mal, que yo solo le pertenecía a él. Entonces pareció desvanecerse ese desasosiego que comenzaba a invadirme.

—Verás, Peter, no te puedo contar ahora toda la historia, pero lo que sí creo que debo decirte es que no soy una humana normal, como lo eres tú. Dentro de mí hay algo que me hace diferente, igual que Axel, o igual que aquella chica que nos observa desde la barra. Tenemos una especie de «defecto» que hace que, cuando somos adultos, tengamos la necesidad de alimentarnos de sangre humana para poder vivir.

—¿Quieres decir que eres una vampira, Valen? —Me lo preguntaba muy en serio; yo sabía que Peter no iba a dudar ni por un momento de lo que yo le contara.

—No, no exactamente, Peter. Soy, somos igual que tú, salvo que gran parte de nuestra dieta se compone de sangre humana.

—Por eso estás, diferente —dijo observándome con fascinación—. Estás... Eres muy hermosa. Quiero decir, tú siempre me has parecido preciosa, pero ahora pareces una mujer diseñada para ser perfecta.

No pude evitar ruborizarme. Yo me veo más bonita, no puedo negarlo, pero es muy distinto que tú te veas así a que te lo digan, y más aún que te lo digan con esas palabras.

—Bueno, sí, la verdad es que he cambiado un poco. Y creo que permaneceré así por muchos años. Angélica —dije señalando con la cabeza en dirección a la barra— ya tiene sesenta años, y mírala, es una jovencita.

Peter se quedó boquiabierto. Creí que incluso había empezado a pensar con esa parte de su cuerpo con la que siempre ha pensado demasiado a menudo. Al momento volvió a dirigirse a mí.

—¿Y tú cómo estas? ¿Te encuentras bien? ¿Él te trata bien? —Enseguida supe que la única pregunta que había querido formular desde un principio era la última.

—Estoy muy bien, Peter, aprendiendo a ser lo que soy. No es fácil, ¿sabes? Y respecto a Axel, dale una oportunidad, no te imaginas cuánto me quiere.

—¿Y cómo puedes saberlo? Si apenas os conocéis.

—Simplemente lo sé. No sé si algún día seré capaz de explicarte el motivo, pero sé muchas cosas de Axel que él no ha tenido que decirme con palabras.

Le dio un buen trago a la cerveza y se quedó mirando a alguna parte lejos

del local, igual que aquella noche que lo dejé curándose la herida que le había hecho en el cuarto de baño. Me acababa de dar cuenta de que era mucha la distancia que nos separaba ahora a Peter y a mí, cuando antes éramos uña y carne, incluso cuando no era capaz de darle nada más que sexo y amistad. Quizá eso no había sido suficiente para él.

—¿No me presentas a tu amiga? —El semblante de su cara había cambiado, se había recompuesto.

—¡Ah! Sí, claro. —Hice un gesto a Angélica para que se acercara.

—Ya creía que te habías olvidado de mí. —Miraba con recelo a Peter.

—Este es mi amigo Peter, Angélica. Le he hablado un poco de ti, ya me entiendes.

—No, no te entiendo. —Se dirigió a mí con una falsa sonrisa.

—Hola, ¿qué tal? —Peter alargó su mano para estrecharla con la de Angélica; sin embargo, ella ni se inmutó.

—Te he dicho que no te he entendido, Valen. —Seguía mirando en mi dirección con la sonrisa forzada.

—Me refiero a que puedes confiar en él, y hablar de lo que te apetezca. Él sabe lo que soy. Bueno, lo que somos.

—¡Valen! ¡No me jodas, tía! ¿Quieres que vaya por ahí contándolo? ¿Te has vuelto loca?

—No va a decir nada, Angélica, es mi amigo Peter. —Aunque ella no sabía quién era, lo que él significaba para mí, y los secretos que nos unían irremediabilmente a ambos.

—¡Ah! Menos mal, es tu amigo Peter —dijo remedando mi forma de hablar—. ¿Y a mí qué cojones me importa que sea tu amigo Peter? Llevo muchos años ocultándome para que ahora llegues tú y me lo jodas. Por mucho que me atraigas, no voy a dejar que me maten por ti. —Aunque aquellas palabras no sonaron llenas de convicción.

—Oye tú, loca —dijo Peter un tanto enfadado—, nadie va a matarte, siempre y cuando te portes bien con Valen.

Entonces Peter se levantó la camiseta y le mostró a Angélica las cicatrices que guardaba sobre el corazón y en el hombro.

—Ella se ha alimentado de mí, y no he salido corriendo a contárselo a nadie.

Angélica relajó el rostro. Miró con atención las cicatrices y desvió sus ojos hacia mí. Asentí con contundencia, para hacerle ver que no tenía por qué estar molesta. De pronto sonrió.

—Entonces ¿ofreces alimento? —Se mordió el labio, ardía en deseos como una perra en celo.

—No, no ofrezco alimento. La única que tiene derecho a tocarme de esa forma es Valen, y nadie más. Ahora que, si te apetece, no tengo inconveniente en hacer otras cosas contigo. —Peter le guiñó un ojo y sonrió con aire triunfal.

Angélica, no sé si porque paladeaba con descontento la derrota o si por impaciencia, volvió a dirigirse a mí.

—¿Nos largamos ya? Tengo hambre. —Esto último lo dijo poniendo morritos y mirando a Peter.

—Sí, me termino esto y nos vamos.

—Voy al baño. Mientras tanto no te pierdas. —Y se encaminó hacia los servicios.

—¿Adónde vais? —preguntó Peter con curiosidad.

—Pues no lo sé muy bien. Supongo que a algún pub más frecuentado. Va a enseñarme cómo se alimenta ella. Espero que sea divertido.

—¿Pensáis cargaros a alguien?

—¡No, Peter! Solo vamos a alimentarnos un poco.

—¿Y cómo piensas conseguir que alguien te deje beber de su sangre?

—Aún no lo sé. —Me moría de ganas por saber cómo; quizá tuviéramos algún tipo de poder oculto—. Pero supongo que pronto lo sabré.

En ese momento llegó Angélica y me levanté para irnos juntas. Me despedí de Peter y le prometí volver al Dhampir pronto. Se quedó mirando cómo nos íbamos. Parecía preocupado.

Cuando Angélica consiguió parar un taxi libre nos subimos en él. Llegamos a una sala de conciertos en las afueras de Granada. Un inmenso cartel anunciaba a los King Diamond con la gira de su disco *Give Me Your Soul... Please*. Joder, ando tan metida en mi mundo que ni me había enterado de algo tan importante como esto; claro que ya ni lo esperaba, el disco salió en 2007. Ella sacó las entradas del bolso y me sonrió emocionada.

Entramos justo cuando habían terminado los teloneros; ni siquiera sé de

qué grupo se trataba. Mientras montaban todo su espectáculo, porque un concierto de los King es eso, puro espectáculo, Angélica y yo nos hicimos con unas cervezas.

—Verás, Valen, voy a explicarte en qué consiste esto, ¿OK?

—OK.

—En primer lugar, ten esto a mano.

Me dio un par de pastillas. Por el color intuí que se trataba de Valium. Y a continuación un anillo de acero quirúrgico con una gran bola negra.

—¿Para qué es el anillo? —pregunté con interés.

—Es tu herramienta. Si tiras de la bolita aparecerá un punzón afilado. —Tiré de la bola y, efectivamente, ahí estaba—. La cosa va así, Valen. Localizas a un tío o a una tía que te guste, y te aseguras de que beba lo suficiente para no acordarse al día siguiente de tu cara. Tú bebe junto a tu presa porque a nosotros no nos hacen efecto ni el alcohol ni las drogas. —Comprendí en ese momento por qué el Valium que me tomé aquel día cuando me encontré sumida en la miseria por la ausencia de Axel no me había hecho ni cosquillas—. Cuando lo consideres oportuno, echa las pastillas en su copa y espera a que le hagan efecto. Tendrás que ser cariñosa para conseguir que dejen de ver el concierto y te acompañen afuera. Detrás del recinto hay un callejón estrecho, es el sitio perfecto. Asegúrate de que no haya nadie. Deberás hacerle varios chupetones por el cuerpo y clavar el punzón en un lugar en el que no se note demasiado. Yo suelo hacerlo en el costado, e incluso en las ingles si la cosa avanza bien. —Se veía claramente que se estaba poniendo cachonda simplemente pensando en lo que estaba a punto de ocurrir—. Y sobre todo contrólate, Valen; no vayas a cargarte a nadie, que nos metes en un lío.

Creo que la palabra que mejor puede definir mi impresión es «decepción». Sí, efectivamente, me sentí decepcionada cuando comprobé que esa era la forma tan «divertida» que tenía Angélica de alimentarse. Por supuesto consideraba que me sería muy útil aprender a hacerlo, puesto que suponía que no siempre tendría a Carmen y a sus compañeras. Pero habría preferido que fuese Axel quien me acompañara a hacerlo. Tenía la sensación de que calentarle la bragueta a un tío para engañarlo y beber su sangre sin estar Axel conmigo era como serle infiel. Pero aun así decidí probar, quizá no



necesitara hacer gran cosa; después de todo, un Valium 10 mezclado con alcohol debería de tumbar a cualquiera.

Hacía ya rato que King Diamond habían comenzado a tocar. Estaba embobada disfrutando del concierto, cuando Angélica me dio un codazo.

—Ahí enfrente hay un par de tíos que nos miran. Me pido al moreno. —Y echó a andar en dirección a la barra a la vez que tiraba de mí agarrándome por la muñeca.

Se colocó justo al lado de los dos tíos y llamó al camarero. De vez en cuando dedicaba sutiles sonrisas al morenito que le había gustado. El otro se acercó a mí directamente.

—¿Quieres tomar algo? —Claramente estaba muy bebido.

En realidad era un chico muy guapo; tenía cierto parecido con Peter. También era rubio, solo que llevaba el pelo algo más largo y peinado hacia atrás, y era bastante más alto que yo.

—Vale, me apetece un whisky, tú invitas a la primera copa y yo a la siguiente, ¿te parece?

Después de cuatro copas, y considerando que ya estaba lo suficientemente borracho, pedí la última ronda de cerveza y eché una pastilla en la suya sin que se diera cuenta; no me atreví a echarle las dos por miedo a matarlo. Me extrañó bastante, pero yo había bebido casi lo mismo y estaba sorprendentemente sobria; lo que Angélica me había dicho era totalmente cierto. Ella ya iba en dirección a la calle cuando yo decidí hacer lo mismo. Parecía estar pasándose genial.

Cuando llegamos al callejón Angélica estaba agachada haciéndole una felación a su amiguito. De pronto él perdió el conocimiento. Yo avancé con mi presa algo más y nos detuvimos justo donde el callejón se quedaba sin salida. Estaba muy nerviosa porque el tío que me acompañaba no parecía estar tan laxo como el de Angélica. Quiso besarme, y con toda la delicadeza que pude desvié la cara y comencé a acariciarle el pecho. Posé mis labios sobre su cuello e hice el primer chupetón, levanté su camiseta y succioné un par de veces más. Pero aquel tío no se dormía. Busqué con la mirada a Angélica; estaba demasiado extasiada en la entrepierna de su comida. No sabía qué hacer, por supuesto no iba a mamársela a aquel tío. En ese momento me agarró el culo y no pude evitar separarme de él violentamente.

—¿Qué te pasa? ¿Ahora no te apetece? —dijo baboseando.

Aquello se estaba poniendo demasiado difícil para mí, así que, tal como le prometí a Axel, di media vuelta y pretendí largarme. Pero aquel tipo me agarró del brazo y me volvió a acercarse a él.

—Ahora no te vas a ir. No me vas a dejar así, zorrita.

Me agarró de las tetas y sacó la lengua para lamermela cara. Yo intentaba deshacerme de su abrazo, pero no podía.

—De verdad, ahora no me apetece, me tengo que ir.

Estaba controlándome, porque, en realidad, había sido culpa mía el que estuviese tan cachondo. Pero cuando su asquerosa lengua me rozó el cuello ya no pude más. Le pegué una patada en la entrepierna que hasta a mí me dolió. Aun así, cuando intenté largarme, el muy cabrón volvió a sujetarme. No me lo podía creer.

En ese momento apareció Peter y le soltó una manta de palos que casi sentí pena por él. Me sentía asquerosa, ¿cómo podía haber llegado a eso? Entonces la saboreé. Una gota de sangre de aquel tío, que ya corría como un galgo lejos de nosotros, había ido a parar a la comisura de mis labios. Comencé a enloquecer, solo podía pensar en aquel preciado líquido. Empecé a jadear en busca de alimento. Miré a Angélica, ella lo compartiría conmigo. De modo que avancé paso a paso sin desviar la mirada de mi objetivo. Hasta que Peter se interpuso y me agarró.

—¡No, Valen! Si tú también te alimentas de él os lo vais a cargar.

—Pero es que no puedo, lo necesito, tengo sed. —Comenzaba a tiritar como aquel día en el bar con la herida de Paula.

Entonces Peter se quitó la chaqueta y la camisa.

—¿Qué es lo que ibas a usar para hacerle la herida a aquel tío? —preguntó acelerado.

—No, tú no. —No quería que Peter volviese a pasar por eso, no podía consentirlo. Traté de volver a avanzar pero él me lo impidió.

—¡Valen! ¡¿Qué ibas a usar?!

Sus voces me asustaron. Me saqué el anillo del dedo y se lo entregué. No le fue difícil averiguar el lugar en el que se encontraba el punzón. Tiró de la bolita y se agujereó el torso por tres veces, sin tener ningún cuidado por no estropear sus tatuajes. Entonces, pese a que me resistí cuanto pude, agarró mi

cabeza y me ofreció su sangre. Recordaba el sabor de aquel espeso líquido, el primero que paladeó mi boca. Bebí. Tragué cada sorbo como si fuese el primero. Y de pronto sentí rabia, una rabia incontrolable. Una sensación de impotencia que a través de miles de kilómetros de distancia taladraba todo mi ser.

*21 de marzo de 2009.  
Por la noche*

Axel está fuera echándole la bronca a Angélica por no haber estado pendiente de mí. Como no quiero escucharlo porque ya me siento lo suficientemente culpable, he decidido ponerme a escribir.



Llegó mucho antes de lo que esperaba. Al parecer había sentido todo lo que pasó la noche anterior y dejó plantado a Alexander para volver a casa.

Acababa de terminar de comer con Angélica, quien aún se disculpaba por no haberse dado cuenta del aprieto en el que me había metido, cuando aporrearon la puerta. Sabía perfectamente que era Axel quien llamaba porque podía sentirlo desde la cocina. Me invadió una mezcla de ira, impotencia, preocupación, cansancio. Miré a Angélica y le dije que sería mejor que se fuera.

Cuando abrí la puerta ahí estaba él, muy enfadado, pero aun así su rostro se iluminó levemente cuando me vio. Entró a toda velocidad, y cuando vio que Angélica se iba llamó su atención:

—Ya hablaremos tú y yo esta noche, cuando tengas la deferencia de acompañarnos a cenar.

Ella asintió con cara de disculpa y se fue, dejándome sola frente al huracán.

—Lo siento mucho, no va a volver a pasar —le dije intentando calmarlo un poco.

—¡Por supuesto que no va a volver a pasar! ¡No tengas ni la más remota duda!

—Vale, pero no hace falta que me hables así. —Entonces, el sentimiento que me transmitió fue muy distinto.

—¿Tienes idea del miedo que pasé anoche por ti? ¿Tienes idea de la impotencia que sentí cuando no podía estar a tu lado para ayudarte? —Claro que tenía idea; yo pude sentir lo mismo que él sintió, se me partía el alma—. Valen, yo no sé qué es lo que nos pasa a ti y a mí, pero comprenderás que el hecho de percibir lo asustada que estás y luego el descontrol en el que te viste sumida y no poder ver con imágenes lo que te ocurre, ni si te encuentras bien físicamente, me parte por dentro. ¿Fue Peter quien te alimentó? —No fui capaz de comprender sus sentimientos en ese momento.

—Sí, Angélica no me veía y aquel tío no se había desmayado. Pretendía seguir la fiesta conmigo, y cuando me negué trató de forzarme. Peter llegó en ese momento y se deshizo de él, pero al oler la sangre me descontrolé.

—Tendré que darle las gracias.

—Entonces ¿no estás enfadado conmigo? —La vista comenzó a nublármeme a causa del llanto inminente.

—No, nunca he estado enfadado contigo, Valen. Me he enfadado conmigo mismo por no estar a tu lado. Al menos debí haber sido más enérgico y prohibirte que acompañaras a tu nueva amiga. Debí haberte contado lo que ibas a verte obligada a hacer.

—¿Y con Peter? —Acababa de decir que iba a agradecerse.

—Dame tiempo para asimilar el hecho de que Peter siga estando en tu vida, ¿vale? Por mucho que me joda que estés con él. —Sabía que no era capaz de borrar de su cabeza la noche en que Peter me socorrió, lo sentía—. He de admitir que se preocupa por ti casi tanto como yo.

Me miró a los ojos con tanta dulzura que no pude evitar que las lágrimas comenzaran a resbalar por mis mejillas. Axel se acercó y lamió el rastro de mis sollozos. Me abrazó con tanta fuerza que parecía que quería meterme en él.

—¿Qué es lo que nos pasa a ti y a mí, Valentina?

Entonces me cogió en brazos y me llevó al dormitorio. Pasamos el resto de la tarde bebiéndonos el uno al otro y unificando nuestra esencia.

# 10

*23 de abril de 2010*

Hace más de un mes que no tenemos noticia alguna de Angélica y no es normal en ella. A lo largo de todo este año que ha pasado han sido numerosas las veces que se ha ido, pero se ha mantenido constantemente en contacto con nosotros. Jamás hemos temido por ella, hasta hoy.

Me he visto obligada a retomar mi diario por si en algún momento llegara a ocurrirnos algo a Axel o a mí. Espero que lo que recoja día a día en estas páginas pueda servir de ayuda a alguien en un futuro, o al menos sirva como prueba de que tanto él como yo alguna vez existimos.

Lo cierto es que aún no sé a qué nos enfrentamos, pero la inesperada visita de Alexander a mi casa esta mañana no puede augurar nada bueno. Un anciano que lleva años preparándose para la muerte no decide hacer una excursión desde Budapest hasta Granada para hacer una visita de cortesía a unos amigos.



Axel y yo aún dormíamos cuando, a eso de las seis de la mañana, alguien llamó a la puerta. Nos levantamos juntos porque nos extrañó demasiado una visita a esas horas de la madrugada.

Avanzamos en dirección a la entrada de la casa, y cuando abrimos allí se encontraba él, Alexander; el más anciano de los de nuestro linaje estaba en

pie frente a nosotros. Aún no he sido capaz de acostumbrarme a su apariencia. Verlo siempre evoca a mi mente nuestro primer encuentro en el restaurante Alabardos en Budapest. Aun sin ser todavía capaz de distinguir a los nuestros del resto de los humanos, puesto que nos hicieron llamar tan solo tres meses después del regreso de Axel, para mí, aquel bello joven, con no más de veinticinco años, cuyo rostro era como una escultura de porcelana, no podía ser otro más que Alexander. Cuando estábamos sentados a la mesa de aquel magnífico restaurante estilo medieval, y mientras él me observaba con atención, no pude hacer otra cosa más que sumergirme en su mirada, en esos ojos color miel que claramente atesoraban tras de sí infinidad de vivencias. Su semblante era el de un hombre joven de rostro aniñado; sin embargo, sus ojos parecían realmente los de un anciano, los de un ser cuya sabiduría parecía infinita.

—Me alegra volver a verte, niña. —Siempre me llamaba niña, como si no pudiese verme más que como aquella pequeña a la que salvó de arder entre las llamas.

—Alexander —dijo Axel con sorpresa mientras yo alargaba mi mano hacia él para invitarlo a pasar.

Nos dirigimos juntos al salón. Alexander y yo permanecemos en silencio en el sofá mientras Axel acudía a la cocina a preparar té. Aprovechamos en ese momento para compartir las dudas que guardábamos ambos en torno a aquella inesperada visita. A lo largo de este año, en el que hemos vivido juntos en mi casa, entre Axel y yo se ha desarrollado una conexión mental plena, que achacamos a nuestro intercambio de sangre. Hemos llegado a controlar tanto esta capacidad que, cuando estamos solos, únicamente emitimos palabras para disfrutar del timbre de la voz del otro.

*¿Crees que sigue interesado en mí?*, le pregunté a la vez que sonreía a Alexander y sostenía su mano. Jamás hemos revelado a nadie este secreto; ya nos han molestado bastante con el hecho de que me consideren un imán para los de nuestro linaje.

*No lo veo probable, nos habría hecho ir a visitarlo como en otras ocasiones. Posiblemente haya problemas.*

*¿Qué clase de problemas?*

*Puede que se trate de esas extrañas desapariciones. Quizá sepan quién o*

*qué está intentando acabar con los nuestros.*

Entonces Axel regresó con el té y unas pastas de avena y cacao. Por fin he logrado controlar mi fase de anorexia y parece que ahora tengo hambre a todas horas. Axel disfruta viéndome comer.

—Estás preciosa, Valentina —comenzó a decir Alexander. Él jamás se dirige a mí sin que Axel esté presente, le guarda un tremendo respeto, y me atrevería a decir que cierto afecto.

—Tú también tienes buen aspecto, pero pareces algo cansado. —El rostro de aquel hombre parecía haber perdido toda su energía, incluso el brillo de sus ojos se había atenuado.

—La sed ha comenzado a desaparecer, no sé cuánto tiempo más voy a poder mantener este cuerpo en movimiento.

Al parecer, y para mi sorpresa, nuestro fallecimiento se debe a un cese en la necesidad de nuestro consumo de sangre. Permanecemos jóvenes y fuertes hasta que la sed desaparece completamente. En cuanto eso ocurre la degeneración celular es fulminante, y un anciano arrugado y acartonado es lo que ocupa el lugar que tan solo unos días antes fue joven.

—Pero antes de que todo acabe para mí he venido a avisarte, Valentina. —Continuó hablando aferrando mi mano con fuerza—. Corres un grave peligro. Uno de los nuestros ha descubierto que un grupo de los enemigos de la vida humana te busca. Han oído hablar de la extraña mujer que provoca en nosotros la necesidad de estar unidos, y te temen. Ven peligrar su existencia. Creen que unidos pretendamos eliminarlos uno a uno. —Me miró muy serio y continuó hablando—. Al parecer se han dedicado a torturar a muchos de los nuestros para obtener información sobre ti. Augusto Abaloni consiguió escapar y vino a mí. Otros no corrieron la misma suerte.

Augusto es uno de los de nuestro linaje que vive en Roma. Vino a conocerme junto con su hijo Andrea el verano pasado. Permanecieron un mes aquí, y cuando nos despedimos sus palabras se marcaron a fuego en mi mente: «Daría mi vida y la de mi hijo por usted, señorita Valentina», me dijo.

Pero no fue la advertencia de Alexander lo que consiguió asustarme, sino los pensamientos de Axel, que me arrancaron del recuerdo de Augusto. En su cabeza comenzaron a aflorar recuerdos que nunca había compartido conmigo. Aparecían en mi mente como *flashbacks* del pasado. Sangre, muerte y locura

confluían en una imagen nítida: un hombre alto, moreno y de pelo largo reía frente a mí con el cuerpo bañado en sangre. Sus rasgos eran muy parecidos a los de Axel, era ¿Axel?

*¡No!*, se apresuró a gritar en mi cabeza.

A continuación me envió imágenes más detalladas. Dos niños que correteaban juntos por el parque. Dos niños como dos gotas de agua, salvo por la expresión de su rostro y el color de sus ojos: los de uno, negros; los del otro, grises. Uno de ellos disfrutaba jugando con la tierra y acariciaba a una pequeña gata negra que ronroneaba a su alrededor. El otro miraba con envidia de lejos a su propio hermano. La siguiente imagen mostraba a la misma gata destripada sobre la cama de su dueño, que la observaba con el corazón herido. No pude evitar que una lágrima recorriera mi mejilla.

*¡Para! Creo que empiezo a comprender. Luego continuamos con esta conversación.*

—Te quiero, Axel. —No pronunciaba aquellas palabras con demasiada frecuencia, nunca lo habíamos necesitado, pero ahora, más que nunca, me apetecía transmitírselas desde lo más profundo de mi ser.

—No llores, Valentina —me rogó Alexander creyendo que estaba asustada por sus palabras—. No soporto verte llorar. Permaneceré junto a vosotros hasta mi último aliento de vida. Solucionaremos esto, lo juro.

Después de esa breve conversación, Axel acompañó a Alexander a la habitación de su hotel. No fui con ellos porque me di cuenta enseguida de que quería hablar a solas con Axel sobre algo. Esperé sentada en el sofá para compartir la conversación con él. Lo único que capté fue: «Ha estado buscándote y creo que te ha encontrado». Después no logré oír nada más, Axel se esforzaba por no transmitirme aquellas palabras. También hemos perfeccionado bastante el bloqueo mental para preservar ciertas cosas en nuestra intimidad, o para, simplemente, no fastidiar ningún tipo de sorpresa que pudiéramos preparar el uno al otro. Pero jamás lo había usado de ese modo, para ocultarme una información, al parecer, de gran importancia.

Ante tanto silencio acabé quedándome dormida, arropada con la manta del sofá. No desperté hasta las diez de la mañana, cuando Axel desbloqueó su mente y me indicó que me vistiera para que estuviera preparada para cuando regresara a casa. Eso hice, y cuando me recogió, salimos a desayunar.



Su rostro reflejaba una preocupación que jamás había conocido en él. Anduvimos abrazados en dirección a la cafetería, se aferraba a mí como si temiera que algo se me llevara. Cuando nos sentamos a una mesa, y tras haber pedido el desayuno, comenzamos a hablar. Bueno, a comunicarnos.

*Tengo que contarte algo, Valen,* comenzó él con impaciencia.

*¿De qué habéis estado hablando Alexander y tú? No me has dejado escuchar. Jamás me habías cerrado tu mente de ese modo.*

*No quería que oyeses lo que Alexander tenía que decirme hasta que no hubiésemos terminado la conversación que empezamos esta mañana. Tienes que saber ciertas cosas de mi pasado, Valentina.*

Cuando me llama Valentina significa que las cosas son serias de verdad, siempre se dirige a mí de ese modo cuando está enfadado por algo.

*Esos niños...* No supe cómo preguntarlo.

*Esos niños éramos mi hermano Andy y yo.*

*Nunca me dijiste que tuvieras un hermano,* le recriminé un tanto dolida por el hecho de que me hubiera ocultado algo tan importante.

*Es que yo no tengo un hermano, Valen, esa persona no significa nada para mí.*

*¿Cómo puedes decir eso?*

Entonces comenzó a enviarme las imágenes de sus recuerdos. Volví a recibir la de la gata destripada. A continuación pude hacer un recorrido por la vida de Axel, una vida marcada por la maldad que su propio hermano descargaba sobre él. Sus malos momentos alternaban con imágenes de un hombre joven, de complexión fuerte, pelo castaño y facciones dulces, que identifiqué como el padre de ambos niños y que disculpaba la conducta de Andy, alegando que eran simples travesuras. Unas travesuras que con la edad iban incrementando su crueldad. Me impactó una escena en particular, quizá no la peor de las muchas agresiones de Andy, pero sí la que más marcaba la diferencia entre ambos hermanos. En estas imágenes, un Axel adolescente seguía a su hermano en una jornada de escalada libre por una pared muy inclinada de granito. Andy perdió apoyo y comenzó a resbalar arañándose de gravedad codos y rodillas. Trató de sujetar la mano que Axel le tendía para frenar el precipitado descenso, pero no la asió con la fuerza suficiente. Cuando Axel acudió a socorrer a Andy, este se levantó del suelo donde se

quejaba por el dolor y se limitó a pegarle una paliza, a la vez que emitía múltiples improperios con su lengua envenenada. Le dio tan fuerte que su oído derecho comenzó a sangrar, sin contar el resto de las lesiones que tardarían en curar más de un mes. Al llegar a casa, la respuesta que Axel le dio a su padre cuando quiso saber qué había ocurrido fue que un grupo de chavales comenzaron a pegarle y que su hermano Andy, nervioso por ayudarlo, cayó por la inclinada pendiente de granito destrozándose la piel en brazos y piernas.

Lo último que me mostró no eran las fechorías de un joven cruel, sino la actuación de un auténtico asesino ávido de muerte. Andy, un hermoso joven con largo cabello negro y ojos grises, permanecía en pie, bañado en sangre y sonriente. Frente a él yacían dos jovencitas inertes y desangradas. Lo que más aterró a los recién llegados, Axel y su padre, fue que las víctimas, desnudas, tenían el pecho abierto a la altura del corazón. Volvieron a mirar a Andy y con horror pudieron descubrir que portaba en cada mano el corazón de cada una de las chicas. Aferraba aquellos músculos vitales con fuerza. Aferraba en sus propias manos las vidas arrebatadas a sus víctimas, como si pretendiera atesorarlas hasta la eternidad.

*Él eligió por sí mismo desde muy joven qué tipo de vida quería llevar, me comunicó Axel, guardándose para sí una imagen que no me quería mostrar.*

Alargué mi mano para estrechar con fuerza la suya. Al sentir mi contacto no pudo evitar relajarse un poco, dejando escapar unas pinceladas de eso que no quería que yo viera. Y preferiría no haberlo visto jamás. Axel encontró a su padre desnudo y colgado por los pies de un gancho que pendía del techo. Alguien lo había desangrado como a un cerdo, seccionándole la yugular y la carótida. Todo su cuerpo mostraba los signos de haber tratado de defenderse. Enseguida, la imagen desapareció.

—El muy hijo de puta le había arrancado el corazón —dijo en voz alta y apretando los dientes, intentando ahogar su rabia.

Comenzaron a correr ríos por mis mejillas. Mi pena por él y la suya propia me apretaban el pecho, dificultándome la respiración. Axel se levantó de su asiento y se agachó a mi lado, reposando su cabeza sobre mis muslos y rodeando mi cintura con los brazos. Comenzó a transmitirme otro tipo de recuerdos, aquellos que nos pertenecían solo a él y a mí. Recordó la primera

vez que me vio; la primera vez que entrelazó su mano con la mía en la puerta Real; la primera vez que me alimentó; la primera, la segunda y la tercera vez que me besó... Consiguí que me recompusiera y, aunque no podía evitar sentir pena, llegué a la convicción de que el mero hecho de estar junto a mí había provocado que esos recuerdos no le afectaran tanto como pudieran haber hecho en el pasado.

—¿Y qué es lo que pasa ahora con él? —Lo dije en voz alta, necesitaba volver a escuchar su voz.

—Por lo que me ha comentado Alexander, ha estado intentando localizarme desde hace bastante tiempo. Yo no es que haya huido de él, pero sí que he de admitir que le he estado evitando durante años. Es nuestra obligación denunciar a los ancianos el paradero de todos aquellos que no respeten la vida humana, sin excepciones. Ya intenté pararle los pies una vez, pero es mucho más fuerte que yo, en eso también nos diferenciamos de aquellos que solo se alimentan de sangre. Informé a los ancianos y Alexander se comprometió personalmente a darle caza si yo me encargaba de buscarte a ti. Pero nunca consiguió atraparlo. De vez en cuando recibía noticias de su paradero, pero pronto volvía a desaparecer.

—¿Y qué tiene que ver él con lo que comentó Alexander esta mañana?

—Al parecer, Andy se encuentra entre el grupo encargado de atentar contra tu vida. En realidad se ha erigido jefe de una banda de mercenarios muy bien pagados, todos ellos pertenecientes a los nuestros. Y...

Noté su rabia cuando dibujaba en su mente las palabras que me quería transmitir.

*Ahora sabe que estamos juntos. Estoy seguro de que no parará hasta arrebatarme lo que más quiero en este mundo.*

No fue capaz de decirlo en voz alta, el nudo de su garganta no se lo permitió. Una lágrima acarició su mejilla. Aquella era la primera vez que veía a Axel llorar.

De vuelta a casa caí en la cuenta de algo que había estado preguntándome durante varios días. Hacía más de un mes que no sabía nada de Angélica, lo cual no era muy normal en ella. Había llamado a Peter, con quien hace meses que he vuelto a tener una buena amistad, y me dijo que no había aparecido por el pub desde hacía tiempo. Suele acudir al Dhampir cuando quiere

alimentarse, Peter la ayuda a mantener ebrios a algunos extranjeros que acuden al local y le facilita el alimento. Creo que él empieza a apreciar a Angélica, aunque no quiera admitirlo. Cuando fui a preguntar a Axel qué pensaba sobre su desaparición, dijo algo que hizo que volviese a olvidarme por completo del tema de Angélica.

—¡Vaya! Felicidades. Hoy salía a la venta tu nueva novela.

Con la llegada de Alexander no había vuelto a pensar en eso desde la llamada del día anterior de Pepa. En esta ocasión, y como respondiendo a los presagios de aquel presentador de *Abraza la palabra*, no se trata de una novela romántica y empalagosa. Se trata de una historia de amor, eso sí, pero entre un sociópata cuya obsesión por la sangre alcanza límites insospechados y una mujer que, sabiendo lo que él es, no consigue anteponer el sentido común a sus propios sentimientos. No sé si tendrá éxito o no pero he disfrutado muchísimo escribiéndola, y a Axel le encanta, así que por ahora me basta. La he firmado con mi verdadero nombre, haciendo patente de ese modo el orgullo que siento hacia mi nueva obra. Lo cierto es que en la editorial no se lo pensaron dos veces a la hora de decidir publicarla, de modo que simplemente me queda esperar. Si no funciona, siempre puedo volver a escribir cursilerías; haría cualquier cosa para que Axel y yo podamos seguir viviendo tan desahogadamente como lo hacemos.

Cuando ya estábamos cerca de casa encontramos a una gitana vendiendo flores; sin decir nada, Axel soltó mi mano y se encaminó hacia ella. Esperé pacientemente y pronto llegó con un hermoso ramo de tulipanes negros en la mano. Siempre se encarga de que en casa nunca falten estas encantadoras flores. Me fascina su hermosa «tetricidad».

Axel es propietario de una de las mayores plantaciones de tulipán negro de Holanda. Viajamos juntos a su país la primavera pasada y me llevó a ver aquel mar de flores color morado oscuro. Allí, sentados al atardecer, con los suaves rayos solares acariciando la hermosura de millones de pétalos, me contó la historia de cómo había llegado hasta sus manos aquella preciada posesión.

Al parecer los tulipanes llegaron a Holanda procedentes de Turquía. Su nombre europeo no fue más que el resultado de un pequeño error de entendimiento entre el embajador austríaco Busbecq y su traductor en

Turquía, a mediados del siglo XVI. Observó a un señor que paseaba con una extraña flor en el turbante que dejó prendado de su belleza al embajador. Cuando preguntó por la preciosa flor al traductor, que lo acompañaba, este interpretó que se refería al turbante que envolvía la cabeza de aquel sujeto, de modo que su respuesta fue: «Tülbent». Así, esa flor que los turcos siempre habían llamado «lale», pasó a llamarse en Europa tulipán.

Igual de prendado por la belleza de aquellas flores de mil colores se quedó el botánico holandés Carolus Clusius, quien, a finales del siglo XVI, realizó la primera plantación de tulipanes en Holanda, con el fin de hacer estudios médicos con ellos. Carolus fue muy receloso de compartir aquella maravillosa planta bulbosa; nadie podía acercarse a sus preciadas flores. Hasta que conoció a Arabelle, la bisabuela de Axel. Carolus se enamoró de ella nada más verla y la pretendió durante varios años. Jamás llegaron a casarse. Arabelle, para evitar comprometerse, alegaba que él dedicaba demasiado tiempo a su profesión, pero la debilidad que él sentía hacia ella y la necesidad de ella de procrear y prolongar así su linaje en el tiempo los llevó a una única unión carnal, de la que nació el abuelo de Axel. Como su mayor muestra de amor, Carolus le regaló un campo de tulipanes negros, la flor preferida de Arabelle, y la promesa de que ni a ella ni a su hijo jamás les iba a faltar el sustento. Pocos años más tarde llegó la tulipomanía, época en la cual los tulipanes eran considerados tan valiosos como las mismísimas joyas. Esto hizo que Arabelle y su hijo se convirtieran en poseedores de una tremenda fortuna, que ahora, tras la muerte de su padre, y a petición expresa de este, como si sospechara su trágico final a manos de su otro hijo, ha quedado en manos de Axel.

# 11

*25 de abril de 2010*

Me resulta difícil admitirlo, pero llevo varios días sintiéndome observada. Puede que se deba a que la advertencia de Alexander ha hecho mella en mí. De todos modos, no he querido alertar a Axel, así que he mantenido mi mente cerrada en lo que a eso se refiere. Creo que él hace lo mismo conmigo; está inquieto y no ha querido que salga sola en ningún momento. A todo esto se une nuestro reencuentro con Angélica, nuestro horrible reencuentro.



Anoche decidimos ir a hacerle una visita a Peter. Es increíble, pero Axel se lleva bastante bien con él; me atrevería a decir que incluso ha llegado a cogerle cariño, pese a lo mucho que él insiste en que no tiene la capacidad de albergar sentimientos humanos hacia cualquiera que no sea yo. Desde luego, sea como sea, empiezo a pensar que está equivocado, que todos han estado equivocados durante siglos, porque tanto a Axel como a Angélica se los ve muy integrados.

Regresando a lo que ocurrió anoche. En realidad no llegó a ocurrir nada, pero me sentí incómoda desde el mismo momento en que Axel y yo salimos a la calle. Sentí como si mil ojos se posaran sobre mí, como si multitud de miradas me acariciaran y no quisieran dejarme marchar. Creo que simplemente estoy sugestionada. Entre la advertencia de Alexander y los

miedos acerca de su hermano que Axel compartió conmigo el viernes, probablemente esté viendo fantasmas fuera del castillo encantado. Además, esa inseguridad que sentí provocó que me acordara de Angélica y de mi miedo a que hubiera podido ocurrirle algo. Decidí que iba a hablar con Alexander al respecto en cuanto volviésemos a vernos.

Cuando llegamos al Dhampir conseguí relajarme un poco. Se ha convertido en un lugar bastante frecuentado por los nuestros, que han aumentado considerablemente su número en Granada de unos meses a esta parte. Ahora ya soy capaz de distinguirlos; no son sus rostros, ni su piel. Se trata de su aroma. Los caracteriza, nos caracteriza, un olor especial y diferente al del resto de los humanos. Un aroma ferruginoso que me recuerda constantemente a mi adorado alimento.

Siempre había pensado que iba a distinguir a los de mi linaje por una característica visual; algo parecido a la impresión que tuve al conocer a Alexander, cuya piel de porcelana me impactó. Ahora sé que ese es el aspecto que los ancianos deben de tener para el resto de los humanos. Incluso me es fácil distinguir el tipo de alimentación que llevan, porque en el caso de los de alimentación pura esa fragancia es más intensa, tanto que es capaz de despertar en mí ansias de sangre aun habiéndome saciado ya.

De todas formas, incluso careciendo de esa capacidad de distinguirlos, no la echaría en falta, porque no acabo de comprenderlo; pero todos los de nuestro linaje que se encuentran conmigo, bien de modo premeditado, bien de modo casual, se acercan a mí para saludarme y ofrecerme protección. No está ocurriendo exactamente igual que cuando, el día en que conocí a Angélica, imaginé a hordas de vampiros persiguiéndome obsesionados conmigo, pero tampoco es que me dejen en paz, precisamente.

Cuando entramos al pub saludé uno a uno a mis compañeros de linaje. Abelard, un alemán alto y guapo que acaba de controlar su sed y aún duda respecto a la posibilidad de pasarse a una dieta pura. Su consumo de sangre es muy superior al de Axel, Angélica o yo misma, lo que hace que su aroma sea mucho más intenso que el nuestro. Aoi, un japonés de ciento un años que viajó para hacer turismo a España y al llegar a Granada, no sé muy bien si por la ciudad en sí o por mi presencia en ella, decidió no viajar más. Acacia, una bella argentina pelirroja de la misma edad que Angélica y que ha recorrido el

mundo entero en bicicleta; conoce las costumbres de infinidad de culturas y las lleva grabadas a fuego en esos preciosos ojos color púrpura. Y, finalmente, Adriene y Albert, madre e hijo de origen francés. Albert está concluyendo con su iniciación a la sed, y su madre no quiere separarse de él hasta que haya conseguido superar la fase de anorexia con éxito. Adriene tiene un profundo respeto hacia la vida en general y sufre teniendo que alimentarse de sangre humana. Siempre dice que a ella le costó mucho admitir lo que era, porque no soporta ver sufrir a ningún animal, incluido el ser humano. No sé si Albert guarda el mismo sentimiento que su madre, pero lo cierto es que por ahora lleva bastante mal lo de tener que complementar su dieta sanguínea con lo que él llama «la repoussante nourriture verte», que, para que nos entendamos, viene a ser lo mismo que «la repugnante comida verde».

Tras los saludos pertinentes acudí a ver a Peter, quien hablaba con Axel desde el otro lado de la barra. Ambos cuchicheaban sobre algo, y en cuanto me vieron aparecer se callaron inmediatamente y disimularon con una sonrisa.

—¿De qué hablabais? —Tenían los dos unas caras de tontos que ni se lo podían imaginar, así que traté de leer la mente de Axel, pero estaba cerrada a cal y canto.

Cuando iba a darme la vuelta para buscar a alguien que no se estuviera riendo de mí, Peter sacó algo de debajo de la barra y lo tendió en mi dirección.

—Esta noche celebramos el fin de tu fase de anorexia —dijo Axel con una preciosa sonrisa.

—Y como al primero que desangraste fue a mí, no podía permitir que este te hiciera un regalo sin contar conmigo. —Percibí unos celos bastante bien controlados por parte de Axel; estaba completamente segura de que agradecía tremendamente a Peter el hecho de que hubiera cuidado de mí.

Sin decir nada, y enteramente sorprendida, cogí el paquete que me habían dejado sobre la barra. Bueno, en realidad eran dos paquetes, uno más grande que el otro. Axel señaló el de mayor tamaño indicándome que ese era el primero que debía abrir.

Rompí el papel morado que envolvía el regalo y me encontré un ejemplar



de mi primera novela de verdad: *Sangre, cuchillos y amor*.

—Es el primer ejemplar impreso, lo mandó Pepa para ti —dijo Axel, besando mi frente—. Venga, abre el otro.

Obedecí y cogí el otro regalo más pequeño. Al liberarlo del envoltorio observé que se trataba de una cajita negra en cuya tapa había dibujada una lágrima escarlata. Abrí el cierre de la cajita y lo que vi me dejó maravillada: una pequeña calavera de oro blanco y brillantes en las cuencas de los ojos, igual a las de mi pulsera, solo que esta formaba parte de una especie de lágrima cuyo vértice era una prolongación de la parte superior del cráneo, y que colgaba de una cadena de pequeños eslabones también de oro blanco.

—Es preciosa, no me la voy a quitar nunca —dije mientras le pedía a Axel que la abrochara alrededor de mi cuello.

—Pero no es solo lo que se ve —dijo Peter, impaciente.

—Ya es hora de que tengas tu propia herramienta —continuó Axel, sonriendo también con impaciencia.

Enseguida, y más emocionada de lo que habría podido esperar, comencé a mirar la pequeña lágrima que pendía de mi cuello. Sujeté las dos piezas que formaban la lágrima y desenrosqué la calavera. Cuando quedó suelta, pude ver con fascinación que el hueco del vértice de la lágrima servía de dormitorio a un pequeño y afilado punzón, que brillaba con intensidad e imploraba ser usado con urgencia.

—No sé qué decir. Es... perfecta. —Realmente no me salían las palabras—. Estoy impaciente por usarla.

—Si quieres, Valen, mi pecho está a tu entera disposición —dijo Peter, mirando a Axel con mofa.

—Sí, pequeña, si te apetece puedes beber de él después de que le haya rebanado el cuello.

Pese a que sabía que Peter estaba bromeando, o casi bromeando, Axel no pudo reprimir unos tremendos celos que me inundaron y me llevaron a darle un puntapié en el tobillo para que se controlara. Peter se desternillaba de risa, sabe muy bien cuál es el punto débil de Axel y nunca desperdicia la oportunidad de mosquearlo. Supongo que se trata de su inofensiva venganza.

Regresamos a casa a eso de las tres de la madrugada. Mi impaciencia por usar mi nueva herramienta hizo que olvidase por completo esa sensación que

tanto me había incomodado al principio de la noche. Nos besamos en cada esquina, nos manoseamos sin parar hasta llegar a la escalinata que precede a la puerta de la entrada de mi casa, de nuestra casa. No aguantábamos más, así que los escalones de la entrada se convirtieron en nuestro improvisado nidito de amor.

La noche era algo gélida pese a acercarse el mes de mayo a gran velocidad, pero nuestros cuerpos eran como dos llamas en medio de la oscuridad. Axel se recostó sobre los escalones y fue tirando de mí, peldaño a peldaño, a la vez que levantaba mi vestido y apartaba el diminuto tanga a un lado. Yo desabotoné su pantalón con habilidad, y pronto estuve sentada a horcajadas sobre él, sintiéndolo muy dentro de mí. Lo besaba sin cerrar los ojos, incapaz de desviarme de su llameante mirada. Él subía escalón a escalón de espaldas, ayudándose con los codos mientras meneaba con precisión su pelvis entre mis ingles. Sentía cómo mis medias se desgarraban por el roce con el terrazo de la escalera, pero mi atención estaba únicamente centrada en el placer que Axel me hacía sentir y en los botones de su camisa. Pronto lo tuve con el torso desnudo, acaricié su cuadriculado abdomen y lamí con deseo su pecho, a la vez que desenroscaba la pequeña calavera del colgante. Mi punzón estuvo por fin libre cuando Axel hubo coronado la escalera y se apoyaba contra la puerta aferrando con fiereza mis muslos. En ese momento la puerta se abrió sola y caímos de bruces contra el suelo.

Inmediatamente, nos levantamos y recompusimos nuestras ropas lo más rápido que pudimos. Comprobamos que habían roto con una gran piedra la cristalera que rodea el marco de la puerta y que habían abierto desde dentro, introduciendo el brazo hasta la cerradura. Maldije la falta de seguridad de mi casa y la intranquilidad volvió a reinar en toda la extensión de mi ser.

*Quédate aquí*, me ordenó mentalmente Axel, quien comenzaba a adentrarse con cautela en la casa a la vez que agarraba la piedra que habían usado para romper los cristales.

*Ni hablar*, objeté. *No pienso quedarme aquí esperando a ver si alguien te hace daño. Será mejor que entremos juntos, tendremos más posibilidades de defendernos.*

Intentó hacerme cambiar de idea, pero enseguida percibí en él cierto recelo a que me quedara sola en la puerta de la calle. Tenía miedo de que,

mientras él inspeccionaba el interior, alguien tratara de hacerme daño fuera.

Nos descalzamos y avanzamos con cautela. La oscuridad era casi absoluta; a pesar de que las persianas estaban levantadas, la luna desfallecía en sus últimos días de cuarto menguante. Vlad detectó nuestra presencia de inmediato y acudió a saludarnos. Me indicaba con insistencia que lo siguiera en dirección al salón. Se dirigía hacia allí y volvía a nuestro encuentro continuamente, del mismo modo que cuando está hambriento me insta a acudir al frigorífico.

Lo seguimos agarrados de la mano, Axel tiraba de mí hacia atrás para protegerme con su cuerpo. Estábamos muy cerca del arco que separa el pasillo principal del salón cuando escuchamos que alguien respiraba con dificultad desde el interior de la sala. Una respiración profunda que trataba de arrancar desesperadamente el oxígeno que portaba el aire.

Una vez dentro de la habitación, y cuando nuestros ojos se hubieron aclimatado a la ausencia de luz, comprobamos que había un gran bulto en el sofá. Axel encendió la iluminación y pudimos ver, con una mezcla de horror y tristeza, el motivo por el que Angélica había estado ausente de nuestras vidas durante más de un mes. Sobre el sofá y en posición fetal yacía una mujer mayor, cuya piel flácida envolvía un cuerpo delgado y sin brillo. El largo cabello rubio caía en ondulaciones en dirección al suelo, para acabar rozándolo levemente. Me acerqué a toda prisa hacia ella; en ningún momento dudé que se trataba de mi amiga; el diminuto ciempiés tatuado en su trasero era un signo inequívoco de ello. Volví su cabeza con ternura y la miré a los ojos llamándola por su nombre, para que reaccionara y regresara a la realidad, junto a nosotros. En cuanto aparecieron sus preciosos iris verdes, se encharcaron a causa del llanto. Pese a las miles de arrugas que adornaban su rostro, seguía siendo la preciosa Angélica. Pero ella no pensaba igual.

—¿Cómo voy a seguir viviendo ahora? Mira lo que me han hecho, han borrado mi juventud —dijo sumida en la más profunda de las tristezas—. Pero no contesté a ninguna de sus preguntas. A ninguna.

Se convirtió en un mar de lágrimas en el que parecía ahogarse cada vez más profundamente. Yo miraba a Axel sin saber qué hacer.

*¿Tiene solución, Axel? ¿Se va a poner bien?*

*No creo que mejore demasiado; parece que lleva sin alimentarse desde*

*hace bastante tiempo, quizá más de un mes. La sangre nos hace jóvenes por mucho tiempo, pero su ausencia devuelve todos y cada uno de los años que hemos engañado a la vejez. De todos modos, el que mejor sabrá qué hacer es Alexander.*

Rápidamente Axel salió y comenzó a hacer algunas llamadas. En primer lugar a Alexander, con quien acordó que nos encontraríamos en casa en el tiempo que tardara en vestirse y localizar un taxi. En ningún momento dudé que acudiera a nuestra llamada, pero no por Angélica, sino por el cariño que yo siento hacia ella. A continuación telefoneó a Carmen y le dio instrucciones de que dijese a las chicas que acudieran una a una a casa en intervalos de una hora.

Sin pensarlo dos veces, y casi sin poder evitar que las lágrimas resbalaran por mis mejillas, volví a desenroscar la calavera de mi colgante. Me pareció que no habría ningún momento más adecuado para estrenar mi herramienta que aquel, en el que mi amiga Angélica necesitaba sangre de forma desesperada. Clavé el punzón en mi muñeca izquierda, sintiendo el dolor agudo de la herida, que enseguida comenzó a sangrar.

—Bebe, Angélica, te pondrás bien —le dije con apremio mientras gotitas de mi líquido de vida chocaban contra la alfombra.

—No puedo aceptar tu sangre, no puedo robarte algo tan preciado —repuso entre sollozos aquella anciana que se encontraba recostada en mi sofá.

—Angélica, debes beber, debes reponerte. Tú no robas mi sangre, yo te la regalo. Necesito que bebas, Angélica.

Entonces Angélica asió mi muñeca y bebió. Me dio la sensación de que no lo hacía por ella, sino por mí, por cubrir esa necesidad que yo le había dicho que tenía de que bebiera mi sangre. Y con esos tragos, creo que demasiados, puesto que me sentí muy débil, me pareció que su rostro volvía a tener algo de color. Algo de vida.

Alexander fue el primero en llamar a la puerta. Axel acudió a abrir y transmitió a mi mente la imagen de un hombre cansado, agotado por el mero hecho de existir. Llegó rápidamente al salón y observó a Angélica, que ahora se encontraba sentada en el sofá y con algo más de fuerzas.

—¿Cuánto tiempo llevas sin alimentarte? —le preguntó con premura.

—No lo sé, perdí la cuenta a los catorce días de oscuridad —respondió

con la mirada extraviada en el vacío.

—¿Cuánto hace que no la veis vosotros?

—Más o menos un mes y una semana, quizá algo más —respondí tras hacer los cálculos mentales.

—Puede que aún estemos a tiempo de devolverle su juventud —dijo Alexander con un leve brillo de esperanza en aquellos ojos, que habían comenzado a marchitarse—. Cógela, Axel, y llévala al dormitorio. Necesitamos mucha sangre, toda la que podáis conseguir. Hay que cubrir cada rincón de su cuerpo y dejarla descansar.

Alexander me dijo que necesitaba film transparente suficiente para cubrir la cama y evitar que las sábanas absorbiesen el líquido. En la cocina encontré dos rollos, uno empezado y el de repuesto. Por si pudiera hacer falta más, telefoneé a Peter para que trajese el que tuviese en casa y, ya de paso, le avisé de que probablemente íbamos a necesitarlo como donante.

Rápidamente envolvimos mi cama con el film transparente y colocamos encima a Angélica, que, como un animal desahuciado, se dejaba manejar sin ofrecer resistencia. Me sorprendí mucho al ver que Alexander sacaba de una bolsa un montón de jeringas y agujas de extracción, junto con un compresor para localizar venas. Me pregunté si aquella sería su herramienta; desde luego eso dejaría pocas marcas.

—Axel, tú primero. Mi sangre está ya demasiado deteriorada, no le haría ningún bien —dijo el anciano con tristeza.

Alexander se dirigió con sus útiles de trabajo a la cocina, y le indicó que se sentara en una silla y colocase el brazo sobre la mesa. Axel se despojó de la camisa y siguió las indicaciones de Alexander, quien le rodeó el bíceps con el compresor y comenzó a extraer una gran cantidad de sangre que iba introduciendo en una botella de medio litro que le había facilitado.

Mientras yo vaciaba unas seis botellas más de agua mineral de igual capacidad que tenía almacenadas en la despensa, Alexander terminó de llenar la primera botella y me indicó que la agitara continuamente. Cuando hubo llenado media botella más decidió que la función del primer donante había concluido. En ese mismo momento, Peter llamó a la puerta y Axel fue a abrir.

Yo me encaminé hacia el dormitorio y comencé a cubrir con varias capas de sangre las piernas de Angélica, para proceder a envolverlas a

continuación con papel transparente y dejar que aquel bálsamo hiciera efecto.

Cuando regresé a la cocina, Peter estaba sentado en ese momento a la mesa. Ya casi habían llenado una botella de sangre. El haber alimentado a Angélica hacía que mi necesidad de beber se estuviera despertando al ver aquel líquido salir de las venas de mi amigo, pese a haberme alimentado hacía tan solo dos noches. Pero aguanté mi necesidad; ya tendría tiempo de reponerme. Acababa de terminar con Peter cuando me ofrecí para continuar con la sangría.

—Tú no puedes darle más, ya la has alimentado. Capté el olor de tu sangre en los labios de Angélica nada más entrar al salón —respondió Alexander negativamente—. El perfume de tu sangre es algo difícil de olvidar, ni siquiera veintiséis años han borrado de mi mente el dulzor de la pequeña laceración que te hiciste al caer aquella noche al suelo.

Se trataba de la primera vez que Alexander hablaba de la noche en que me rescató. Siempre que le preguntaba eludía el tema de algún modo. Me quedé callada y asentí. La verdad es que Angélica había bebido demasiado de mí; me encontraba muy débil, me faltaban las fuerzas.

Pero olvidándome de esa debilidad física cogí las botellas de sangre que Axel agitaba con ambas manos, y regresé junto a Angélica para embadurnar la piel de su torso y el interior de sus ingles, procedí a continuación del mismo modo que con las piernas, envolviéndola con cuidado.

Empezaba a impacientarme cuando Carmen llegó por fin. Traía malas noticias, no había logrado localizar al resto de las chicas, decía que probablemente aún estaban trabajando, de modo que no podría hablar con ellas hasta la mañana siguiente como mínimo. Pero simplemente necesitábamos sangre para cubrir los brazos y el rostro de Angélica, así que con Carmen nos bastaba. Ya tendríamos tiempo Axel y yo de recuperarnos.

Alexander extrajo unos cuatrocientos centímetros cúbicos del brazo de Carmen; robarle una mayor cantidad podría haberla hecho enfermar. Tomé la botella casi llena y cogiendo, sin que nadie lo viera, una de las agujas asida a una jeringa de las que ya había usado el anciano, volví junto a Angélica. Utilicé la sangre de Carmen para cubrir el resto de la piel que quedaba sin envolver, incluido el cuero cabelludo, a excepción de su rostro. Para esa zona tan bonita de Angélica quería ofrecer mi propia sangre. Me sentía demasiado

culpable por el estado en que se encontraba; estaba casi segura de que el motivo de su desgracia había sido yo.

Bloquéé mi mente, tras lo cual Axel enseguida llamó desde la cocina preguntándome si todo iba bien. Le respondí que sí, y rápidamente cerré la puerta del dormitorio y eché el pestillo. Sabía que él no tardaría en acudir para comprobar si realmente estaba bien.

Me dirigí al armario y saqué unas medias del cajón. Me senté en el borde de la cama y, ayudándome con los dientes, até la media en torno a mi antebrazo. No tenía ni idea de cómo hacerlo, pero recordaba que la última vez que acudí a hacerme una analítica de sangre, haría más de diez años de aquello, la extrajeron del lateral interno de mi muñeca. Tras numerosos intentos, y moviendo dolorosamente la aguja por debajo de mi piel, por fin comenzó a salir sangre. Vacíé la primera extracción sin sacar la aguja de su sitio por temor a no encontrar de nuevo la fuente. Sentí dolor al volver a poner la jeringa en su lugar, pero saqué sangre las veces necesarias hasta llenar la botella a la mitad de su capacidad. Se me nublaba la vista mientras extendía una y otra vez el bálsamo sobre el rostro y el cuello de Angélica. La debilidad y las lágrimas por verla así me impidieron contemplar el resultado final de mi obra. La barrera de mi mente se derrumbó y sentí el miedo de Axel cuando, tras la puerta, descubrió que me había desvanecido sobre la cama, al lado de Angélica.

Lo último que escuché fue un ruido atronador, y sentí que unos brazos me levantaban y me llevaban a algún lugar.

No estoy segura de si en ese momento permanecía semiinconsciente o si las voces llegaban a mi cabeza por medio de los oídos de Axel. Lo cierto es que pude percibir con claridad el nerviosismo de todos ellos acerca de mi estado. Discutían entre ellos sobre qué hacer conmigo. Axel gritaba a Alexander que no le importaba cuánta sangre hubiese perdido ya y que estaba dispuesto a alimentarme, fuesen cuales fueran las consecuencias para él. Finalmente, una voz grave acalló a las demás:

—¡Callaos! Yo lo haré.

No fui capaz de discernir con claridad de quién habían salido esas palabras, pero cuando el preciado fluido espeso acarició mis papilas supe de quién se trataba. Era una sangre poderosa, pero, a la vez, casi carente de vida.

Una vida que se incorporaba a mis células con rapidez mientras dejaba sin fuerzas a su dueño. En ese momento pude sentirlo, pude oírlo. Sus pensamientos eran vívidos, estaban llenos de culpabilidad. Pronto, esa pena que arrasaba el interior de Alexander me hizo despertar de mi letargo y mirarlo a los ojos.

—¿Qué secreto, Alexander? ¿Qué carta?

Alexander no podía creer lo que oía. Rápidamente, extrajo un pañuelo del bolsillo de su chaqueta y taponó la herida abierta en su muñeca. Todos me miraban sorprendidos, pero solo Axel era capaz de comprender a qué me refería. Compartí con él lo poco que la mente de Alexander me dejó escuchar. Ahora había quedado claro para nosotros que nuestra conexión no era algo exclusivo de Axel y mío, era el resultado del intercambio de sangre entre dos miembros cualesquiera de nuestro linaje. Y yo me había alimentado del miembro más viejo de nuestra raza. Sin querer había descubierto que me escondía un gran secreto: el secreto de mi vida.

El anciano no dijo nada. En su mente leí terror, pena, vergüenza. Se puso su chaqueta y huyó de mí. Desapareció por la puerta de la entrada sin decir nada.



## 12

*26 de abril de 2010*

Ayer permanecimos todo el día en casa. Carmen regresó junto a sus hijos, y al llegar a su piso envió a Marina, su compañera y nuestro alimento cada pocas semanas. Axel se negó en redondo a que yo volviese a alimentar a Angélica dada la debilidad en la que me encontraba inmersa aún. La sangre casi carente de vida de Alexander solo me había servido para aumentar mi volemia, pero no para nutrirme. Y como los dos somos igual de cabezotas, yo tampoco le permití a él alimentar a Angélica sin haber saciado su sed, de modo que no tuvo más remedio que ser él el que bebiera de Marina. Por supuesto, ni se nos pasó por la cabeza que Marina acudiera directamente a Angélica. No creo que resultara muy agradable para la pobre chica descubrir a una mujer sobre mi cama envuelta en plástico y cubierta de sangre.

Peter estaba francamente preocupado, había observado en lo que se había convertido nuestra amiga por un leve instante, y lo que vio le destrozó el alma. Maldijo mil veces al cabrón que se había atrevido a hacerle eso. Juró que lo mataría si se enteraba de quién había sido.

A eso de las seis de la tarde, Angélica me llamó.

—¿Necesitas algo? —le pregunté preocupada.

—Creo que ya estoy lista, me siento mucho mejor y necesito ducharme. Me parece que me he orinado encima.

Yo ya había notado cómo el olor a urea se mezclaba con el de la sangre seca que cubría todo su cuerpo. Había pensado en ello cuando le estaba envolviendo la zona de las ingles, pero creí que no era algo importante en

aquel momento. Necesitaba recuperarse, y cuando estuviese fuerte ya habría tiempo de preocuparnos por la higiene.

—Está bien, cariño, no te preocupes. Ahora mismo me ocupo de ti.

Bajo toda esa capa de sangre podía observar cómo la piel de Angélica se había vuelto a tersar. Comencé por liberar sus piernas, lo cual le permitió erguirse y quedar sentada en la cama, mientras yo continuaba quitando el resto del film transparente que aún la aprisionaba.

—Huelo fatal —dijo con cara de asco y algo avergonzada.

—No te preocupes, lo importante es que estés bien —respondí tratando de quitar importancia a algo que realmente no la tenía.

—Lo cierto es que sí, al menos por dentro, me encuentro bien.

La sangre que había bajo el film transparente aún estaba algo húmeda, si bien su piel había absorbido la gran mayoría con una tremenda efectividad. Había dejado de estar flácida, y Angélica observaba, frente al gran espejo de mi dormitorio, su cuerpo escarlata con admiración.

—Jamás pensé que podría llegar a recuperarme. Creí que moriría. Quise morir al verme de ese modo en el espejo del salón.

—Tú no puedes morir, Angélica, ¿qué íbamos a hacer sin ti? —respondí acariciando su bonita cara y bloqueando mi mente por temor a que ella pudiese captar mis sensaciones tras haber bebido de mí. Temiendo que descubriera lo mucho que me odiaba a mí misma por haber provocado esa situación.

La ayudé a levantarse y juntas nos dirigimos al cuarto de baño. Se metió en la ducha y al sentir el agua acariciando su cuerpo emitió un suave ronroneo de placer. Yo estaba en camión, pero me metí con ella para ayudarla a enjabonarse el pelo y a eliminar por completo los rastros de sangre de su piel. Aun así, cuando terminamos su piel tenía un tono rojizo que parecía no querer desaparecer.

—Debe de ser que se aferra con fuerza a eso que le ha devuelto la vida —dije impresionada.

Pese a haber recuperado su juventud, su aspecto no era exactamente el que había tenido antes. Daba la sensación como de haber envejecido un par de años, o quizá algunos más. Pero era casi inapreciable, sobre todo teniendo en mi mente tan grabada la imagen de aquella anciana tendida en mi sofá.

Mientras estábamos en la ducha, Axel se había encargado de despejar la cama de los restos del film transparente, y para cuando regresamos estaba todo organizado, como si allí no hubiese ocurrido nada. Incluso la suave brisa que entraba por el ventanal abierto había despojado a la habitación, casi por completo, de aquel olor tan característico que para mí no significaba otra cosa más que curación.

Hice que Angélica se sentara sobre la cama, aún desnuda, y comencé a cepillar su largo cabello para eliminar los posibles enredos. Yo todavía estaba empapada por el agua de la ducha y la colcha de la cama pronto sufrió las consecuencias. Me parecía que mi amiga había recuperado toda su fuerza; sin embargo, su cuerpo estaba laxo. No acababa de recomponerse del todo. Cuando terminé de desenredar su cabello asió mi mano con fuerza.

—Gracias —dijo entre sollozos.

Entonces se volvió y se aferró a mí en un abrazo eterno. Lloraba sin consuelo, pero no traté de acallar su llanto. Las lágrimas expulsarían al espectro del miedo de su interior y así volvería a ser ella. Mi amiga Angélica regresaría. Finalmente, el llanto la dejó sin fuerzas; se durmió acurrucada en mi regazo. No quise dejarla sola, así que le pedí mentalmente a Axel que trajera una manta y algo para terminar de secarme. Me despojé del camisón y descansamos juntas la noche entera.

—Espero que no te hayas aprovechado de mí —dijo Angélica esta mañana entre risas para despertarme.

Me dio un fuerte abrazo y me dedicó la mejor de sus sonrisas. Lo cierto es que la cama estaba tan revuelta que parecía que habíamos pasado una larga noche de pasión juntas. Nos miramos un segundo. Ella con la melena rubia alborotada y desnuda por completo; yo con mi largo cabello negro enmarañado y unas braguitas como única prenda de ropa. Comenzamos a reír, y si no llega a ser porque Peter y Axel nos interrumpieron, desde el otro lado de la puerta entreabierta, no habríamos parado jamás. La otra noche tuvieron que reventar el marco para poder entrar a por mí.

—Un rico desayuno las espera, señoritas, y Carmen asegura que si tardáis mucho más va a empezar sin vosotras —dijo Axel en voz alta.

—¡Levantaos ya, joder, que este tío es muy aburrido! —gritó Peter con fingida desesperación.

—¡Ahora mismo salimos! —contestó Angélica.

Me descubrí mirándola con tristeza. No podía evitar de ningún modo sentirme culpable por lo que le había ocurrido.

—Perdóname, Angélica. Perdóname, por favor —le rogué sintiendo el escozor de ojos que precede al llanto.

—¿Y por qué tengo que perdonarte, tonta? —respondió sin alterar su enorme sonrisa. Aunque mi mente seguía bloqueada, supo perfectamente a qué me refería—. Soportaría mil veces la misma tortura con tal de saber que estás bien.

—Pero ¿por qué dices eso? No entiendo por qué eres así conmigo —dije entre sollozos.

—Valen, me has enseñado lo que es la vida de verdad, me has dado la oportunidad de saber qué se siente cuando se quiere tanto a alguien que darías tu propia vida por salvaguardar la de esa persona. —Hizo una leve pausa, como buscando las palabras adecuadas—. Yo no sé lo que eres, Valen, aún no he podido llegar a comprender qué efecto tienes sobre nosotros. Lo único que sé es que mi vida gira en torno a ti desde el mismo momento en que te vi. Necesito protegerte, necesito serte útil. Lo demás no importa.

No pude evitar abrazarla de nuevo, sentir su calidez en mi pecho. Pese a que no lograba entender por qué la atraía de ese modo, sabía que sentía hacia mí una tremenda amistad. Pero muy por encima de esa amistad, Angélica me demostraba, y me demuestra, lealtad.

—Por cierto, Valen, tengo que decirte algo importante. —Parecía que no encontraba las palabras adecuadas.

—Dime. Sea lo que sea, dímelo.

—El tío que me ha hecho esto... —Se detuvo, dudaba si contármelo o no; por si acaso, bloqueé aquellas palabras de cara a Axel—. Era una copia exacta de Axel. Y pretendía saberlo todo sobre ti.

Me tembló todo el cuerpo; realmente estaba aquí, controlándonos. Controlándome. Llegué a la conclusión de que lo que Angélica acababa de contarme quedaría oculto en una pequeña parcela de mi mente. Axel no debía saberlo jamás.

Saqué de mi armario un par de camisones de manga larga y salimos a toda prisa a desayunar. Mientras Axel me abrazaba y me decía mentalmente

lo mucho que me había extrañado durante la noche, Peter y Carmen miraban a Angélica sin poder creerse lo que veían. Axel no se sorprendió porque le había mostrado mentalmente su rostro nada más salir de la ducha.

—Estás preciosa, pequeña —dijo Carmen con cariño.

—Ya creí que mi rubita chupasangre no iba a volver al Dhampir —añadió Peter, acompañando sus palabras con un abrazo que nos dejó a Axel y a mí secos.

Nos sentamos a la mesa evitando hacer comentarios sobre la otra noche.

—¡Vaya! Casi se me olvida. Esta tarde, a eso de las cuatro, se pasarán por aquí Marisa y Blanca —dijo Carmen, metiéndose en la boca el último trozo de tostada que le quedaba.

Tras sus palabras me quedé embelesada recordando algunas cosas del pasado. Carmen apareció en casa hace unos seis meses en respuesta a nuestra llamada para alimentarnos. Llegó andando con dificultad a causa de la tremenda paliza que su chulo le había propinado la semana anterior. Me negué a beber de ella, ya que en ese momento necesitaba aquel líquido vital con mucha más urgencia que yo, tenía que recuperarse de sus lesiones. Sin embargo, para ella era mayor la necesidad de subsistir económicamente puesto que llevaba una semana sin hacer la calle, de modo que nos rogó con desesperación que no la rechazáramos.

Finalmente, no consentimos ninguno de los dos en beber de aquella pobre mujer, a la que los años ya le pesaban para desempeñar el trabajo que, con todo el dolor de su corazón, tenía que hacer para mantener a sus pequeños. Axel y yo, que ya teníamos conversaciones mentales fluidas por entonces, acordamos hacerle una oferta. Nosotros llevábamos mucho tiempo encargándonos de las labores del hogar, porque Margarita, mi asistente, no volvió a aparecer desde que enfermó, no quiso decirme de qué. Cuando le preguntamos a Carmen si consideraría la posibilidad de acudir a casa a limpiar tres veces por semana y a alimentarnos cuando la necesitáramos, dos inmensos lagrimones cayeron por sus mejillas. Le prometimos que íbamos a pagarle muy bien y que le daríamos de alta en la Seguridad Social, cosa de la que, evidentemente, no disfrutaba en la calle. De ese modo, Carmen se convirtió en nuestra mujer de confianza en la casa, una mujer que, yo lo sabía muy bien, guardaría nuestro secreto para siempre.

En realidad, Carmen se ha convertido en alguien muy importante en mi vida. Muchas veces pienso que es la madre que nunca tuve cerca de mí. Me trata con cariño e incluso me regaña cuando cree que me merezco una reprimenda. Todos los días que viene a casa desayunamos juntos los tres. Al principio lo hacía para ayudarme a terminar de superar esa primera fase difícil. Luego se convirtió en una agradable costumbre.

Además, Carmen es la única persona que sabe que Axel y yo estamos conectados de esa forma. Se enteró de un modo muy curioso, la verdad, y desde entonces tenemos mucho más cuidado de cara al resto de la gente, hasta que, la otra noche, me delaté frente a Alexander. Todo ocurrió cuando, estando en la cocina preparando el almuerzo, a Carmen se le cayó un cuchillo muy afilado que iba a colocar en su sitio, con tan mala suerte que acabó clavándose en mi pie derecho descalzo. Pese a que nuestras heridas sanan a una velocidad de vértigo, el dolor que sentimos no es menor que el que siente una persona normal y yo, literalmente, vi las estrellas. Aquel pesado y afilado cuchillo se me había clavado atravesando mi pie desde el empeine hasta la planta. Comencé a llorar por el dolor y Carmen no sabía qué hacer. Me agaché e hice un tremendo esfuerzo hasta decidir el momento adecuado para extraer el cuchillo. Finalmente, lo saqué desgarrándome por el dolor y sangrando profusamente. En ese momento entró Axel, que había salido a comprar, gritando mi nombre desde la puerta y preguntando, mucho antes de verlo con sus propios ojos, cómo era posible que me hubiese clavado un cuchillo en el pie. Carmen se quedó perpleja mientras veía cómo Axel, con una cara de preocupación tremenda, me tomaba en brazos y me llevaba a la cama, donde con una toalla apretó la herida hasta que la fugaz actuación de mis plaquetas hizo que dejara de sangrar. Rápidamente le comuniqué mentalmente que había sido un accidente y que acudiera a consolar a Carmen, que se había quedado en el salón llorando y sintiéndose muy culpable. Él acudió inmediatamente y la abrazó, le dijo que no se preocupara, que en un día, tal vez en dos, podría volver a andar, y que no me quedaría secuela alguna. Al día siguiente, Carmen me visitó, pese a que no le tocaba trabajar. Se quedó conmigo todo el día, y no salía de su asombro cuando le mostré el pie en el que la herida casi había cicatrizado. Fue entonces cuando me lo preguntó: «Vosotros dos, ¿os comunicáis con la mente?». Sabía que a

ella no tenía por qué mentirle, le dije que sí, y entonces, sin que yo lo esperara, se hizo un corte en la muñeca y me alimentó.

Un beso de Axel en la coronilla me sacó de esos recuerdos que atesoro en torno a Carmen.

Lo cierto es que, tras las angustiosas horas de los días de anteayer y ayer, hoy lo he pasado bastante bien.

Tras el desayuno recogimos entre todos la casa. Decidí que Carmen se merecía algo de descanso después de las horas extra del fin de semana. En un rato, cualquier rastro del caos desapareció. Lo más difícil fue eliminar las gotitas de sangre de la alfombra del salón que resbalaron de mi muñeca, cuando trataba de convencer a Angélica de que se alimentara de mí.

Para el almuerzo preparamos un auténtico festín. Axel y yo nos encargamos de hacer la compra, acorde con las necesidades y las preferencias de cada uno de los comensales. Todo estuvo riquísimo, o quizá me pareció tan bueno por la necesidad que tenía de alimentarme. No lo sé, pero lo cierto es que todo me sabía a gloria.

Poco después llegó el postre; de manos de Marisa y Blanca.

Mientras nos alimentábamos, Axel y yo hemos estado comunicándonos sobre lo de Alexander. Ninguno de los dos sospechamos nada acerca de lo que ha podido estar ocultándose durante tantos años. Y lo peor de todo es que desconocemos si algún día llegaremos a saberlo.

Aunque quizá muy pronto lo descubra. Llaman a la puerta y siento la mente de Alexander esperando impacientemente al otro lado.

# 13

A mi mayor tesoro:

Son tantas las cosas que me gustaría contarte, Valentina, tantas las que querría enseñarte... Pero si ahora estoy escribiendo estas palabras significa que mi vida no ha salido todo lo bien que habría querido.

Te dedico los últimos minutos de vida, para explicarte por qué me he entregado a ti estos últimos años. Eres mi hija, mi pequeña, lo que más quiero en este mundo, pero, a la vez, eres mi mayor logro, aquello por lo que huí de mi patria y lo que ha hecho que vuelva a nacer la esperanza en esta tierra yerma que es mi alma.

Tú, Valentina, eres especial, la más especial de entre todos los humanos comunes y también de entre todos los de nuestro linaje. Tú, pequeña mía, traerás la humanidad a nuestras almas, ayudarás a que nuestras vidas dejen de ser tan solitarias.

Fueron muchos los años que estuve investigando en el laboratorio el origen de nuestro linaje. Necesitaba saber por qué somos como somos y, con suerte, encontrar una cura que devolviera a las siguientes generaciones a la normalidad. Pero lo que encontré no hizo más que ahogar todos mis esfuerzos en un océano de impotencia. Somos lo que somos, y eso no se puede cambiar.

Cuando me hallaba sumido en la más profunda de las miserias, cuando estaba decidido a claudicar, apareció la luz en mi vida en forma de mujer. Tu madre, mi diosa, me deslumbró y me cegó para siempre desde el primer momento en que la vi. Es... Era tan hermosa, Valentina, era tan atractiva... Tan atrayente.

Pese a los cuatro siglos de nuestra historia que rezan acerca de la imposibilidad para caer presos del amor y de otros sentimientos semejantes, yo puedo afirmar que quise, que quiero a tu madre, con todo mi corazón. Y más aún sentí que la amaba cuando al contarle nuestro secreto, al confesarle que estaba enamorada de un monstruo, ella permaneció a mi lado sin dudar.

Fue ella quien hizo que esa desesperación tornara en esperanza, una esperanza que se



concentraba en nuestra futura descendencia y que haría que dejáramos de ser monstruos, para poder volver a ser llamados personas. Porque alguien que es capaz de amar, alguien que es capaz de ofrecer amistad, cariño, alguien así no puede ser un monstruo.

Encontré, tras muchas horas de investigación acompañado de tu madre, qué es eso que hacía que ella me atrajera tan intensamente. Al final lo encontré. Es una feromona poco común entre los humanos y cuyo efecto es desconocido para ellos, pero que en nosotros tiene una potencia aún por descubrir. Juntos, tu madre y yo, decidimos buscar la forma de darte el mejor regalo que jamás podríamos haberte hecho: de forma ilegal, puesto que las investigaciones con células madre aún son algo acerca de lo que no se puede hablar en voz alta, potenciamos en ti esa cualidad que tanto me atrajo de tu madre y que te convertirá, o eso esperamos, en un ser querido y protegido hasta el fin de tus días. Desconocemos si tú serás capaz de experimentar lo mismo que otros experimentarán hacia ti, pero nos basta con el hecho de que nuestra pequeña viva segura en nuestra ausencia.

Te adora, tu padre,

ABA BOLDIZSAR VARGA

*30 de abril de 2010*

He releído la carta una y otra vez a lo largo de estos días, intentando expresar todo el jugo que encierran sus palabras. Como tratando de recuperar imágenes o recuerdos de aquellos que un día fueron mis padres. Pero no he encontrado nada. No logro recordar ni una sola escena de mi infancia junto a ellos, es como si todos mis recuerdos se hubieran quemado aquella noche con la casa.



Cuando acudí a abrir la puerta, hace ya algunos días de eso, me encontré con un anciano que superaba los ochenta años y que respiraba con gran dificultad. Tan solo la profundidad de sus ojos revelaba que aquel hombre era Alexander. El precioso rostro anguloso con ojos color miel, nariz griega y labios rectos se había transformado en una cara vieja y arrugada, con

múltiples manchas solares que en tan solo dos días se habían tomado la revancha de cerca de doscientos cuarenta años sin poder aparecer. El elegante porte de aquel caballero había desaparecido por completo. La pérdida del cartílago articular que transcurre a lo largo de toda una vida humana se había cebado con él en escasas horas, haciendo que su altura se viera tremendamente disminuida y su postura se hubiera curvado hacia delante. Era muy poca la vida que quedaba en aquel saco de huesos y pellejo que había plantado frente a mí. Pero yo no estaba dispuesta a que se llevara mi secreto a la tumba. No, tras esa oportunidad que él mismo, con su visita, me acababa de brindar.

Sin decir nada lo invité a pasar al salón, donde Axel, Peter, Angélica y Carmen esperaban con paciencia. Peter y Carmen no podían creer que aquel fuese el mismo hombre de hacía tan solo dos noches. Angélica, por supuesto, había sufrido en sus carnes la ausencia de sangre, lo que no hizo que dejara de impresionarle. Axel rápidamente acudió a buscar un asiento cómodo para aquel anciano, que cuando estuvo ubicado y sin decir nada me entregó la carta.

Se trataba de un papel arrugado y castigado por el transcurso de los años. Tenía manchas aquí y allá que identifiqué como restos de sangre seca. Le abrí mi mente a Axel y juntos leímos el manuscrito. Me tomé mi tiempo. Acaricié con la mirada cada palabra que mi padre me dedicaba. En ese momento, por primera vez, me sentí querida por él. Era tan nulo el recuerdo que tenía de ambos que miles de veces, cuando estaba en la casa de acogida, dudé si realmente existieron.

Cuando hube terminado mi lectura, alcé la vista y miré con gravedad a Alexander.

—¿Por qué me has ocultado esto durante tantos años? ¿Qué hay de verdad en los motivos que le diste a Axel para que me encontrara? Supongo que los casos de niños de nuestro linaje huérfanos no deben de ser escasos, y sin embargo no contáis con ninguna ONG de recogida para aquellos que despiertan a la sed. ¿O me equivoco?

—No, no te equivocas. Necesitaba encontrarte simplemente para volver a deleitarme con tu presencia.

—¿Llegaste a conocer a mi padre? ¿O solo te limitaste a observarlo? —le

pregunté sintiendo en mi interior una mezcla de enfado e interés. Hice caso omiso a su primera respuesta.

—No pude limitarme a observarlo. —Lo dijo con tanta ternura, con tanto anhelo—. No cuando deseaba fervientemente lo que él poseía.

—¿Y qué era lo que poseía?

—A tu madre. Y a ti. —Sus palabras sonaron a confesión—. No me malinterpretes, jamás pretendí robarle a Aba Boldizar lo que tenía, pero día tras día, durante dos años, deseé fervientemente ocupar el lugar de tu padre.

»No comprendía por qué tu madre y tú despertabais en mí esa necesidad de protegeros incluso con mi propia vida. Anhelaba tanto estar cerca de vosotras, formar parte de vuestras vidas, que un día, cuando tu padre y tú paseabais por el parque, no pude reprimir las ganas de acercarme a ti. Él estaba sentado en un banco, contemplándote a lo lejos mientras jugabas en el tobogán. Avancé con determinación; necesitaba ver de cerca el objeto de mi perdición, eso que me estaba volviendo loco. Una preciosa niña de cuatro años con un vaporoso vestido rojo y un cabello negro como el tizón se quedó observándome con sus hermosos ojos oscuros.

»Como más cerca estaba de ti, mayor era mi necesidad de quedarme para siempre a tu lado. Odié por un instante a Aba Boldizar por poseeros a las dos. Tu padre, alertado por mi presencia, se acercó en nuestra dirección. Al principio sentí el impulso de patearlo y llevarte conmigo, pero mi curiosidad era, si cabía, aún mayor que mi necesidad de tenerte. Necesitaba saber qué te hacía tan diferente del resto.

»Entonces, me presenté a tu padre y le hablé sobre mis sentimientos con toda la sinceridad que albergaba mi corazón. Él aún no había despertado a la sed y no era capaz de distinguirme como uno de los suyos, pero cuando me identifiqué como Alexander Lébedev no fue capaz de salir de su asombro, al ver que uno de los nueve ancianos había acudido personalmente a observarlo. Quise saber por qué tu madre ejercía esa atracción sobre nosotros y por qué actuabas como un auténtico imán. Fue entonces cuando me habló de sus investigaciones, de esa extraña sustancia que había descubierto en tu madre y que, mediante ingeniería genética, había logrado potenciar en ti. No conozco prácticamente nada acerca de las investigaciones con células madre y mucho menos qué fue lo que hizo tu padre para hacerte como eres. Pero lo que sí sé

es que, por aquella época, los avances en ese campo eran escasos y tu padre, con la ayuda de tu madre, consiguió algo impensable para un hombre tan joven como él. Con su muerte la ciencia perdió, sin saberlo, ya que todas las investigaciones de Aba Boldizar fueron secretas, un gran pilar que jamás podrá reponer.

Aquel anciano que estaba sentado frente a mí envejecía palpablemente a cada minuto que pasaba. Era tremendo el esfuerzo que estaba realizando para devolverme esa parte de mi vida que él me había robado al negarse a compartirla conmigo. Pero por eso, por haber esperado tanto, por haberme negado mi verdad, me sentía con todo el derecho del mundo a reclamar el resto de aquello que era mío.

—¿Cómo murieron? —pregunté directamente; sabía que hasta en eso me había mentado.

—Tu padre acudió a mí unos meses más tarde. Me confesó que la sed había comenzado a despertar en él y me hizo prometer que si se descontrolaba lo mataría y cuidaría de vosotras. —Hizo una larga pausa. Rememoraba aquellos acontecimientos con solemnidad; sus ojos brillaron a causa de las incipientes lágrimas—. Pero no llegué a tiempo, no pude evitar el desastre. Confieso que fueron miles las veces que, tras la promesa que hice a tu padre, deseé que la sed lo dominara para así poder quedarme con vosotras.

»Aquella noche tuve que acudir a alimentarme. Os necesitaba tanto a las dos que siempre esperaba hasta retorcerme por dentro antes de ir en busca de mi sustento.

Hizo otra larga pausa. Su mirada se perdió en algún lugar del vacío del que parecía que no iba a regresar jamás. Pero entonces me miró a los ojos y se enfrentó a mí con la cruda realidad.

—Cuando regresé a mi puesto de vigilancia, me di cuenta de que algo no iba bien. Eran las dos de la madrugada y la luz de la cocina estaba encendida. Corrí a ver qué pasaba. Desde la ventana trasera pude observar a tu padre descontrolado en la cocina, y con todo el cuerpo manchado de sangre. Me dirigí a la puerta principal y aporreé con todas mis fuerzas la madera. Él abrió enseguida. Su mirada estaba vacía; su cara, desfigurada a causa de la locura. El dulce olor de tu madre impregnaba la ropa ensangrentada de aquel hombre

sin alma. Subí la escalera hasta el segundo piso y lo que encontré fue horroroso. Un reguero de sangre unía el dormitorio de tus padres con el cuarto de baño del pasillo. Primero me asomé al dormitorio: las sábanas blancas contrastaban horriblemente con el rojo de la sangre; había salpicaduras por toda la habitación. A continuación, seguí el rastro. Un cuchillo afilado y manchado de sangre reposaba en el lavabo. Tu madre yacía desangrada dentro de la bañera y en una postura antinatural. Un corte limpio recorría su cuello de oreja a oreja, la tráquea estaba seccionada hasta la mitad.

»Acudí a tu dormitorio. Estabas de rodillas sobre la cama y con los oídos tapados, protegiéndote de unos gritos que hacía rato habían cesado. No llorabas, simplemente mirabas angustiada en dirección a la puerta de tu habitación, con temor a que esos gritos la atravesaran.

»Te tomé en brazos y te saqué de la casa envuelta en una manta. Rápidamente regresé al interior decidido a acabar con la vida de tu padre. No pretendía cumplir mi promesa, tan solo podía pensar en vengar la muerte de tu madre. ABA Boldizar fue un iluso al creer que podía engañar a su propia naturaleza, y por tan tremenda negligencia me había robado a tu madre. Entré en la cocina, donde él aún daba vueltas sin cesar. Lo agarré por el cuello y comencé a golpearlo liberando pequeñas cantidades de mi ira en cada puñetazo. Cuando estuvo inconsciente, lo levanté y me lo llevé al piso de arriba, a su habitación. Lo arrojé a la cama y acudí al cuarto de baño para sacar a tu madre de la bañera. La puse con delicadeza a su lado y esperé a que él despertara y estuviese bien despejado. Lo agarré por los pelos y lo obligué a mirar a tu madre durante largo rato, hasta que consideré que era bien consciente de lo que había hecho. Me rogó que le dejara escribir una carta para ti; yo no me negué, le di todo el tiempo que necesitó. Cuando hubo acabado, e imploraba por su perdón, agarré con fuerza el mismo cuchillo que él había usado anteriormente y le atravesé el corazón sin piedad. Pero no me sentí mejor por haberlo hecho, nadie me devolvería a la dulce Helena.

»Recordé que aún te tenía a ti. Busqué todos los documentos que versaban sobre las investigaciones de ABA Boldizar y esparcí los papeles sobre ambos cadáveres. Localicé múltiples botellas de etanol en el sótano y los regué con el líquido inflamable. A continuación, les prendí fuego y acudí en tu busca.

»Te tenía en brazos, considerándote toda mía, cuando viste que la casa ardía en llamas. Te resististe de tal manera a abandonar el lugar sin ellos que tuve que dejarte en el suelo. Cuando echaste a correr gritando el nombre de tus padres, tropezaste y caíste. Te rozaste la rodilla y comenzaste a sangrar. El dulce olor de tu sangre me embriagó. Fue en ese momento cuando recordé el olor de tu madre. Pensé que no era digno de poseerte ni de protegerte, puesto que había fracasado estrepitosamente al intentarlo la primera vez. No iba a ser capaz de adoptarte como mi propia hija sabiendo que yo mismo era el causante de la muerte de tus padres.

»Así que te dejé, tuve que hacer un gran esfuerzo, pero te dejé. Vi que una vecina acudía a la calle alertada por el humo y las llamas y permití que te llevara. Al resguardo de la oscuridad, observé cómo te alejabas en brazos de aquella mujer y tuve que reprimir mis ganas de abrazarte. Pero no pude desvincularme de ti por completo. Pagué grandes sumas de dinero a investigadores privados para que te siguieran y me mantuvieran informado sobre tu bienestar. Lamentablemente, a los cuatro años de aquella trágica noche, te perdí la pista. No pude encontrarte por ninguna parte. Desconozco qué ocurrió.

»Traté de olvidarme de ti, pero entonces, hace dieciséis años, tuve la mala suerte de darme cuenta de que era el dos de enero. Recordé que aquel era el día de tu cumpleaños, justo cuando apareció Axel y nos pidió a los ancianos que localizáramos al asesino de su padre, a su propio hermano. Yo me comprometí personalmente a tenerlo controlado y a intentar apresararlo siempre y cuando él te encontrara a ti. Necesité para ello quince largos años en el transcurso de los cuales temí continuamente que la muerte pudiera alcanzarme antes de volver a verte. Pero no fue así, reapareciste en mi vida para volverme loco de nuevo. No podía contarte la verdad sobre ti porque mi cobardía, el miedo a que me odiaras, me atenazaba por dentro. Hasta que no he podido ocultártelo más. Mi amor por ti ha llegado a ser tan grande que el hecho de que me odies se ha convertido en algo insignificante.

—Yo nunca podría odiarte, Alexander. Nunca podría culparte —le dije, ahogando con una profunda inhalación el nudo de mi garganta.

Me levanté y lo abracé con fuerza. En ese momento comprendí por qué no recordaba nada de mi infancia con mis padres.

—Aquella noche, en la que me salvaste de la sed de mi propio padre, reprimí el dolor enterrando todos mis recuerdos para siempre. Pero no me importa, Alexander. Ahora tengo todo lo que quiero. Y lo tengo gracias a ti, gracias a que aquella noche estabas allí. Gracias a que por tu necesidad de encontrarme me enviaste a Axel. Te has comportado como un verdadero padre conmigo. Me dejaste ir cuando lo consideraste oportuno. Y ahora que agotas tu vida has decidido acudir en mi ayuda, para avisarme del peligro que corro. Hasta me has alimentado, cuando tú muy bien sabías que con ello te restabas gran parte de la escasa vida que te queda. Por eso no puedo odiarte, Alexander, porque no hay ningún motivo para ello.

El anciano rompió a llorar, pero aquel no era un llanto lastimero, sino de alegría. Su rostro reflejaba que se sentía liberado, que se había quitado un tremendo peso de encima.

Tras su confesión, aquel pobre viejo no podía realizar ningún movimiento sin ayuda. Me suplicó que le permitiera permanecer allí sentado, observándome, hasta que su último aliento se lo llevara. Y así lo hice.

Nos dejaron solos en el salón. Alexander sentado en el sillón y yo frente a él, en el sofá. No nos dijimos nada, no lo necesitábamos. Me observaba con dulzura y con cierto brillo recuperado en los ojos. Su último suspiro estuvo dedicado a mí: «Valentina», susurró. Y cerró para siempre los ojos.

No pensé que iba a dolerme tanto la pérdida de Alexander, pero así fue. Estuve llorando hasta que mis lágrimas se secaron. Axel respetó mi deseo de permanecer a solas con aquel cuerpo sin vida durante un rato. Cuando le comuniqué que estaba preparada entró en el salón y me entregó una carpeta que Alexander había dejado en el mueble de la entrada con mi nombre escrito en letras doradas. Era su testamento. Lo había arreglado todo para que, frente a la ley, él fuese considerado mi tío abuelo. Todos sus bienes, que no eran pocos, los puso a mi nombre.

A la mañana siguiente informamos de su muerte. Desconozco si era creyente; jamás me lo dijo. De modo que decidí que lo mejor sería incinerar el cuerpo y liberarlo en algún lugar hermoso. No se me ocurrió mejor sitio que la plantación de tulipanes negros de Axel.

Angélica y yo acabamos de regresar de Holanda. Axel ha tenido que quedarse. Ha habido algún problema con las exportaciones de estas dos

últimas semanas y se ha visto obligado a ocuparse personalmente de ello. Ha tratado por todos los medios de que me quede con él, no soporta la idea de que regrese a casa sola. Pero le he insistido mucho en que no voy a estar sola. Estaré con Angélica día y noche, y hasta Peter se ha ofrecido para quedarse en casa con nosotras, lo que significa que habrá un auténtico arsenal de armas escondido por toda la vivienda.

Lo cierto es que necesitaba volver para plasmar mis últimos momentos con Alexander en estas hojas. Ahora que ya lo he hecho puedo irme a la cama en paz. Necesito soñar para poder dormir junto a Axel y sentirlo muy cerca de mí.



# 14

*2 de mayo de 2010*

Ruud murió anoche frente a mis propias narices. Aunque no creo que Peter sienta una gran pena por la pérdida de su amigo, teniendo en cuenta que murió mientras intentaba asestarme un balazo en la sien.



Ayer desperté bastante temprano, me apetecía escuchar la voz de Axel a través de mis oídos, de modo que hablamos durante el desayuno con el manos libres del móvil. Pareció tranquilizarse bastante cuando le enumeré todas y cada una de las armas, entre ellas dos cuchillos de caza gigantes bajo nuestra cama, que había traído Peter a casa, quien aún dormía despatarrado en el sofá. Tras insistirme una y otra vez en que no nos alejáramos ninguna de las dos de Peter, tuvo que dejarme porque tenía que acudir a las oficinas de la plantación para poner un poco de orden. El resto del día casi no nos comunicamos; estuvo demasiado ocupado y no me divertía mucho oírlo discutir con unos y con otros acerca de los problemas con los envíos.

Angélica acababa de levantarse justo cuando colgué el teléfono, y juntas preparamos su desayuno y el de Peter. Viendo que ni siquiera el olor a café le hacía despertar de su letargo, ambas decidimos llevar el desayuno al salón junto con el botecito de la miel, tras el cual iba Vlad con auténtica desesperación. No son nada buenos los dulces para los hurones, pero al

pequeño Vlad le pirra la miel, y como casi nunca le doy el placer de degustarla, Angélica y yo habíamos decidido hacerle el favor de tomar una poquita, siempre y cuando no le importase hacerlo sobre nuestro amigo. No pareció tener ningún prejuicio acerca del recipiente en el que colocamos aquel saborcito tan dulce. Aguantando la risa, pusimos dos gotitas de miel en los pezones de Peter, que desaparecieron rápidamente gracias a la lengüita de Vlad. A continuación, un poco más de miel sobre sus labios, que Vlad lamió y relamió con las patitas delanteras apoyadas sobre la barbilla de su plato. Peter estaba tan dormido que las caricias de mi pequeño Vlad estaban empezando a emocionarlo bastante. Tuvimos que colocar un cojín sobre sus slips a la vez que nos tapábamos la boca para ahogar las risas. Pero a la siguiente vez que embadurnamos sus labios, Vlad, sumido en la ansiedad por apurarlo todo, le pegó un pequeño mordisquito que despertó sobresaltado a Peter. Cuando vio que un hurón le estaba, literalmente, comiendo los morros, pegó tal salto del sofá que hasta a Angélica y a mí nos asustó. Agarró a Angélica vociferando y entre risas la cogió en volandas para limpiarse los restos de babas de Vlad sobre su pijama, refregándola contra su boca igual que si fuese una gigantesca servilleta. Mi pobre mascota no acababa de entender el motivo de tanto revuelo, lo único en lo que fijaba sus ojitos era en el bote de la miel. Pero Peter no desistía. Zarandeaba a Angélica en calzoncillos por todo el salón, mientras ella me echaba la culpa a mí. La lanzó al sofá y comenzó a hacerme lo mismo para acabar lanzándome al mismo lugar. Se sentó sobre nosotras y desayunó tranquilamente, pegándonos alguna que otra colleja entre bocado y bocado de su tostada de jamón. Solo cuando terminó de beberse su café nos dejó escapar a la vez que decía:

—Así aprenderéis a no putearme por las mañanas, jovencitas.

Las dos corrimos al dormitorio, doloridas y muertas de risa. Ya se nos ocurriría una buena venganza. Ni mucho menos pensábamos claudicar.

Al cabo de unas cuantas horas sacamos las banderitas blancas, a modo de calcetines enganchados en pinzas del pelo. Cada vez que habíamos intentado hacerle cualquier trastada él nos la devolvía aún más gorda. El último intento, el que nos llevó a la rendición, consistió en lanzarle un paquete de harina por encima de la mampara de la ducha, a lo que él respondió saliendo detrás de nosotras en pelota picada, lleno de una masa de harina y agua de arriba abajo,

y cogiéndonos una por una para amarrarnos con unas medias a las sillas de la cocina. Ya no pudimos hacer nada más para defendernos, acabamos siendo un auténtico pegote de huevos, caramelo líquido, leche, harina y demás ingredientes de, según dijo él, «unas exquisitas tortitas». El muy cabrón se lamentaba de que no hubiera nata para acompañar. Después de lo que nos costó quitarnos la pringue de encima y limpiar el piso, que estaba todo hecho un asco, decidimos rendirnos sin contemplaciones. El muy canalla es demasiado fuerte para que tengamos alguna oportunidad contra él.

Lo cierto es que el día resultó ser de lo más divertido. Echaba mucho en falta a Axel a mi lado, pero también he de admitir que su ausencia me vino bien para recuperar algo de lo que Peter y yo habíamos tenido en el pasado. Tuve, por primera vez desde que Axel apareció en mi vida, la sensación de que Peter y yo volvíamos a ser realmente amigos y la certeza de que, después de Axel, era la segunda persona más importante de mi vida.

Pasamos todo el día juntos y pude apreciar la buena relación que se había establecido entre Angélica y Peter. El verlos así me ha hecho pensar en que quizá no sea cierto lo de que los de nuestro linaje no seamos capaces de sentir amor o cualquier otro tipo de afecto hacia los que nos rodean. Cada vez estoy más segura de que esa afirmación es falsa, una consecuencia obligada del inicio de nuestros tiempos, en que, por subsistir, los nuestros sacrificaron eso que nos hace humanos, anteponiéndolo a la necesidad de vivir. En un principio serían conscientes de que se negaban a ellos mismos la felicidad, pero con el paso de varios centenares de años esa carencia obligada llegó a ser considerada una auténtica realidad, algo en lo que no pensaban jamás por la certeza que tenían de que los de nuestro linaje no podían amar.

Pero pueden, yo puedo asegurar que es cierto, pues el que los de nuestro linaje se sientan atraídos hacia mí, por esa cualidad genética que mi padre y mi madre me dieron, no explica el hecho de que Axel esté perdidamente enamorado de mí, no era eso lo que yo debería haberle hecho sentir, él debería haberme tratado como los demás. Y, por supuesto, lo que no explica de ningún modo es que tanto Axel como Angélica quieran del modo que quieren tanto a Carmen como a Peter, aunque se nieguen a reconocerlo, porque ni ellos mismos son capaces de creerlo.

Además, el mejor ejemplo está en mí. Todas las personas importantes en

mi vida carecen de ese atrayente que, al parecer, emana por mi piel. No tienen nada que explique que me sienta atraída hacia ellos y mucho menos que me haga entender por qué quiero tanto a Axel, por qué sé que no podría vivir sin él. La única explicación posible es que esa aberración genética, que hace casi medio milenio nos separó del resto de los miembros de nuestra especie, no fue capaz de borrar de nuestro interior los sentimientos puramente humanos.

—¿Os parece que vayamos a un vegetariano? —preguntó Angélica cuando salíamos por la puerta.

—Angélica —comenzó Peter con tono reverente—, me temo que no tengo la suficiente hambre para comer nada de lo que puedan ponerme en un vegetariano.

—¿Y qué le apetece comer al señor? —le pregunté yo, sabiendo la respuesta de antemano, y riéndome al ver que Angélica le sacaba la lengua burlonamente.

—No pienso tomar nada que no se moviera y mugiera antes de llegar al plato —contestó dirigiéndose a Angélica.

—Vale, eso quiere decir que quieres un chuletón de ternera —concluí.

—Sí, y bien grande por cierto.

Decidimos ir al único argentino en el que ponían suficientes platos de origen vegetal para que Angélica y yo quedáramos satisfechas. Peter y yo solíamos ir allí con frecuencia. Me pareció que había pasado muchísimo tiempo desde la última vez, y es que lo había pasado, desde mi cumpleaños del año anterior.

Pese a que estuve a gusto con ellos durante todo el día, lo cierto es que no podía dejar de sentirme observada. Tenía la certeza de que, incluso en el restaurante y en la tetería a la que fuimos, alguien nos estaba siguiendo. Pero por más que miraba a mi alrededor, por más que trataba de localizar a alguien oculto entre las sombras que nos observara, no logré ver nada. Nos encontramos con muchos de los nuestros que se acercaron a saludarme y a insistir en que cuando los necesitara para algo no tenía más que llamar por teléfono. Lo cierto es que jamás he tenido tantos números de móvil memorizados en la agenda. Incluso comienzo a sentir simpatía hacia muchos de ellos, sobre todo hacia Aoi, mi japonés de ciento un años, quien siempre

me saluda con una pequeña reverencia y me trata con tanta dulzura que es imposible quedar indiferente ante él. Lo veo casi más que a nadie. Siempre acude al Dhampir para charlar un rato conmigo, cada día su español es más fluido, aunque se muestra bastante distante con los demás. No sé cómo voy a hacerles creer que no tienen por qué vivir en soledad, que eso son tonterías del pasado. Supongo que con el tiempo acabarán por darse cuenta.

Estuvimos paseando toda la tarde por Granada, y para desgracia de Peter, Angélica y yo visitamos varias tiendas de ropa y zapatos. Cuando comenzaba a anochecer, tanto Angélica como yo nos quedamos perplejas al ver la gran cantidad de los nuestros que caminaba por las calles de Granada, y curiosamente todos ellos de alimentación pura, dado el intenso aroma que pululaba por el ambiente. En aquel momento tuve la certeza de que muchas de esas personas eran la causa de la creciente desaparición de gente que assolaba la ciudad y que se extendía a toda Andalucía.

—¡Es él! ¡Es él! —gritó Angélica, que de pronto se había quedado petrificada, incapaz de reaccionar.

—¿Quién, Angélica? ¿Quién? —preguntó Peter con urgencia, agarrándola por los brazos para hacerla regresar a la realidad.

Pero pese a que ella ya no dijo nada más y a que no había nadie a quien mirara, yo sabía muy bien a quién se refería. Había visto, entre la multitud, a Andy, la persona que la había privado de libertad y de alimento durante más de un mes, y que sin ella saber la razón la había vuelto a dejar en libertad, en el sofá de mi casa. Le di un abrazo para intentar reconfortarla y, en voz muy bajita, susurré en su oído: «No va a volver a hacerte daño nunca más, no lo permitiremos, ninguno de nosotros lo permitirá». Ella, con dificultad, me respondió con una preciosa sonrisa. Al cabo de un rato volvía a ser de nuevo Angélica, con esa felicidad que la caracteriza.

Cenamos en mi casa, y después Angélica y yo nos pusimos guapas para acudir al Dhampir, desde la apertura hasta el cierre, puesto que Peter dijo que si no lo acompañábamos no abriría aquella noche el pub; Paula libraba y él se negaba a dejarnos solas.

A eso de las diez y media, salimos a la calle y de nuevo me sentí observada, espiada. Pero intenté que la intranquilidad saliese de mi cabeza para que Axel no la notara. Nos comunicamos de camino al pub. Me contó lo

que había hecho a lo largo del día y yo le hable de la paliza que nos había pegado Peter por la mañana. Compartí con él todo lo que nos había ocurrido, excepto el pequeño momento de alarma de Angélica. Me aseguró que cuando él regresara nos ayudaría con nuestra venganza. Justo cuando llegamos al Dhampir me despedí de él, quería acostarse pronto para descansar y coger el primer avión de la mañana. Para no molestarlo más bloqueé mi mente con toda la fuerza de que fui capaz.

Al principio de la noche estuvimos bastante entretenidos, jugando al póquer sobre la barra y escuchando música. Un poco antes de las doce comenzó a entrar gente. El primero en llegar fue Aoi, con su maravillosa sonrisa. Me cuestioné por un momento si la belleza de los de nuestro linaje guardaría alguna relación con una estrategia natural para facilitarnos la caza y el alimento. Supongo que sí, porque aún no he conocido a ninguno de los nuestros que pueda decirse que sea feo. Aoi es especialmente atractivo. Es alto y esbelto, su cuerpo es muy fibroso, algo más delgado que Axel. Su rostro es realmente hermoso, casi felino diría yo, y el larguísimo cabello lacio siempre aparece recogido en una extensa trenza. Por lo que me ha dicho, domina gran cantidad de artes marciales y se ha ofrecido en varias ocasiones para ser mi instructor. Lo cierto es que me he pensado mucho si aceptar su oferta porque con Juanito, mi entrenador del gimnasio, últimamente me aburro bastante. Nuestro consumo de sangre hace que mi fuerza sea muy superior a la de una mujer de mi misma complejión, lo cual hace que tenga que controlarme demasiado.

—Buenas noches, señorita Valentina —me saludó Aoi, nada más llegar al pub.

—Buenas noches, señorito Aoi —contesté imitando la ceremoniosidad con que siempre me saluda.

—¿Veo que no te acompaña tu Axel?

—No, ha tenido que quedarse en Holanda solucionando unos problemas de trabajo —dije, lastimeramente.

—Y dime, si no es molestia, ¿es cierto que el anciano murió en tu casa? Son tantos los rumores que no sé qué creer.

—Pues sí, Alexander murió hace unos días a mi lado. Fue un honor para mí que decidiera compartir conmigo sus últimos instantes de vida.

Aoi permaneció largo rato pensativo. Es sabido que los ancianos se retiran a morir solos, nadie se hace cargo de los cadáveres, salvo cuando el olor a putrefacción alerta a alguien y avisa a las autoridades. Le resultaría difícil concebir cómo el gran Alexander había hecho un viaje tan largo para acabar muriendo a mi lado.

—Parece que has venido a este mundo para cambiar todas nuestras reglas, dulce Valentina —dijo al fin, y no pareció que tal afirmación le resultara del todo desagradable—. Puede que realmente seas capaz de ahogar nuestra soledad, como muchos desean.

—No sé cómo podría llegar a hacer eso, la verdad. Pero lo que sí puedo ofrecerte es mi amistad y la de los míos —le contesté mirando a Peter y Angélica—. Te puedo asegurar que nosotros no nos sentimos solos.

Asintió con una inclinación de la cabeza, y cuando Peter le hubo servido su whisky se dirigió a uno de los pequeños sofás del fondo del local, a disfrutar, como siempre, de sí mismo como única compañía.

Aquella noche el pub estuvo más lleno que nunca. Casi todos los presentes eran miembros de nuestro linaje, que pasaron uno a uno saludándome con respeto; aquello se había convertido en una costumbre. Ya no sé si reírme o llorar. Angélica dice que los entiende, que ella sintió lo mismo nada más verme.

Tampoco faltaron los amigos de Peter, entre ellos Ruud, quien me saludó con un guiño pero no se acercó a mí. Me resultó un tanto extraño puesto que él siempre acude a saludarme, pero, en cierto sentido, lo agradecí. Parece que mis visitas al Dhampir se han convertido en una especie de evento social en el que mis súbditos me rinden pleitesía. Y la verdad es que si no logro acostumbrarme pronto no sé qué voy a hacer, porque empiezo a pensar que no va a ser algo meramente temporal.

Llegó un momento en que estaba tan aturdida, tan agobiada, que le dije a Peter que necesitaba tomar el aire. Me dieron ganas de gritar, de correr, de dejar de ser yo misma y ser cualquier otra persona. Angélica quiso acompañarme, pero me negué, le pedí que me dejara salir sola, que solo saldría al callejón de al lado a tomar el aire, que estaba demasiado agobiada para estar acompañada. Por supuesto, mi mente seguía cerrada a cal y canto para Axel, no quería alertarlo ni turbar su sueño, pese a que la única persona

junto a la que necesitaba estar en ese momento era él.

Salí del Dhampir, sin coger siquiera el abrigo, necesitaba notar el frío en la piel. Cuando llevaba un rato sentada en el quicio de la puerta principal de entrada al piso de Peter, mirando simplemente al cielo y contemplando la luna, que renacía y brillaba con intensidad tras la noche de luna nueva recién acaecida, el ruido de unas pisadas me alertó y me hizo mirar en dirección a la entrada del callejón. Me alivié enormemente al ver a Ruud acercarse, pensé que traería algún mensaje de Peter, o que simplemente se había asomado a ver cómo me encontraba.

—Hola, Ruud, ¿qué haces por aquí?

—Dando un simple paseo, me ha parecido que has salido demasiado aprisa, ¿te ocurre algo?

—No, simplemente estaba un poco agobiada. Hay demasiada gente ahí dentro.

Ruud se acercaba a mi posición lentamente, con una sonrisa en los labios. Se limitaba a avanzar observándome con cautela. Me dio la sensación, por un instante, de que me acechaba. Pero eliminé ese pensamiento de mi mente enseguida.

—¿Dónde está tu novio?

—Está de viaje, vuelve mañana por la mañana. Trabajo, ya sabes.

—Sí, trabajo. Solo trabajo.

Y me di cuenta de que ahora no hablaba de Axel, sino de él. Pensé que estaba agobiado, que quizá estaba cansado.

—Trabajo, a todas horas, en cualquier sitio.

Siguió hablando de trabajo mientras se acercaba a mí. Su sonrisa ya no era afable, era rígida. Una mera careta frente a mí.

—¿Y ahora estás trabajando? —pregunté temiendo que la respuesta fuese que sí.

—Ajá, y mucho me temo que después de esto no podré volver por aquí. Peter no me perdonará jamás.

Comencé a levantarme lentamente, muy lentamente. El miedo atenazaba mi cuerpo. No estaba segura de qué hacer.

—¿Por qué haces esto, Ruud? —dije tratando de no sobresaltarme cuando puso su mano sobre mi boca, apretando mi cráneo contra la pared. No podía



perder los nervios, no quería asustar a Axel, él no debía enterarse de esto. Peter averiguaría quién lo había hecho y le daría caza. Pero Axel no debía ver mi muerte, no quería que la viera.

—Me pagan muy bien, Valen, demasiado bien para que te escapes. —La fuerza de su mano contra mi boca hacía que sintiese que mi cabeza estallaría por la presión.

Extrajo de la parte de atrás de su pantalón una pistola con silenciador. No pude evitar pensar en la cantidad de gente que habría muerto, como yo iba a hacerlo en breve, por un disparo mudo de aquella magnífica pistola. Lentamente y cantándome una nana como si con ella pudiese tranquilizar el miedo en mi interior posó el frío cañón sobre mi sien. Me besó en la frente y quitó el seguro del arma.

—Cierra los ojos, Valentina —me dijo con ternura.

Pero me negué a hacerlo, aún tenía dentro de mí el coraje suficiente para enfrentarme con los ojos abiertos a la muerte. Justo cuando pensé que accionaba el gatillo, su rostro hizo una mueca de dolor y un sonido gutural escapó por su garganta. Comenzó a resbalar sobre mí en dirección al suelo; la mueca de dolor permanecía marcando aquel rostro inerte. Había alguien detrás de él. No pude desviar la vista de Ruud y de ese puñal que tenía clavado en la nuca. Hasta que una mano asió el puñal, entonces recorrí con la mirada el trayecto de la mano que sujetaba el arma hasta estar situada frente a una cara, junto a unos labios por los que una lengua salió y apuró la sangre de la hoja con deleite.

—La sangre de un sicario es de las mejores, ¿quieres probar?

Fue en ese mismo instante en el que tomé conciencia de la realidad y pude comprobar quién estaba frente a mí. Su belleza era infinita, e infernal. Aquellos ojos grises bien podrían haber sido los del mismísimo diablo.

Pero a mí no me miraba con odio, sino con miedo. No podía creer que aquel monstruo al que conocía tan bien por medio de la mente de Axel y por el sufrimiento de Angélica estuviese dedicándome esa expresión en su rostro.

—¿Ha llegado a hacerte daño? ¿Te ha hecho algo? —Y se acercó a mí como intentando comprobarlo. Yo, instintivamente, evité el roce de sus dedos en mi mejilla.

—No, no —le contesté nerviosa, pero no por su presencia, sino por el

enorme esfuerzo que estaba haciendo para ocultarle a Axel que Andy estaba frente a mí—. Gracias por salvarme la vida —le dije mientras observaba cómo otros dos de los nuestros levantaban el cadáver y se lo llevaban.

—No tienes que darme las gracias, yo le pagué para que te matara.

Realmente, su cara mostraba arrepentimiento. Me confesaba con dolor que había intentado asesinarme, él, uno de los mayores asesinos de los de nuestro linaje. No daba crédito a la situación. Me parecía que de los miles de posibles encuentros que había imaginado con Andy, este era el más improbable de todos.

—Tuve que pagarle porque yo mismo no fui capaz de hacerlo. Del mismo modo que ninguno de los otros pudo, y somos bastantes, créeme —me dijo mirándome a los ojos con ternura—. ¿Qué tienes que te hace ser tan...?

Y se calló; su semblante mostraba auténtica incredulidad. Creo que, a su modo, él también había experimentado hacia mí lo que los demás me decían.

—Supongo que soy un poco diferente. —Intenté quitar fuerza a la expresión de su cara.

—No, no eres diferente, eres especial. Eres única.

Una lágrima resbaló por su mejilla, una lágrima que me hizo estremecer. ¿Cómo podía aquel ser demoníaco llorar? ¿Acaso no había tanta crueldad en su corazón que debía de haber extinguido cualquier ápice de bondad, de compasión? Su terrorífica belleza me atraía. ¿Qué sentimientos podía llegar a albergar un corazón tan oscuro como aquel? Yo sabía qué tipo de sentimientos, lo sabía muy bien. El hecho de que yo fuese una excepción para él no lo convertía en un ser mejor de lo que era. Simplemente era incapaz de hacerme daño a mí, y ello no excluía al resto de la humanidad.

—Pero no eres mía —dijo, como continuando su conversación al cabo de unos segundos—. No, no eres mía. Eres suya. —Y esas palabras salieron de su boca empujadas por un odio profundo y antiguo—. Pero podrías ser mía, si tú quisieras podrías serlo. Yo sería tuyo para siempre. Te cuidaría como nadie. Te amaría como jamás lo han hecho. —Y tendió su mano hacia mí, invitándome a acompañarlo.

Rehuí de nuevo su contacto, temía que me debilitara tanto el miedo que mi barrera se deshiciera y todo llegara a la mente de Axel.

—No puedo ir contigo, yo no pertenezco a nadie —dije en tono

conciliador, tratando de no enfurecerlo.

—Sin embargo no puedes vivir sin él, sois uña y carne, lo compartís todo. Pero yo puedo ser igual que él, puedo darte lo que quieras. Puedo compartirlo todo contigo.

—Gracias, pero yo ya tengo lo que necesito. Quizá tú algún día también lo encuentres, quizá pronto descubras que eres capaz de querer a otras personas.

—¡No! —gritó—. Yo ya te he encontrado a ti. Te quiero a ti. Y pronto tú te darás cuenta de que también me necesitas.

—Ya te he dicho que tengo lo que necesito, no quiero nada más.

—Pero ¿y si dejaras de tenerlo? ¿Y si te quedaras sola? Me necesitarías, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir con eso? —le contesté aterrorizada.

—Mañana, al anochecer, acudiré a visitarte a casa. Podremos hablar de nuestro futuro juntos. Te quiero, Valentina.

Y se fue. Mis rodillas temblaron tanto que no pudieron soportar el peso de mi propio cuerpo. Caí al suelo asustada en el mismo momento en que Peter se asomaba al callejón para ver si estaba allí.

—Valen, ¿estás bien, Valen?

Peter me preguntó muy preocupado, pero yo no le contesté, estaba demasiado ocupada tratando de hablar con Axel sin que él se diese cuenta de mi propio miedo.

*Axel, ¿estás ahí?*, le pregunté con suavidad.

*Sí, preciosa, ¿pasa algo?*, respondió nervioso, lo había sobresaltado.

*No, nada. Solo te echaba de menos. Sigue durmiendo. Te quiero, Axel.*

Las lágrimas corrían por mis mejillas a causa de la tensión.

*Mañana estaré allí contigo. Yo también te quiero.*

# 15

*2 de mayo de 2010.  
Al mediodía*

Se lo ha llevado, me lo ha quitado. Me ha arrebatado lo que más quiero en este mundo. Pero al menos sé que está vivo, que aún está bien. Y lo peor de todo es que ese hijo de la gran puta no tiene ni idea de lo que pienso hacerle en cuanto logre recuperar a Axel. Juro, sobre estas páginas, que yo misma le arrancaré el corazón y se lo daré al pequeño Vlad para que le sirva de festín.



Unos minutos después de acabar de escribir lo que me sucedió anoche, Axel volvió a hablarme en la mente.

*Hola, preciosa, acabo de aterrizar.*

*Genial. ¿Cuánto tardas en llegar a casa? ¿Quieres que vaya a recogerte? Puedo pedirle la moto a Peter.*

*No hace falta, ya he parado un taxi. Vaya, espera un momento.*

Entonces pude percibir cómo alguien le entregaba una nota y la leía junto a mí. Decía: «¿Cómo van tus tulipanes, hermanito?».

*¡No! ¡Axel! ¡Joder! ¡Vete de ahí!*

Pero no sirvió de nada, algo lo golpeó en la cabeza con fuerza. Pude sentir con nitidez el dolor puesto que su mente estaba totalmente abierta a mí. Hasta yo sentí un leve mareo y tuve que esforzarme para no desvanecerme.

Mi suplicio duró cerca de dos horas. Imágenes borrosas de cómo lo introducían en un coche. Imágenes de oscuridad, porque perdió la consciencia durante demasiado tiempo. Una imagen nítida del asiento delantero de un coche; no podía ver al conductor. El vehículo no se movió en todo ese tiempo. El conductor hablaba por el móvil con alguien; no pude entender nada de lo que decía. Axel estaba tan aturdido que no era capaz de hablar, y tuve que estar largo rato llamándolo para que regresara a la realidad. Cuando el coche echó a andar comenzó a mostrarme entonces todo lo que veía; su mente no me enviaba palabras, solo imágenes. Con ellas yo podría localizarlo. Iban por la autovía en dirección a Granada, cogieron el desvío a Santa Fe, siguieron avanzando y pasaron de largo el pueblo. En ese momento oí una voz desconocida. «Tápale la cabeza, imbécil». Y ahí terminó todo lo que fui capaz de ver.

*No te preocupes, Valen, me encuentro bien, me dijo al cabo del rato. Solo estoy algo dolorido; me va a salir un buen chichón,* continuó quitándole hierro al asunto.

*Axel, dónde estás, ¿eres capaz de ver algo que me indique cómo encontrarte?*

Sabía que no habían ido muy lejos. Tras ocultarme las visiones de Axel, el coche dejó de avanzar muy pronto. Calculé que se encontraban en algún lugar de la Vega de Granada. Cuando se bajaron del vehículo, anduvieron largo rato, pero el sonido de las pisadas de varios hombres me impedía oír algo de los alrededores.

*A lo lejos oigo agua, y estoy dentro de una especie de cabaña con el techo alto y hecha a base de viguetas. Es muy rudimentaria.*

Me mostró lo que veía, y para mí no hubo duda de que estaba en un viejo secadero de tabaco, probablemente cerca del río Dílar. Muchas de aquellas construcciones habían quedado abandonadas tras haber sido trasladada la tabacalera al norte. Si Peter se daba prisa podría encontrar el lugar con relativa facilidad.

*Espera un segundo, Axel, voy a hacer una llamada; después tengo que decirte algo importante.*

Entonces telefoneé a Peter, que había salido con Angélica tan solo un momento a comprar comida. Les pedí que no se entretuvieran, que necesitaba

hablar con ellos. Y tras colgar tuve que prepararme para abrirle mi mente a Axel completamente y explicarle por qué se encontraba en aquella situación.

*Axel, esto ha sido culpa mía, tenía que haberte avisado antes, dije aguantando el nudo que me oprimía la garganta.*

*¿Qué era lo que debiste haberme dicho?*

*No quise asustarte.*

*Valen, cuéntamelo todo.*

Y se lo conté todo, le envié todos los recuerdos que tenían algo que ver con Andy, desde aquella mañana en que Angélica me dijo que su raptor era igualito a Axel hasta lo ocurrido la noche anterior. Pude sentir cómo la ira se apoderaba de su interior. Y tras la ira, la impotencia. Y tras la impotencia, la tristeza; una profunda pena por no haber podido defenderme la noche anterior, por no estar nunca a mi lado cuando lo necesito.

*Pero no es cierto, Axel, tú siempre estás a mi lado. Siempre me acompañas, estés o no físicamente junto a mí.*

*Valentina, escúchame bien. Tienes que hacer lo que te pido. Tienes que pedirle a Peter que te lleve lejos de aquí. Yo no valgo tanto para que te pongas en peligro.*

*Pero ¿no ves que si estás en peligro es por mi culpa? ¿No te das cuenta de que si yo no existiera ese depravado no estaría ahora haciéndote daño?*

Y era cierto, no había nada más cierto que eso. Si yo no hubiese estado aquí jamás habrían desaparecido tantos de los nuestros por el afán de Andy de encontrarme, nunca habrían hecho daño a Angélica, puesto que ella seguiría con su vida lejos de aquí, y Axel sería feliz, no se vería jamás en una situación como esta. Todo iría mucho mejor si mis padres no me hubieran hecho un regalo tan caprichoso, si no hubieran osado jugar con el destino. Yo no iba a cambiar a los de nuestro linaje, iba a maldecirlos, a llevarlos a la perdición. Me parecía todo tan irónico... ¿Cómo una simple persona como yo era capaz de causar tanto daño simplemente por el mero hecho de existir? Existir. ¿Y si ya no existiera más? Puede que incluso Axel consiguiera vivir si yo dejara de existir. Andy ya no lo necesitaría, puesto que ya no envidiaría nada de él.

Fue dantesco el impulso que tuve en ese momento de coger un cuchillo y rebanarme todas y cada una de las zonas clave de mi cuerpo para correr la

misma suerte de mis padres, pero las palabras de Axel, que había oído mis sentimientos, consiguieron borrar mi tremenda sensación de derrota:

*¿Y tú crees que yo iba a ser capaz de vivir sin ti ahora que sé lo que es tenerte? ¿Crees que no acabaré con mi vida si tú concluyes la tuya? ¿Realmente ves alguna posibilidad de que el mundo siga estando ahí fuera para mí si tú no estás?*

Sabía cuáles eran las respuestas a todas aquellas preguntas, puesto que habrían sido los mismos interrogantes que yo le habría hecho a él de encontrarnos en la situación inversa. Nuestra necesidad mutua supera cualquier necesidad puramente sentimental. Es una necesidad vital. Estaremos unidos para siempre, en la vida o en la muerte. Los dos lo compartimos todo, tenemos la misma sangre, nuestro vínculo es indestructible. Y por eso mi respuesta a sus preguntas fue una clara determinación. En ese momento decidí hacer todo lo que fuera necesario por liberar a Axel y asesinar a Andy. Me costase lo que me costase. Y tenía algo a mi favor, tengo algo a mi favor. Algo que nadie, salvo Axel, Carmen y yo conoce: el vínculo de sangre.

*2 de mayo de 2010.  
Al anochecer*

Peter y Angélica acaban de irse. A mí ya solo me queda esperar a que ese cabrón llegue.



Poco antes de que mis amigos llamaran a la puerta crucé las últimas palabras con Axel. Le pedí que confiara en mí, que no pensaba irme sin él, y que tampoco iba a permitir que nadie le hiciera daño. Pese a su reticencia, conseguí convencerlo, conseguí que me dejara bloquear mi mente por completo, porque de lo contrario sufriría demasiado sabiendo que él presenciara todo lo que estaba dispuesta a hacer. Le envié un último «te

necesito» y me esforcé, como la noche anterior, para que Axel no recibiera ni el más mínimo detalle de lo que iba a ser mi vida en las siguientes horas, o días, no lo sé.

En cuanto Angélica y Peter atravesaron el umbral de la puerta, comencé a dar instrucciones muy precisas.

—Necesito vuestra ayuda, y sin preguntas —comencé a decir con aplomo. Los dos agravaron su semblante y escucharon con atención—. Angélica, en primer lugar necesito que te alimentes todo lo que puedas de mí. No te preocupes porque en breve llegará Carmen y podré reponer fuerzas.

—Pero sabes que no quiero hacerlo, Valen, no puedo robarte tu sangre.

—Angélica, no robas mi sangre. Si bebes de mí, podrás tener la oportunidad de salvar mi vida y la de Axel, porque si él muere, y morirá si no hacemos esto, yo moriré también. Lo necesito demasiado. —Las lágrimas se agolparon por primera vez en mis ojos, pero rápidamente las enjuagué y continué con mi plan.

Finalmente, Angélica accedió. Extraje mi calavera y la clavé por dos veces en mi muñeca, para que la sangre brotara en gran cantidad. Ella comenzó a beber con cuidado. Cuando le aferré la cabeza con la mano derecha y apreté sus labios contra las heridas comprendió que no debía ser tan delicada.

—Bebe hasta que no puedas más, hasta que el estómago no dé más de sí.

Y eso hizo, trayendo a mi cuerpo la debilidad. Casi no me tuve en pie, de modo que Peter me tomó en brazos y me recostó en el sofá.

—Ahora, Angélica, vete a casa de Peter y no vuelvas por aquí hasta que yo te lo diga, ¿me entiendes?

—Sí, Valen, pero ¿cómo sabré cuándo tengo que venir?

—No te preocupes, lo sabrás. Ten por seguro que lo sabrás.

Angélica cogió las llaves del piso de Peter y se fue sin decir nada, aunque pude oírla llorar sumida en un ataque de ansiedad al otro lado de la puerta. Yo respiraba con dificultad; Angélica había bebido demasiado, mi tensión arterial debía de estar por los suelos.

—Necesitas alimento, Valen. Dame la calavera —me instó Peter.

—No, tú tienes que estar más fuerte que yo. Necesito que recorras el río Dílar desde la zona más cercana a Granada en dirección a Santa Fe. Tienen a



Axel en un viejo secadero de tabaco cerca del río, o eso creo. De todos modos, trata de localizar todos los secaderos que haya por la Vega de Granada, no son demasiados ya. Puede que el sonido que oí no sea el río, puede ser una fuente, o incluso una manguera con agua corriente. Ahora mismo no estoy segura de nada. Únicamente puedo asegurar que se trata de un secadero de tabaco.

—¿Cómo lo has oído, Valen? ¿Cómo puedes saber que le tienen allí y no en otro lugar?

—Porque siempre estamos en contacto, Peter, siempre hablamos pese a lo lejos que nos encontremos. Nuestras mentes se han hecho una. Por eso sé dónde puede estar.

—Eso explica muchas cosas —dijo muy serio.

—Sí, pero ya tendremos tiempo de hablar de eso. Necesitarás ayuda. Coge mi móvil y llama a Aoi. Dile que lo necesito, no creo que te haga preguntas.

En ese momento sonó el timbre y Carmen llegó junto con Marina. Ambas me estaban alimentando cuando Peter se encaminaba hacia la puerta. Dejé de beber por un instante, taponando la herida de la muñeca de Carmen.

—Peter, si lo encuentras no puedes llamarme, tendré el teléfono apagado, no puedo arriesgarme a que él sepa que tengo la más mínima idea de dónde tiene a Axel.

—¿Quién es él, Valen?

—El hermano de Axel.

Asintió, abrió la puerta y se marchó. Sabía muy bien que Peter haría todo lo que estuviera en su mano para encontrarlo. Lo encontraría por mí, de eso estaba bien segura.

Tras acabar de alimentarme, Carmen y Marina también se fueron. Carmen me besó en la frente antes de irse. Yo le insistí mucho en que no podía aparecer por casa hasta que se lo pidiera. Sentí que mi madre se iba y me dejaba sola con todo el dolor de su corazón.

Ahora, solo me queda esperar.

# 16

*2 de mayo de 2010.  
Por la noche*

Acaba de marcharse. Me ha dejado encerrada en mi propia casa, confinada en mi dormitorio. Ha dejado agua y fruta, por si en algún momento tengo hambre. Qué considerado. Pero ya esperaba que las cosas se desarrollaran más o menos así. Escondí mi cuaderno de notas debajo del colchón, junto con los cuchillos de caza de Peter. Pero tengo miedo de que los encuentre, de modo que cuando acabe de escribir estas líneas pienso buscar el modo de esconderlo en algún lugar en el que no pueda encontrarlo por casualidad si vuelve a darle un ataque violento, como el que ha tenido esta noche en mi presencia.



Llegó poco después de que Carmen y Marina se marcharan. Tocó la puerta con los nudillos. No tardé demasiado en abrir, temí que al impacientarse pudiese ponerse nervioso.

—Buenas noches, querida Valentina.

Permaneció tras el umbral esperando a que lo invitara a entrar, como en una de esas historias de vampiros en las que el chupasangre no puede acceder al hogar si no es previamente invitado a entrar.

—Pasa, por favor —le dije haciendo una pequeña reverencia.

—Estás preciosa, Valentina —me susurró al oído, ante lo que me vi obligada a evitar dar un respingo.

Me había preparado a base de bien para causarle una buena impresión. El centro de mi plan era ese, atraerlo a mí, que realmente creyera que comenzaba a despertar en mí cierto interés.

—Gracias —contesté sin más.

Sin decirle nada, avanzó a lo largo del pasillo principal y entró en el salón. No me extrañó que anduviese con tanta soltura por mi casa, sabía perfectamente que había sido él quien había dejado a Angélica en el sofá aquella noche. De repente, el odio hacia él comenzó a embargarme, un odio intenso, que me corroía las entrañas. Pero me recordé a mí misma que debía tener paciencia, que debía esperar.

—No creí que fueses a estar sola, ¿no está aquí contigo? —preguntó para tratar de tantearme. Miró con fingido interés a su alrededor, haciendo como que intentaba localizarlo en algún lugar.

—No, aún no ha llegado. Ha debido de tener algún problema con los vuelos.

—Sí, ha debido de ser eso —dijo—. Pero también ha podido pasarle algo inesperado.

Fingí impresión, preocupación. Me agité y acudí con velocidad en busca de mi móvil. Le di a la tecla de llamada para localizar el número de Axel y llamé. Sabía que enseguida iba a oír el tono de su móvil en algún lugar entre las ropas del hombre que tenía frente a mí. Y así fue.

—¿Dónde está Axel? No le ha pasado nada, ¿verdad?

—Me temo que ha muerto, mi dulce Valentina, él ya no estará nunca más junto a ti.

Negué con la cabeza y las lágrimas resbalaron por mis mejillas. Pero no fueron lágrimas de cocodrilo, brotaron al escuchar esa frase: «Me temo que ha muerto». Sabía que no era cierto, lo presentí en cuanto despejé mi mente por un instante. Luego volví a enclaustrarme. Ahora no era capaz de evitar el llanto a causa de la presión y el estrés al que me encontraba sometida. Pero no vino mal en aquellos momentos en que mi aflicción era tan necesaria, tan crucial.

—Chis, tranquila, dulce Valentina. —Posó su brazo alrededor de mis

hombros para tratar de consolarme—. Tranquila, mi pequeña princesita, no te preocupes. Ahora yo estoy a tu lado, nunca estarás sola. Jamás.

Seguí llorando un buen rato haciendo acopio de todas mis fuerzas para evitar abofetear a ese cabrón. Conseguí acurrucarme a su lado en el sofá, aferrándome a él como un animal desvalido. Lloraba sin cesar, hasta que consideré que era el momento de continuar con nuestra conversación.

—Pero yo no puedo vivir sin él. Si Axel ya no está, no hay nada en este mundo que me retenga —dije sollozando, algo que, pese al melodrama que empleé, es demasiado cierto.

—Pues claro que sí lo hay. Yo estaré incansablemente a tu lado. Yo puedo serlo todo para ti: tu amante, tu amigo, tu perro fiel. Jamás te fallaré.

—¿Y cómo puedo saber que no lo harás cuando has sido tú quien me ha arrebatado lo que más quiero en este mundo? ¿Cómo voy a confiar en ti cuando eres capaz de hacer algo así para conseguir estar conmigo?

Andy no tenía respuesta para eso, al menos por el momento. Claramente, por la expresión de su rostro, la velada no había salido como él esperaba. ¿Realmente él esperaba que al llegar a mi casa y contarme que había asesinado a Axel yo iba a lanzarme a sus brazos sin más? Andy está más perturbado de lo que jamás habría pensado. Su locura llega hasta tal punto que no es capaz de entender cosas tan simples: una no se enamora del asesino de la persona a la que quiere. Al cabo de un minuto estuvo de nuevo listo para hablar.

—¿Y si él no hubiera muerto? —Eso iba estando mejor, ahora sí iba por donde yo quería que fuera—. ¿Y si, simplemente, se fuese y nos dejara a ti y a mí solos?

—Pero es que yo no puedo vivir sin él, Andy. Lo necesito demasiado.

Pretendía comprobar hasta dónde era capaz de llegar por conseguir mi cariño, pero debí haber detectado antes esa ira que comenzaba a enturbiar sus ojos grises, esa violencia que se acumulaba y que estaba comenzando a rebosar. Debí haberlo visto venir. Me agarró fuertemente por los hombros y empezó a zarandearme sin dejar de gritar:

—¡Pero tú debes ser mía! ¡Debes pertenecerme del mismo modo en que yo te pertenezco a ti!

—Me estás haciendo daño, Andy —le rogué.

En ese momento me soltó y se volvió para enzarzarse en una solitaria pelea consigo mismo y con todos y cada uno de los muebles del salón. Estrelló el jarrón con los tulipanes negros contra el gran espejo de la pared, que se rompió en mil pedazos; luego agarró una silla y la golpeó contra la mesita de cristal; arrojó el resto de los silloncitos contra las paredes, no quedó ni un cuadro en su sitio. Y cuando no hubo quedado nada en pie, se calmó.

Regresó a mi lado lentamente y abandonó su expresión de locura para mirarme ahora con una dulzura infinita.

—No importa, Valentina. Aprenderás a quererme. Te aseguro que yo puedo ser como él. —Se inclinó para observar su rostro en los pedacitos del espejo que habían caído cerca del sofá—. Yo soy como él. Igual que él.

Mi principal baza para que todo fuese tal como yo lo había esperado era dar por sentado que, si Andy era tan obsesivo como yo pensaba que era, nunca iba a aceptar la derrota. Me daría tiempo. Eso sí, a su modo. Pero era un tiempo que yo necesitaba para que Peter lograra dar con el lugar en el que se encontraba Axel antes de que el lunático de Andy decidiera hacer alguna llamada que pusiera en peligro su vida.

—Yo no puedo ofrecerte más que la promesa de tratar de comprenderte, de intentar amarte. Siempre y cuando respetes su vida. Por mí. Por tenerme.

No pareció convencerle demasiado la idea, pero su semblante seguía siendo suave, dulce. Regresó a mi lado, demasiado cerca de mí. Y se inclinó para tomarme en brazos. Pese a que me horrorizaba sentir su contacto, me dejé hacer. Pasó su brazo izquierdo bajo mis rodillas y con el derecho rodeó mi espalda bajo las axilas. Se encaminó hacia el dormitorio y me recostó en la cama. El miedo me invadió por completo, no pensé que esa situación se presentaría tan pronto. Cerré los ojos para tratar de imaginar que aquel que se encontraba a mi lado era cualquier otro, me daba igual quien fuera, excepto él. Traté de que no se me notara demasiado el pulso acelerado, mi ansiedad al respirar. Simplemente se limitó a rozar sus labios con los míos con una ternura que jamás habría esperado de él.

—Qué hermosa eres, Valentina —dijo mientras volvía a erguirse.

Y se retiró de mí. Dejé que recuperara mi espacio vital, esa franja en la que no quería que él entrara jamás, pero que en algún momento me vería obligada a permitir que volviese a traspasar.

—No te importará esperar aquí hasta que yo regrese, ¿verdad?

Negué con la cabeza. Deseaba con todas mis fuerzas que se fuera.

Fue entonces cuando me llevó al dormitorio la fruta y el agua y atrancó la puerta de algún modo desde fuera. Por mucho que lo intenté no conseguía abrirla.

Justo cuando oí la puerta de la calle abrí mi mente a Axel, para comprobar cómo se encontraba. No le di detalles de mi encuentro con Andy. Lo que sí le dije fue que no creía que le hiciese daño por ahora, lo cual no lo convenció del todo porque sentía con claridad lo que odiaba que estuviese tan cerca de su hermano. Él, por su parte, me protegía evitando mostrarme el lugar donde estaba y el estado en que se encontraba.

*3 de mayo de 2010.*

*09.00*

Andy aún no ha regresado. Menos mal que dentro de mi dormitorio hay cuarto de baño. No habría sido nada agradable ir haciendo mis necesidades por las esquinas de la habitación. Escondí el cuaderno de notas y los cuchillos de caza tras la chapa del conducto de ventilación del techo. Tuve que ayudarme de unos ganchillos para conseguir desenroscar los tornillos.

Esta noche Axel y yo hemos dormido juntos desde nuestro confinamiento particular. Me desperté sobresaltada a eso de las tres de la madrugada, según mi reloj de pulsera, cuando, no sé cuál fue la razón, Axel dejó de mantener contacto conmigo. Sentí un miedo atroz pensando en que lo estaba perdiendo, pero al cabo de unos tres cuartos de hora eternos regresó a mi lado. Había estado ocultándome algo que no quería que yo supiera. Pero era evidente que al regresar a mi lado se sentía mucho más débil.

Juro que los mataré a todos, sean cuantos sean.

*3 de mayo de 2010.*

*12.00*

Empiezo a pensar que mi plan tal vez haya sido una tremenda equivocación. Andy aún no ha regresado y hace ya demasiado que me dejé aquí.

Demasiadas horas, demasiados minutos, demasiados segundos. Un tiempo precioso en el que quizá debería haber estado buscando a Axel junto a Peter. Espero que se encuentre bien, espero que no haga ninguna tontería él solo. Puede que si lo hubiese acompañado, habría resultado ser más útil.

Pero podría salir de aquí. Si tan solo abriese mi mente para que Angélica pudiese oírme y auxiliarme. Le diría que cogiese la llave de mi casa que Peter guarda en uno de los cajones de la cocina de la suya. Mierda, mierda, mierda. Pero no puedo. Puede que eso sea incluso más peligroso. Puede que Andy se ponga nervioso al ver que me he ido y acuda a acabar con lo que empezó, con lo que pretendía haber hecho desde un principio.

No. Ya no puedo echarme atrás. Bajo ningún concepto debo acobardarme. Debo terminar lo que he empezado. Por mucho que me cueste y por mucho que llegue a perder en el intento.

*3 de mayo de 2010.  
14.00*

Me temo que Axel ha podido enervar demasiado a Andy, quien creo que se dirige hacia aquí.



*No merece la pena, Valen, comenzó a decirme de repente Axel hace una media hora. No puedo soportar que te estés sacrificando así por mí.*

*Si merece o no la pena tengo que decidirlo yo. Tú y yo sabemos muy bien que el fin de uno será el fin del otro. Eso es algo que tengo demasiado claro.*

*Pero tú puedes ser libre, puedes vivir. Aún hay muchas cosas en tu vida aparte de mí. Aquel intento de convencerme no me estaba gustando nada de nada. Tienes a Carmen, que te quiere como si fuese tu propia madre; tienes a Angélica, que será una amiga fiel hasta el fin de sus días; tienes a los*

*nuestros, que estarían dispuestos a dar la vida por ti... Y tienes a Peter.*

*¿Qué quieres decir con eso de que tengo a Peter? Temía que sabía cuál era la respuesta a esta pregunta.*

*Antes de que yo apareciera, tú eras feliz con él.*

*No sabes lo que estás diciendo, le dije muy enfadada. El hecho de que yo quiera muchísimo a Peter no significa que me sirva para reemplazarte. Y tú lo sabes. Tú sabes que somos irremplazables el uno para el otro. Tú sabes que lo que nos une no podría unirnos a nadie más. O al menos no del modo en que tú y yo estamos unidos. Lo nuestro es sangre y corazón.*

*Ya, pero...*

*Y en ese momento dejó de tener su mente abierta para mí. Supuse que algo iba mal y comencé a ponerme demasiado nerviosa. Anduve de un lado para otro de la habitación como una loca. La espera me estaba matando. El miedo a que Axel estuviese pasándolo mal me corroía por dentro. Hasta que su mente volvió a abrirse, claramente sin que él hubiese querido. Su rabia era demasiado grande para controlar el escudo mental.*

*¡Jamás será tuya! ¡¿Me oyes, cabrón?! ¡Nunca conseguirás que te ame!  
¡Ella jamás querría a un monstruo como tú!*

*Al darse cuenta de que yo lo había escuchado, enseguida trató de calmarme y de seguir convenciéndome de que me fuese.*

*Valentina, preciosa, tienes que hacerme caso. Debes irte, no he podido controlarme y creo que le he hecho enfadar demasiado. Va hacia allí. Vete, por favor, Valen. Necesito que vivas. Necesito que sigas respirando por mí.*

*Pero me negué. Me negué y lo avisé de que iba a protegerme de su mente hasta que todo hubiese pasado. No estaba dispuesta a claudicar, y menos conociendo lo mal que se sentía Axel al saber que lo único que quería Andy era a mí. Trató de seguir conversando conmigo. Trató de convencerme de que saliese de la casa y acudiese a Peter para que se me llevara lo más lejos posible.*

*Pero no me moveré de aquí. Jamás me moveré.*

*Creo que Andy ya ha llegado.*

*3 de mayo de 2010.*



Acabo de contactar con Angélica para que venga a por mí. Desconozco su reacción porque solo ella puede oír mis pensamientos, ya que solo ella bebió de mí. Pero estoy segura de que vendrá. Ya le he dicho dónde puede encontrar la llave de mi casa en la de Peter. Espero que lo haga con facilidad. Supongo que llegara pronto.



Andy entró atropelladamente en la habitación y vino directo hacia mí. Comenzó a besarme con auténtica fiereza. Se apretaba contra mi cuerpo con ansiedad. Yo no me lo esperaba, no esperaba que el temido reencuentro fuese así. No quería por nada del mundo que fuese así. Y no le respondí. Me quedé petrificada.

Al darse cuenta, frenó en seco y me miró con incredulidad. Pero, para mi sorpresa, no estalló como la noche anterior, sino que se puso a llorar. El llanto fue más parecido al de un niño desamparado que al leve sollozo de un hombre adulto. Se levantó de la cama, hasta donde me había llevado nada más llegar, y se quedó en pie, mirándome, a unos dos metros de mí.

—Ya no sé qué quieres que haga por ti, no sé qué puedo hacer para que me quieras. Te lo ofrezco todo, ¡y me rechazas!

Retrocedió unos pasos y apoyó su esbelto cuerpo sobre la pared. Me miraba sumido en la mayor de las miserias. Recostó la cabeza y comenzó a dar pequeños golpecitos contra la pared. Golpes delicados, primero; tremendos trompazos, después. Yo no sabía qué hacer, estaba rígida sobre la cama e intentando comprender por qué permanecía consciente y mirándome fijamente con tan tremendos golpes.

—¡Dime qué debo hacer para que me quieras! ¡Dime qué puedo hacer para que seas mía! —repetía una y otra vez, entre cabezazo y cabezazo.

De pronto frenó en seco. Las lágrimas goteaban por el vértice de su cara hacia el suelo. En un arrebato se rasgó la camisa negra, haciendo que todos los botones saltaran en un estrepitoso vuelo. Sacó los brazos de las mangas y

quedó con el torso desnudo frente a mí, con la prenda colgando de la cinturilla de sus pantalones. Volví a mirar con admiración aquella tétrica belleza. Observé cómo se agachaba y extraía de una estrecha funda que rodeaba su tobillo derecho un pequeño punzón; su herramienta.

—¿Qué es lo que quieres?! ¡Dímelo! —volvió a gritar. Luego, suavizó la voz—. Ya no se me ocurre otra cosa que ofrecerte. Te ofrezco mi sangre, mi esencia. ¿No es esto una verdadera muestra de amor?

Sentía tal repugnancia hacia aquel hombre. Tanto odio. Tanto deseo de matarlo. Pero le dejé que continuara; aquel era el mejor rumbo que podían tomar los acontecimientos. Se asestó tantos golpes con el afilado punzón por todo el torso que llegó un momento en que perdí la cuenta. Cuando terminó, siguió plantado frente a mí en actitud anhelante, casi suplicante. Bajé de la cama lentamente, descalza. Me acerqué muy despacio, observando a aquel ángel de la muerte que tenía frente a mí. Era tremendamente hermoso, así, y estaba allí, a mi entera disposición, con multitud de reguerillos de sangre recorriendo su torso y goteando sobre el *parquet*. Me despojé del camisón y quedé en ropa interior frente a él, indefensa. Lo rodeé con mis brazos con la mayor ternura de la que fui capaz. Aflojé el abrazo y le besé el cuello, lamí cada herida, buscando aquella de la que emanase una mayor cantidad de sangre. La que más me atrajo fue la que se había infligido sobre el corazón, una ironía que no pude desaprovechar. Pese a que no era la zona de más afluencia de sangre, estaba justo sobre el lugar que por derecho ya me pertenecía: aquel órgano vital que pronto arrancarí con mis propias manos. Posé mis labios sobre la herida y succioné con tal intensidad que comencé a sentirlo muy pronto dentro de mí. Un amor egoísta, una envidia malsana, una sensación de debilidad por el momento, un odio que le corroía las entrañas; un odio viejo, ancestral.

Y ese odio y esa envidia me llevaron a donde yo quería, a Axel, a mi vida. Enseguida supe dónde estaba. Reproducía una y otra vez el camino que había hecho varias veces hacia el secadero de tabaco abandonado junto al río. Muy cerca del pueblo de Purchil. Y los recuerdos de las torturas a que había sometido a Axel, por el mero placer de verlo sufrir. Un charco de sangre rodeaba el lugar en el que se encontraba atado con gruesas sogas. No quería ver más, pero tenía que hacerlo. Aquella mente perturbada era como un libro

abierto para mí. Iba y venía de unos recuerdos a otros, para, finalmente, regresar a mí, y a su alegría por creer vanamente que ya me tenía. Dejé de libar finalmente la herida. Era suficiente para mí, tendría sus emociones en mi mente por algún tiempo que esperaba fuese suficiente. Lo besé en los labios, mi sangriento beso de Judas, porque eso iba a encontrar tras aquel craso error en mi presencia: la muerte.

Me abrazó con fuerza y, aún entre sollozos, regresó conmigo en brazos a la cama. Simplemente se dedicó a acariciarme, a observarme. Fingí dormirme en su regazo, mientras sus ojos taladraban mi rostro. Al cabo del rato me dejó, besándome, antes de irse, en la frente.

Pero volvió a dejarme prisionera en mi propia casa, se marchó asegurándose de que no podría salir para tratar de evitar lo que él estaba decidido a hacer.

*Ya es mía, ya no lo necesito. Ya es mía. Ya es mía. Ya es mía.*

Su mente repetía aquellas palabras una y otra vez, y yo, aterrorizada por no tener tiempo suficiente, por no poder llegar antes de que él ejecutase sus planes, llamé a Angélica con desesperación. Aún la estoy esperando y hace más de veinte minutos que él se ha ido. Mientras tanto me he estado aseando y me he puesto ropa cómoda.

Desconozco si lograré continuar con estas páginas. Por si acaso devolveré mi cuaderno de notas a su escondite en el conducto de ventilación. Los cuchillos de caza vendrán conmigo.

Angélica ya está aquí. Está tratando de desatranca la puerta.

# 17

*10 de mayo de 2010*

Supongo que la tristeza marcará mi semblante durante bastante tiempo. Su muerte me ha arrancado de las entrañas el más amargo sabor de la vida. Hace ya algunos días que ocurrió todo, pero no he encontrado fuerzas para sacar el cuaderno de su escondite hasta hoy. Trataré de redactar con la mayor fidelidad posible todo lo que ocurrió, desde que Angélica me rescató de mi encierro.



—¿Estás bien, Valen? —Fue lo primero que me preguntó con el rostro apesadumbrado, nada más abrir la puerta de mi dormitorio.

Asentí con la cabeza y acudí a toda velocidad para abrazarla. Me alegraba tanto verla, comprobar que había acudido a mi llamada... Trató de preguntarme sobre ese extraño mensaje mental que le había enviado, pero le dije que en otro momento se lo explicaría. Necesitaba concentrarme en los pensamientos de Andy, saber exactamente lo que hacía instante a instante.

En la base de la escalinata que separa mi casa de la calle principal estaba aparcada la moto de Peter, una gigantesca BMW de gran cilindrada. Le indiqué a Angélica que se encargara ella de conducir. Las vibraciones de la moto en las empedradas calles hacían que sintiera con nitidez las afiladas hojas de los cuchillos de caza en mi espalda. Los había colocado cruzados

por debajo de la tira del sujetador, en la misma posición en que se encontraban las dagas de Axel.

Andy se dirigía hacia el secadero. En primer lugar, había parado un taxi que lo dejó en la carretera, justo a la entrada del camino que recorría la margen del río Dílar. De eso hacía bastante rato. Desde allí, avanzó despacio, deleitándose con el paisaje y tarareando alguna canción que yo no lograba identificar. Estaba henchido de felicidad. Feliz por tenerme. Feliz por acabar de una vez por todas con esa persona a la que había odiado desde que tuvo uso de razón. Pegaba brincos de alegría. Era un lunático, un asesino nato que estaba impaciente por sentir el olor de la sangre que pronto derramarían sus propias manos.

Nosotras aún estábamos a unos minutos cuando Axel me envió una serie de imágenes. Peter acababa de traspasar la entrada del secadero arrastrando un cadáver. Regresó afuera, y entró con uno más. Trataba de eliminar pruebas patentes de su presencia allí. Sentí pavor al ver que él se había aventurado solo a tratar de liberar a Axel. Enseguida se dirigió a desatarlo.

*No tendrías que estar aquí, tío*, oí que le decía Axel inclinando su cabeza hacia atrás.

*Tú, cállate. Estoy aquí por Valentina, ya lo sabes*, respondió Peter, con un tono un tanto divertido. *Oye, por cierto, no veas la fuerza que tienen esos cabrones.*

*Sí, son demasiado fuertes. Su dieta es exclusivamente sanguínea.*

*¡Mierda!*, gritó Peter.

Lo último que me mostró Axel fue a unos diez hombres, puede que más, entrando en el secadero y armados hasta los dientes. Peter se colocó justo delante de Axel para protegerlo con su cuerpo. Luego, oscuridad y silencio en su mente. No me permitía ver lo que estaba ocurriendo allí dentro.

Me recorrió una ansiedad tal que casi pierdo el equilibrio y salgo despedida de la moto. Angélica tuvo que hacer un gran esfuerzo por mantenerme detrás de ella y a la vez conseguir que no nos estrelláramos.

Al llegar a la entrada del camino, dejamos la moto y continuamos corriendo. Regresé a la mente de Andy. No debería de estar muy lejos de su destino. Y, efectivamente, no lo estaba. Lo separaban unos veinte metros de la entrada del secadero. Enseguida le llamaron la atención las huellas en el

terreno de cuerpos arrastrados. Aceleró el paso hasta atravesar la entrada del recinto, y con horror vi a través de sus ojos el estado en que Peter se encontraba.

Habían colgado a mi amigo desnudo y atado por los brazos a una de las viguetas del techo. Su cuerpo estaba destrozado. Le habían dado una paliza tremenda mientras esperaban a que su jefe, el hijo de puta que me estaba mostrando sin saberlo la escena, decidiese qué hacer con él.

Acarició su rostro, un leve reflejo de lo que fue, con los ojos amoratados e hinchados y los labios reventados a causa de los golpes. Le besó la palma de la mano. Se sentía tremendamente feliz por aquella pequeña guinda que acababa de adornar su apetitoso y sangriento pastel. Reconoció a Peter enseguida como mi amigo del alma. También lo envidiaba a él por tenerme de esa forma.

*Ahora estoy contigo, muchachote,* le dijo con tono burlón.

Rodeó a Peter y se fue acercando poco a poco a un bulto que había al fondo del secadero. Aquel bulto, que mi mente recibía a través de los ojos de Andy, era Axel. Perdí el equilibrio y caí al suelo al contemplar el estado decrepito en que se encontraba. Lo habían estado desangrando poco a poco para dejarlo sin fuerzas, para impedirle escapar. Estaba también desnudo y delgado hasta los huesos. Multitud de cortes adornaban su cuerpo; cortes que no sanarían a menos que se alimentara pronto. Las escasas fuerzas que le quedaban las utilizaba para ocultarme el verdadero estado en que se encontraba.

*¿A esto te dedicas, hermanito? ¿A llamar a monjitas de la caridad para que te rescaten?,* comenzó a decir Andy con palabras llenas de odio. *¡Oh!, porque ella no ha venido. Puede que ya se haya olvidado de ti. Puede que ya no te necesite. ¿No crees?* Compartí su tremendo regocijo al dirigirse a su hermano, se consideraba el ganador final, tras toda una vida de sentirse a su sombra.

*Jamás podrás poseerla. Jamás será tuya. Porque Valentina no le pertenece a nadie. Tan solo se pertenece a sí misma.* Sus palabras fueron meros susurros, usaba la escasa fuerza que le quedaba para intentar minar la moral de aquel monstruo.

Andy fingió no haberlo escuchado y se volvió de nuevo en pos de Peter.

Avanzó lentamente, danzando en soledad. Hasta que posicionado detrás de mi amigo lo agarró por el pelo con fuerza y tiró de su cabeza hacia atrás.

*Ahora verás lo que les pasa a aquellos que tratan de ayudarte. Dirigió aquellas palabras a Axel. Creo que me voy a dar un festín. Sí, porque tu Valentina me ha dejado exhausto. Ha bebido de mí con desesperación, con una entrega total.*

Y Axel comenzó a reír con ganas, cada vez más fuerte, cada vez más atonadoramente. A todas luces aquella no era la reacción que Andy esperaba tras su tórrida confesión. Esperaba que Axel se sumiera en la más profunda de las miserias. Pero no fue así; él reía y reía sin cesar. Hasta que finalmente cesó la carcajada y le preguntó a su hermano:

*Y qué, ¿qué te ha parecido el sabor de su sangre? Porque la habrás probado, ¿o no? ¿Simplemente se ha alimentado de ti y nada más? Ahora era Axel quien atacaba, trataba de ganar tiempo. Eres tan necio que no ves que se ha aprovechado de ti, simplemente, para lograr encontrarme. Ahora sabe todo lo que piensas, todo lo que haces.*

Andy entró en cólera. En su mente pude discernir incertidumbre, miedo, desengaño. No podía creer que eso fuese cierto. No podía ser posible. ¿Leer en la mente de los demás? Una burda invención para tratar de confundirlo.

Angélica y yo, mientras tanto, ya veíamos a lo lejos nuestro objetivo. Extraje de mi espalda los dos cuchillos de caza y le tendí uno de ellos. Pero claramente no los necesitaba. También llevaba varios cuchillos escondidos por el cuerpo.

—No sabía la combinación del lugar donde guarda Peter sus armas de fuego —me dijo disculpándose por no haber podido encontrar nada más efectivo.

Nos encaminamos hacia allí con lentitud, mientras yo seguía observando lo que ocurría en el interior.

*Estás mintiendo, sabes muy bien que eso no es posible. No eres capaz de admitirlo. Ella ya no te necesita, yo puedo darle lo mismo que le das tú. O incluso más.*

*¿De veras? Porque tú la comprendes, la escuchas, la respetas. Ah, no, perdona, casi se me olvida un pequeño detalle: tú tan solo te limitas a dejarla encerrada como a un perro en su propia habitación. Ese era el mejor modo*

para convencer a Andy de que la conexión mental era posible.

*¡¿Y tú cómo sabes eso?! Te lo ha dicho este cabrón, ¿verdad? Te lo ha dicho este cerdo. Ahora su visión y su cólera se centraban en Peter. Pues debes saber, rubito, que por todo el mundo es conocido que a todo cerdo le llega su San Martín.*

Toda mi alma se encogió al escuchar aquellas palabras, al paladear la certeza de la muerte de Peter procedente de la mente de Andy. Se sentía tan bien imaginando lo que estaba a punto de realizar...

*Axel, dile a Valentina que la quiero,* pude oír decir a Peter a través de los oídos de Andy mientras esperaba con aplomo su final.

Andy se colocó frente a él, lo miró a la cara con fijación. De Peter obtuvo una sonrisa sarcástica, demostrando que no se amilanaba ante la evidencia de la muerte. Acarició su rostro y su cabello. Luego lo aferró y empujó su cabeza hacia atrás. Extrajo una navaja que Peter llevaba en el cinturón del pantalón y observó la afilada hoja, la acarició. Luego, lentamente, sin prisa por acabar con aquel placer, insertó la hoja en su garganta y la recorrió con ella de lado a lado, sin ninguna dificultad. La sangre manó en una gran catarata, que pronto cubrió el bello pecho tatuado de mi amigo. Yo no podía hacer nada, no lograba moverme, no quería creer que aquello fuera real; me estaba muriendo por dentro junto a él. Hasta que Andy volvió a trasladar la hoja de la navaja. Esta vez sobre su corazón. Pretendía arrancárselo como hacía con todas y cada una de sus víctimas.

—¡Nooooooo! —grité yo desde fuera, siendo en ese mismo momento consciente de que acabábamos de delatar nuestra posición. Pero al menos conseguí mi objetivo; la mirada de Andy se desvió y se olvidó de lo que estaba a punto de hacer.

No pude evitar aquel grito, no permitiría que Andy le robara el corazón a mi querido Peter. Ya había tenido bastante con arrebatarme la vida.

Di por sentado que saldrían enseguida. Oí a Andy dar la orden de salir a por mí; había reconocido mi voz. Angélica no entendía nada de lo que pasaba, no sabía por qué yo había perdido los papeles de ese modo.

—Prepárate, Angélica, vienen hacia aquí —la avisé.

Asintió con valentía y sacó dos de los cuchillos que tenía escondidos. Nos pusimos en guardia esperando a que salieran. No eran diez, superaban la



quincena. Todos ellos de alimentación pura; cada uno de ellos con una fuerza muy superior a la de Angélica y la mía juntas. Pero no nos atacaron, simplemente nos rodearon. Nosotras, unas incultas en el arte de la guerra, nos pusimos espalda con espalda y tratamos de defender nuestra posición con un cuchillo de caza en cada mano. En su intento por apresarnos cayeron dos. Yo simplemente aproveché la imposibilidad de esos hombres para herirme, su instinto de protección hacia mí. Pero esos dos ya fueron suficientes, puesto que no esperábamos ser capaces de acabar con ninguno. Fueron cerrando el círculo cada vez más, nos acorralaban para encontrar nuestra rendición por respuesta. Sabía que a mí no tendrían el valor de herirme, eso ya me lo había dicho Andy, y yo misma lo había comprobado cuando al atacarlos blandiendo el cuchillo no trataron de contraatacar. Pero temía por Angélica. Y justo cuando pensé que éramos suyas, justo cuando lo di todo por perdido, apareció Aoi de entre las sombras acompañado por un gran número de los nuestros y fueron eliminando uno a uno a aquellos que nos tenían acorraladas.

El miedo se evaporó por un instante, y regresé a la mente de Andy, quien se encontraba frente a Axel, decidido a acabar con lo que había ido a hacer allí.

*Tú no la mereces, le decía a Axel desesperado. Tú no puedes poseerla. Ella será mía, y tú ya no estarás aquí para verlo.*

Acudí corriendo al interior. Avancé con desesperación hasta interponerme entre Axel y su futuro asesino. Andy se quedó perplejo. Echó la vista hacia atrás y, a través de la amplia entrada del secadero, pudo ver cómo sus hombres sucumbían uno a uno sin remedio.

—No lo harás —le dije con determinación.

Andy relajó su cuerpo, y ambos brazos cayeron en los costados. Me miró con dulzura, con la misma ternura con que lo había hecho en mi dormitorio. Su rostro y su cuerpo mostraban una sumisión plena hacia mí.

Tomé el cuchillo que portaba en su mano derecha y se lo arrebaté. Él no opuso resistencia ante mí. A continuación elevé mi mano y le rodeé el cuello con fuerza, lo empujé hacia atrás, haciendo aflorar todo el odio que albergaba en mi interior y que me dotaba de fuerzas suficientes para vengar el daño que le había infligido a Axel y la muerte de mi gran amigo Peter. Desabotoné la camisa que llevaba puesta, esa que había tomado de mi armario antes de irse

y que pertenecía a Axel. No era digno de llevarla. Con un gesto de la cabeza, le indiqué que se tumbara. Obedeció y me puse a horcajadas sobre él. Agarré su muñeca derecha, la besé e hice un profundo corte con la afilada hoja con la que él había pretendido asesinar a Axel. Repetí el mismo procedimiento con su muñeca izquierda. La devoción de aquel lunático hacia mí era tan magnífica que estaba sintiendo placer al ver cómo le arrebatava la vida sin piedad. Era tal su hermosura, allí, tendido frente a mí, manando aliento vital por sus heridas... Pero ya dije que su vida me pertenecía. Nadie puede atentar contra lo que yo más amo en este mundo y esperar que no haya consecuencias.

Seguidamente, cuando su respiración se había ralentizado ya a causa de la pérdida abundante de sangre, miré a Peter, que se encontraba a escasos metros de mí, y regresé con la mirada hacia Andy. Él lo comprendió. Estiró su cuello hacia atrás, para facilitarme la tarea. Antes de que yo clavase la hoja, repitió con la voz entrecortada lo mismo que dijo Peter antes de morir: «Axel, dile a Valentina que la quiero», y recorrí su cuello en una profunda incisión, por la que también manó el preciado líquido escarlata.

El cuerpo de Andy quedó carente de vida. Fue entonces cuando procedí a cumplir mi juramento. Localicé con la yema de los dedos el lugar preciso. Lancé lejos el cuchillo que le había arrebatado a Andy para empuñar ahora el cuchillo de caza de mi amigo; aquel sería mi pequeño homenaje a su muerte. Clavé con fuerza la poderosa hoja, oyendo el placentero crujido del esternón al romperse. Escarbé con ella hasta lograr hacerme un hueco en la armadura ósea que protege el órgano vital. Dejé el arma; quise sentir en mis propias manos el placer de la venganza. Con los dedos terminé de romper las costillas necesarias para acceder al corazón. Las arterias y las venas que partían de aquel órgano ofrecían demasiada resistencia a la rotura por la simple acción de mis dedos, de modo que así de nuevo el cuchillo y las seccioné una a una. Por fin aquel corazón maldito fue mío; lo agarré con mi mano derecha y lo envolví en un pañuelo negro que había cogido de casa expresamente para tal fin.

Todo mi infierno había terminado. Abrí mi mente. Sentí el alivio de Axel en cada uno de los rincones de su ser. Ensangrentada, me volví y lo miré fijamente.

*Te quiero*, le transmití desde lo más profundo de mi corazón.

*Te amo*, me respondió él.

Me encaminé entonces hacia donde estaba mi otra mitad, con el fin de liberarlo de esas cuerdas que lo retenían. Mientras avanzaba no pude evitar observar cómo Angélica abrazaba el cuerpo inerte de Peter, que aún pendía de aquella viga. Cuando llegué junto a Axel, desenrosqué la calavera de mi colgante y clavé el afilado punzón en mi cuello. Lo alimenté mientras lo abrazaba con fuerza, temiendo que volviese a irse de mi lado.

Cuando estuvo reconfortado y liberado nos levantamos para encaminarnos hacia la salida. Tomé la ajada ropa de Peter para cubrir su desnudez, y una vez alcanzamos el exterior nos quedamos sin aliento al observar el panorama. Eran numerosos los hombres y las mujeres que aguardaban en silencio. Todos ellos miembros de nuestro linaje. Todos ellos fieles defensores de mi vida en aquel momento. Todos ellos habían dado un espaldarazo aquel día a la costumbre de estar solos y a siglos de no soportar estar cerca los unos de los otros.

Aoi se adelantó y se inclinó hacia mí con respeto.

—Dulce Valentina —comenzó a decir con seriedad—, todos los que hemos acudido hoy aquí abandonamos años, e incluso siglos, de soledad por una sola causa: la de velar por tu seguridad y por tu bienestar. No pedimos nada a cambio, salvo tu bendición.

Me acerqué a Aoi y lo abracé.

—Nosotros también podemos ser felices, Aoi. Hoy me habéis hecho muy feliz al veros a todos aquí.

Agradecí uno a uno su presencia en aquel lugar. Entre ellos había muchas caras conocidas: Abelard, el guapo alemán; Acacia, la viajera argentina, y Albert, el hijo de Adriene... Pero otros muchos rostros eran desconocidos para mí. Aquello me resultó increíble. Me sentí realmente arropada y no sabía cómo devolverle a toda esa gente aquello que me hacía sentir. Me propuse la firme tarea de hacerles ver que nosotros también tenemos derecho a tener una vida humana casi plena, llena de sensaciones y sentimientos. Tenemos derecho a olvidarnos del pasado y de nuestros solitarios orígenes; tenemos derecho a ser felices. Este es mi nuevo objetivo.

Axel se acercó a mí y me rodeó con el brazo. Me miró intensamente. Su

rostro reflejaba sorpresa, o más bien parecía que había resuelto un tremendo misterio. Sin decir palabra alguna me transmitió aquello en lo que pensaba:

*Tu nombre... Tu nombre ya no entraña misterio alguno para mí. Creo que he descubierto el motivo por el que tu padre te llamó Valentina. Mira a tu alrededor: tantos de los nuestros unidos por una causa, tras siglos de tremenda soledad. Tú representas el cambio, Valentina, nuestro cambio; un giro de ciento ochenta grados en nuestras solitarias vidas. La V es ciento ochenta grados diferente de la A de nuestros nombres. La V de tu nombre, Valentina, representa para nosotros la esperanza, el futuro.*

Llevaron los cadáveres que había desperdigados fuera del secadero a su interior y le prendieron fuego al lugar, que en poco tiempo quedó en nada. No permití que el cadáver de Peter se quemara junto a los demás. Pese a tener la certeza de que una vez muerto ya no era él, sentí una tremenda rabia solo con pensar que sus cenizas compartirían el mismo lugar que las de sus asesinos.

Uno de los nuestros tiene un tanatorio, de modo que, amparados por la oscuridad de la noche, al día siguiente llevamos el cadáver de Peter hasta el crematorio y lo incineramos. Quise estar presente y sentí que un tremendo pedazo de mi corazón se quemaba junto a su cuerpo inerte.

Hicimos otro viaje fugaz a la plantación de tulipanes de Axel. Decidimos que de ahora en adelante todos los seres queridos que vayan desapareciendo alimentarán con sus cenizas la tétrica belleza de nuestros tulipanes negros.

En cuanto al corazón de Andy, tal como dije, sirvió de cena al pequeño Vlad. No dejó ni una migaja. Supongo que mi placer al ver el final de aquel corazón incluso superó al de Vlad al disfrutar de aquel oscuro manjar.

A Angélica le ha afectado más de lo que habría pensado la muerte de Peter. Cuando regresamos de esparcir sus cenizas, me confesó que estaba embarazada de él. Justo cuando me enteré, vinieron a mi mente sus últimas palabras. Unas palabras que aún me abrasan el corazón: «Axel, dile a Valentina que la quiero». Por supuesto, no se lo he dicho a Angélica, ni jamás se lo diré. Prefiero que piense que Peter realmente llegó a pertenecerle. He decidido poner a su nombre la casa de Peter y el Dhampir; él lo habría querido así.

Pero he encontrado cierto alivio a mi pérdida tras conocer lo del embarazo de Angélica. Me alegra saber que dentro de unos treinta años podré

volver a reconocer algo de él en el cuerpo de otra persona. Y aún más me consuela el saber que esa persona nos acompañará hasta el fin de nuestros días; permanecerá a nuestro lado, y no tendré que sufrir al verlo envejecer. No tendré que volver a vivir su dolorosa pérdida.

*20 de mayo de 2010*

Voy a considerar estas palabras como una despedida. Desconozco si definitiva o temporal.

Estos últimos días los hemos pasado prestando el mayor apoyo posible a Angélica. Parece que comienza a estar algo más recuperada. Pese a haber sido en un principio reacia a quedarse con las pertenencias de Peter, finalmente ha accedido. Le insistí mucho en que necesitaba que fuese ella quien se ocupara de todo. Que él lo habría querido así, de eso estoy segura.

Anoche, Axel y yo llegamos bastante tarde. Fue la primera vez después de todo lo ocurrido que el Dhampir abrió sus puertas, y he de reconocer que Angélica es una excelente camarera.

Llevábamos tanto tiempo sin estar realmente a solas que incluso, por un instante, no supimos qué hacer. Serían las dos de la madrugada y, sentados en el quicio de la puerta, nos limitamos, por un momento, a disfrutar de la quietud. No teníamos nadie alrededor, nadie que nos interrumpiera, nadie que impidiera que disfrutáramos al cien por cien el uno del otro. Me rodeó los hombros con su largo brazo y me estrujó contra él. Aún podía palpar en su interior el sufrimiento de los días pasados, lo mal que se sintió cuando no pudo defenderme en los momentos en que lo necesité. Pero sí que me defendió; el mero hecho de haberme abierto de esa forma su corazón me dotó de fuerzas suficientes para enfrentarme a todo. Y no estuve sola, estuve con él, siempre con él. Como ahora.

Lo besé en los labios una vez; un beso suave y largo que él respondió. Se

levantó del quicio de la puerta y me tendió la mano. Cuando me hube levantado, me tomó en brazos y se dirigió conmigo hacia el ático. Lentamente me depositó en el sofá frente a la cristalera sin dejar de abrazarme con fuerza. Continuó besándome. Su dulce aliento me hacía estremecer. Sus profundos ojos negros me miraban de hito en hito; no se apartaban de mí ni un instante, a la vez que sus manos exploraban con delicadeza mi cuerpo.

Pronto estuvimos los dos desnudos, aferrándonos el uno al otro, queriendo ser uno. Y lo fuimos. Enseguida estuvo dentro de mí haciéndome sentir por fin entera, y bebimos intensamente el uno del otro. Le sentí más que nunca. Lo tuve. Fuimos uno. Un único organismo con la mágica capacidad de dividirse en dos. El orgasmo nos visitó a la vez, un éxtasis que nos recorrió desde el sexo hasta la punta de la lengua. Exhaustos, lamimos nuestras heridas y permanecemos abrazados, sin querer separarnos jamás.

Ya no nos dijimos nada, permanecemos apretados el uno contra el otro. Y allí, embrujada por la mágica visión de la Alhambra iluminada a lo lejos, ya no pude dejar de pensar en aquellas palabras: «La V de tu nombre, Valentina, representa para nosotros la esperanza, el futuro».

# **EL VAMPIRISMO DE SANGRE**

RAÚLO CÁCERES





Si bien el vampiro lleva siglos adoptando distintas formas y arquetipos, la que se ha impuesto, ya sea por las modas o porque realmente este era su destino literario y evolutivo, desde luego ha sido la del vampiro realista, una figura con la que el lector puede sentirse identificado. Cualquier aficionado a la literatura de vampiros discrimina entre dos tipologías básicas de chupasangre: el vampiro sobrenatural, que bebe de las fuentes del folclore europeo, como ya hiciera el Drácula de Stoker, y el vampiro genético, que parece nacido más bien de la ciencia ficción. El primero sería el terrorífico y clásico muerto viviente, el aparecido corpóreo que sobrevive desangrando a los vivos. Es una bestia, un coco, un monstruo en su concepción más tradicional. El segundo sería una suerte de mutante, el nuevo eslabón en la cadena evolutiva humana, el superhombre que bebe sangre pero que no deja de ser un mortal al uso con nuevas ventajas e inconvenientes. Con su obra *Sangre*, Clara Peñalver toma el camino del vampirismo realista, si es que de algún modo puede considerarse verosímil lo que vamos a describir. Como hicieron antes otros escritores del género, Peñalver configura su propio canon vampírico, estableciendo las normas que rigen este mundo, los poderes y las debilidades que disfrutan y sufren estos seres, y que van aflorando página a página. Pero ¿de qué tipo de vampiro estamos hablando exactamente? Pasemos a analizar pormenorizadamente cada una de sus características.

Comencemos por el principio, hablando del origen del vampirismo, según la autora. Como uno de los personajes explica a la protagonista, los vampiros no son seres inmortales con poderes sobrehumanos y tampoco son enfermos mentales obsesionados con la sangre. Aun así, ellos habrían originado las famosas historias de vampiros. Tampoco son desgraciados sobre los que cayó una antigua maldición en los albores del tiempo. No. Su génesis es más

moderno, ya que el vampiro de *Sangre* es el resultado de una mutación que tuvo lugar en el siglo XVI y que originó una rama de humanos adictos a la sangre. Tenemos pues un vampiro nato, que hereda su condición y que la transmite a su descendencia. El vampirismo es solo un gen y por lo tanto no se contagia por el mordisco o por la sangre, como viene siendo habitual en la literatura vampírica. En este sentido, esta concepción del vampirismo se aleja por completo del folclore europeo, cuyas leyendas en realidad habrían partido de epidemias infecciosas que arrasaron determinadas poblaciones, y en las que el tema contagio está presente de forma explícita o figurada. Incluso en las versiones más modernas del vampiro cinematográfico, como *Blade*, donde el vampiro también se plantea como una especie de mutante humano, el contagio sigue siendo un recurso muy usado, que no encontraremos en esta novela. Además, Peñalver relaciona el origen de los vampiros con la figura de la condesa húngara Báthory y sus infames baños de sangre con los que pretendía recuperar la juventud, pero no diremos más al respecto para no desvelar demasiado. Por lo tanto, se trata de vampiros muy humanos, que pueden aparearse con humanos normales y tener descendencia vampírica. Son tan mortales que hasta defecan y orinan.

En el folclore, generalmente, un humano se convierte en vampiro tras la muerte y después de transgredir determinados tabúes (como el suicidio), mientras que en la literatura, el vampiro suele sufrir su metamorfosis en vida, tras ingerir sangre «infectada» o ser mordido por el portador. En *Sangre*, una persona descendiente de un vampiro empieza a manifestar su vampirismo latente cuando alcanza la madurez sexual, mediante un proceso denominado «despertar a la sed» por el cual nace en ellos la necesidad de practicar la hematofagia. Desde ese momento, no beber sangre supone para ellos la muerte.

Precisamente, lo más desconcertante y original para el lector habitual de literatura vampírica quizá sea el tipo de hematofagia que Peñalver nos plantea en su obra. Estos vampiros beben sangre, faltaría más, pero en esta novela pueden combinar la ingesta de sangre con el vegetarianismo; es decir, que son capaces de desangrar a un humano y después tomarse tostadas o ensalada. Eso sí, nunca comerían carne, lo que resulta sorprendente, ya que algunos estudiosos del tema consideran la hematofagia un tipo de

canibalismo parcialista. Tal vez sea porque hay en el asunto de la alimentación cierto maniqueísmo implícito: los vampiros buenos, los que respetan la vida humana, beben sangre y son vegetarianos, mientras que los malos, los que no respetan a sus inferiores en la cadena alimentaria, toman solo sangre, lo que los hace más fuertes. Los vampiros ecológicos solo chupan a los mortales una vez a la semana, y sin matarlos, y luego complementan su dieta comprando en la frutería. Todos los vampiros que despiertan a la sed sufren una fase de anorexia, en la que solo quieren beber sangre; es en ese momento cuando hay que comer verde para controlar el ansia y no acabar matando sin control. El concepto es aquí el del vampiro yonqui, tan de moda en la literatura de terror desde el Romanticismo, cuyos escritores, también muy adictos a todo tipo de vicios, no dejaban de parecerse a sus creaciones. Estos ecovampiros succionan la sangre efectuando chupetones para no dejar marcas o más habitualmente usan punzones para abrir venas. Nada de colmillos; no muerden sino que emplean herramientas, un rasgo más de la evolución vampírica. En eso recuerdan mucho a los vampiros de *El ansia*, que igualmente usaban cuchillas para desangrar a sus víctimas.

Aunque se supone que estos vampiros no tienen poderes, sí que disfrutan de determinadas habilidades que los hacen superiores a los humanos, además de ciertas desventajas. En cualquier caso, aquí no encontramos vampiros metamórficos, voladores o superfuertes, ni revientes fotofóbicos achicharrados con la luz solar, o sacrofóbicos que huyen de las cruces, u obsesivos que recogen semillas derramadas, o yacentes en ataúdes. Cualquier poder o debilidad, todo bizarrismo apotropaico extraído de las leyendas o la literatura de vampiros, desaparece en esta novela, o se atenúa hasta el ya mencionado realismo. Así ocurre con la conexión telepática que se establece entre los protagonistas, inspirada directamente en la que existía entre Mina y Drácula, tras el intercambio sanguíneo. En este caso la comunicación puede ser interrumpida parcial o totalmente entre los telépatas, que enviarían imágenes y pensamientos a voluntad, lo que se nos antoja una especie de «chateo vampírico», que de nuevo nos acerca al vampiro a la modernidad, necesaria para la identificación lector-personaje.

Otra de la cualidades de estos vampiros genéticos sería una superior

regeneración celular, por la cual las heridas sanan con una celeridad increíble. Por otro lado, la sangre ingerida rejuvenece sus células, volviéndolos sanos, fuertes, hermosos y jóvenes. Resulta curioso que esta idea se haya impuesto en la literatura de vampiros, cuando en el folclore el vampiro suele ser un monstruo feo, hinchado y pestilente, lo que pone de manifiesto que en este género hay más proyección de deseos que de terrores. Esta tendencia a la estética vuelve a alejarnos por completo del repugnante vampiro de las tradiciones eslavas, y la razón es obvia: el vampiro clásico pretende asustar y el vampiro literario moderno seducir, y que el lector proyecte en su figura sus deseos o se identifique con él.

Si al vampiro clásico se lo mataba con una estaca o quemándolo, estos vampiros pueden morir como cualquier mortal. Por otro lado, envejecen, pero muy lentamente. Los de dieta mixta duran una media de doscientos cincuenta años y los de alimentación pura veinte o treinta años más. Al llegar al ocaso de sus vidas, la sed desaparece por completo y en pocos días se convierten en viejos arrugados, lo que recuerda a la súbita degeneración que sufrían los «zánganos» de *El ansia*. Si se priva a un vampiro de sangre, también envejece rápidamente y su estado solo puede remediarse empapando el cuerpo en sangre y envolviéndolo con film transparente, para que la piel absorba la sangre por toda su superficie, técnica inspirada en los baños de la condesa sangrienta. En cualquier caso, estos vampiros parecen más preocupados por conservar su juventud que por la propia muerte, haciendo honor a sus genes Báthory. Así pues, otro punto a favor del realismo sería que el tema de la inmortalidad queda desechado y no vemos aquí a vampiros atravesando siglos y siglos. No obstante, conviene señalar que el vampiro de leyenda tampoco era inmortal y que este aspecto es puramente literario.

Respecto de la psique del vampiro, hay que decir que en esta obra no encontramos a aquella alimaña alocada y monstruosa del folclore europeo que volvía de la tumba para asustar y molestar a sus paisanos. Tampoco vemos a los vampiros existencialistas y depresivos de Anne Rice. El vampiro que aquí se nos muestra rebosa sensualidad, vitalidad, bondad y optimismo. No hay patetismo ni decadencia. No obstante, aunque humano, tiende a una humanidad muy sofisticada, sobre todo en lo referente a música, moda, estética corporal y prácticas sexuales, y no en vano el mundo de la cultura

gótica sobrevuela toda la obra. Ante todo, el vampiro de *Sangre* sufre de un narcisismo galopante, de una preocupación sobrenatural, o muy humana, según se mire, por su imagen corporal. A estos vampiros metrosexuales — anclados en la edad del pavo, como dirían algunos— les duele la cara de ser tan guapos. No obstante, su extremada hermosura queda totalmente justificada, ya que se trata de una estrategia de supervivencia, en el sentido de que les facilita la caza. Puestos a buscar algún rasgo inhumano, solo podemos decir que son seres solitarios, independientes, carentes de la capacidad de amar, al menos hasta que nuestra heroína entra en acción. Entonces los personajes se aman, se follan y se vuelven a amar. Aunque en esta obra no se describe a la nación vampiro, sí que hay cierto concepto de comunidad, pero casi anárquica, ya que son almas individualistas. También se habla de ciertas autoridades, respetadas tal vez por su edad, pero en realidad la jerarquía vampírica no es retratada en esta novela, ya que solo es un tema secundario.

El sexo es omnipresente en toda la obra, sin sutilezas, sin metáforas o dobles sentidos, lo que sin duda satisface a los buscadores de escenas fuertes. Los colmillos fálicos y la sangre menstrual o desflorada de los mordiscos, tan típicos del cine de vampiros, son aquí desechados para dejar paso al sexo puro y duro, y aunque *a priori* los chupasangres literarios dejaron atrás sus necesidades corporales básicas —piénsese, por ejemplo, en los vampiros de Rice—, el no muerto del folclore sí que tuvo una vida sexual muy activa, ya que existen numerosas historias de maridos que regresan de la tumba para yacer con sus viudas; incluso el nosferatu original, que no era tan feo como el cinematográfico, dicho sea de paso, seducía con el aspecto de un hermoso galán y copulaba con sus víctimas. También hay leyendas en las que las humanas quedan preñadas por un vampiro y dan a luz hijos cubiertos de pelo o con habilidades especiales, como el dhampir, que por cierto da nombre al pub que frecuentan los personajes de la novela. Como vemos, los vampiros de *Sangre* no se alejan tanto de la tradición, pues también tienen sexo y descendencia, o más bien lo que ocurre es que en realidad ambos sufren de una tremenda humanidad.

Valentina, la protagonista, es un personaje construido bajo el arquetipo del mesías. Ella trae el cambio y da un giro de ciento ochenta grados al universo vampírico con su sola existencia. Supone un nuevo escalón en la

evolución de los vampiros, ya que es el resultado de la ingeniería genética llevada a cabo por su propio padre, mediante células madre, para resaltar un rasgo heredado de su progenitora: una feromona que provoca en los vampiros la necesidad de estar unidos, una especie de atracción irrefrenable que despierta el amor en unos seres a los que se les supone emotivamente muertos. Al igual que la protagonista de *Crepúsculo*, que ponía cachondo a todo vampiro con el que se cruzaba, provocando estragos amorosos a su paso, nuestra Valentina sería una especie de foco de atracción hacia el que se encaminan los vampiros como polillas a la luz, lo que desencadenará un cambio de conciencia en la psique vampírica, volviéndolos aún más humanos. El realismo, finalmente, triunfa por completo.

RAÚLO CÁCERES

# AGRADECIMIENTOS

Pienso que todo creador debe agradecer al final de su obra el apoyo que ha recibido en el largo camino hasta la publicación. Y como es de bien nacidos ser agradecidos, no me puedo olvidar de los míos. Muchas gracias a mi familia por estar ahí. Gracias a Ricardo, por abrirme las puertas del escaparate de su tienda de cómics. Muchas gracias a Celia, Nacho, Sergio, Juan y Antonio ya que, por vuestra culpa, *Sangre* terminó siendo una realidad editorial. Y cómo dejar atrás a mi muy querida Yolanda («mi más mejor» amiga de Tuenti), a Javier Dark Inside (ese Javi escritor) y a Lestat Rip (curioso vampiro, grandísima persona). Tras eso, otras personas tremendamente importantes han formado parte de alguna pequeña esferita de *Sangre* y de mi corazón: Raúl García, Raúl Cáceres (aunque se partiera la caja con eso de que mis seres comieran lechuga), Martín Piñol, Clara Tahoces, la web tumbaabierta.com y Antonia J. Corrales.

Un beso gigante y especial a Fernando Marías, quien ha hecho que llegue a considerarme a mí misma una escritora de verdad.

Para acabar, y no ser «cansina», mil gracias a mis amigos de Facebook y Tuenti por su apoyo, a los visitantes y comentaristas del blog de la novela y a todos aquellos que participaron o apoyaron de algún modo los certámenes de *Sangre*.

Y para ti, sí, para ti, Antonio de Egipto Suárez, que me diste la primera oportunidad, gracias por creer que tenía posibilidades.

\* \* \*

Hubo un día en que un editor del Grupo Random House Mondadori encontró mi novela ya publicada en una librería. Decidió llevársela y leerla. Tras leerla, quiso tenerla entre sus publicaciones. Gracias a ese editor, hoy me están dando la oportunidad de cumplir el sueño de mi vida: ¡dedicarme a escribir! Un besazo gigante para él y para Cristina, que es quien ahora aguanta mis energías. Os aseguro que no voy a desaprovechar esta oportunidad que me habéis brindado.



Sueño en tierra de sueños  
con encontrarte y que te pierdas  
aquí dentro... Carne elevada a carne,  
piel            contra            piel  
sin            fin,            sin  
lunas            que ver            nacer  
ni soles por            extinguir,            a  
un segundo de arder otra  
vez COMPRENDIENDO que  
no            es  
EL AZUL DE TUS VENAS  
lo que me enciende, sino  
el sabor de tu...  
Sangre.

ANDRÉS ABEL



CLARA PEÑALVER (Sevilla, 1983). Es licenciada en Biología por la Universidad de Granada, ciudad en la que vive y de la que se declara fervientemente enamorada.

Escribe desde muy temprana edad, ha dedicado parte de su tiempo a cultivar el arte del relato corto y ha sido premiada en diversos certámenes. *Sangre* es su ópera prima.

# NOTAS

[1] Este micropoema ha sido editado tal y como se encuentra en el blog de la autora (e-granda.blogspot.com.es), tanto en espacios como en saltos de línea.  
(*N. del editor digital*) <<